Z/13135: 15, 716 (1926)

FRAY MOCHO



"GUAJIRA"

N.º 716

12-1-1926.

PIDA ESTAS MARCAS...

CON BONOS DE AHORRO



DE $ 100, 50, 10 y 5,

PARA DEPOSITAR EN LA

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL.

OBTENDRA EL MEJOR FOSFORO CON..

LA OPORTUNIDAD DE INICIAR EL AHORRO MÁS CONVENIENTE...

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL — LIBRETA DE AHORRO — LEYES 9527 Y 11137

PORQUÉ

1.º) LOS DEPOSITOS DE LA CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL ESTÁN GARANTIZADOS POR LA NACIÓN;
2.º) SON INEMBARGABLES;
3.º) GOZAN DEL 4 % DE INTERES ANUAL;
4.º) SE ENCUENTRAN LIBRES DE TODO IMPUESTO, CREADO O A CREARSE;
5.º) HABILITAN PARA COMPRAR UNA PROPIEDAD URBANA O RURAL QUE SERÁ INEMBARGABLE MIENTRAS PERMANEZCA EN PODER DEL ADQUIRENTE, SU ESPOSA O HIJOS MENORES

ESTE AHORRO GRATUITO Y VENTAJOSO...

YA LO HAN OBTENIDO MILES DE CONSUMIDORES...
COMO LO PRUEBA ESTE CERTIFICADO:

EN NOVIEMBRE PPDO SE HAN PAGADO:
2.794 BONOS POR **19.070** PESOS

C E R T I F I C A D O

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL
DIRECCION TELEGRAFICA "AHORROPOST" BUENOS AIRES

Certifícase que desde el 15 de diciembre de 1924 hasta la fecha, los bonos de ahorro de la "Compañía General de Fósforos", presentados a esta Caja para acreditar en libretas de ahorro, ascienden a las siguientes cantidades:

M e s e s	Bonos	Importe
Diciembre 1924 a Octubre 1925	16.402	$ 121.095
En Noviembre 1925	2.794	" 19.070
Totales . . .	19.196	$ 140.165

Se extiende el presente certificado a pedido de la Compañía.-

Buenos Aires, Noviembre 30/925.

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL — CONTADURIA GENERAL

HASTA LA FECHA SE HAN PAGADO:
19.196 BONOS POR **140.165** PESOS.

NO CANCELE NUNCA SU LIBRETA DE AHORRO

DE LA CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL
PUES REPRESENTA LA MEJOR GARANTÍA DE SU PORVENIR.

LIMA 239 **COMPAÑÍA GENERAL DE FÓSFOROS** Bs. AIRES.

FRAY MOCHO

Año XV — Buenos Aires, 12 de enero de 1926 — Núm. 716



EL REMORDIMIENTO

Por Carlos Grandmaugin

Los Mangars estaban sentados a la mesa. El padre, un aldeano de tez curtida y cabellos grises, y la madre, gruesa, rubia, que daba indolentemente de comer a los dos pequeñuelos sentados ante ella. La sopa de cebollas humeaba en la sopera de loza floreada.

Silenciosamente, como todas las noches, se empezaba la comida.

Luego, Mangars, con su voz opaca, ruda, daba a su mujer algunos detalles sobre la cosecha, el vino nuevo, las patatas.

Juana le oía semiindiferente, con ese aire de inconsciencia que es común a las mujeres campesinas.

De pronto, sonaron tres golpes.

—La vieja llama—dijo Mangars;—sube y llévale la sopa.

Juana se levantó, encendió la lamparilla y se dispuso a llevar la comida.

"La vieja", como la llamaba el aldeano, era la tía María, paralítica desde hacía largos años, y a quien habían desterrado al cuartujo de arriba.

Cuando tenía necesidad de alguna cosa, golpeaba en el piso con su bastón y los de abajo acudían a su llamado.

La tía María era rica y Mangars cultivaba sus tierras, esperando impaciente el momento en que la muerte viniese a librarle de semejante carga, dejándole en herencia todo lo que a la fecha sólo podía mirar con codicia.

La vieja era avara y cuando se hacían las cuentas no perdonaba ni un centavo; su cabeza se mantenía firme y era más astuta que un zorro.

Cuando Juana bajó, le preguntó Mangars:

—¿Qué hay?

—Lo de siempre—respondió;—quejas.

—¡Oh! Lo que es por eso no quedará.

—Dice que va a morirse.

—¡Hum!

—Pero yo creo que es ella la que nos va a enterrar a todos.

—Sí, sí. Estas paralíticas viven mucho.

Aquella noche, Mangars dió vueltas y más vueltas en su cama. ¡Si fuera verdad!... ¡Si la tía María muriese!...

Porque el campesino estaba en situación terrible. Las deudas amenazaban comerse su pobre haber, logrado a costa de tantos trabajos.

Inquieto, desasosegado, Mangars acabó por levantarse sin hacer ruido. Todo dormía en la casa. A tientas, subió la escalera y entró en el cuarto de la paralítica.

Esta dormía tranquilamente y su respiración se exhalaba a intervalos regulares.

Mangars se detuvo para escuchar. Luego, impulsado por una fuerza extraña a la que no hubiese podido resistir, se acercó a la cama con infinitas precauciones, y de pronto colocó sus callosas y férreas manos sobre la boca y la nariz de la vieja. Esta, ahogándose, luchó con todas sus fuerzas contra aquel enemigo invisible que la atacaba en la sombra; sus uñas se hincaron con furor en la carne del asesino. Pero éste siguió apretando. Poco a poco, cesó la paralítica de luchar; sus brazos se aflojaron, cayeron inertes.

Sólo entonces, levantó Mangars las manos.

Se inclinó para escuchar si latía el corazón...

Nada.

Tranquilo, como quien ha cumplido su deber, volvió Mangars a su lecho y se durmió profundamente hasta el amanecer.

...

Liquidadas sus deudas, gracias a la herencia de la tía, que, ¡pobrecilla!, murió de una congestión y al fin había descansado, pudo Mangars vivir tranquilo con su mujer y sus hijos.

Sin embargo, muchas veces se le veía hablando solo, gesticulando; otras, sombrío, callado, pasaba los días sin hablar una palabra. A menudo le acometían unos temblores, un estremecimiento.

—¿Qué tienes?—le preguntaba su mujer.

—He tomado frío en la viña—contestaba.

Aquella noche, al llevar la primera cucharada de sopa a la boca, se detuvo Mangars con ojos espantados.

—¿Oyes?—dijo a Juana.—Han sonado los tres golpes de la vieja.

Su mujer se echó a reír.

—Será el viento, hombre; ¿o es que vas a creer en aparecidos?

Mangars calló, pero a los pocos minutos se levantó lanzando un juramento.

—¡Otra vez!... Los he oído..., te digo que los he oído. Alguien anda allá arriba.

Lívido de espanto, el asesino se detuvo. Su mujer le miraba estupefacta. Gruesas gotas de sudor perlaban sus sienes y los dientes le castañeteaban.

—Vamos, hombre, no te asustes—dijo burlonamente Juana.—Voy a llamar al mozo para que vea lo que ocurre, ya que tú no te animas a ir.

—No..., no lo llames..., yo iré—balbuceó Mangars.—Dame la luz.

Con mano trémula tomó el candil y comenzó a subir la escalera.

A cada escalón se detenía, falto de aliento.

Abrió la puerta de un puntapié y se quedó helado de espanto.

Las revueltas ropas de la cama se movían como si alguien estuviese en el lecho y quisiera saltar de él.

—¡Es ella!—pensó Mangars;—ahí está... Va a echarse sobre mí... ¡Juana!... ¡Socorro!... Socorr...

Retrocedió aterrado; le faltó pie y cayó como una masa, en el vacío, estrellándose el cráneo contra los escalones de piedra.

CARICATURAS DE SANGUINETTI



Doctor Carlos de Arenaza, director de la alcaldía de menores y jefe del cuerpo médico de la policía de la capital.

UNA HORA DE CALMA

POR LORENZO SITANO

El tiempo corre vertiginosamente. Nadie puede detener ni impedir su curso. No hay fuerza ni oro que sea capaz de retrasar su arribo. No sabe de obstáculos y desconoce las dificultades. No repara en medios, cosas, situaciones, contrariedades y reveses. Ignora la paciencia, la espera y la calma. No se retarda jamás. Sigue su marcha sin parar un segundo, decidido y firme. Y en su veloz y segura carrera arrastra con todo lo que encuentra en su camino, sin remisión ni perdón ninguno. Transcurren las horas, alegres a veces, amargas otras; los días se suceden intermitentemente, y los meses suman años y más años, y lo que tiene que llegar llegará irremisiblemente, sin que poder alguno lo detenga.

Junto con otros tantos y tantos años, también se ha ido el de 1925, como se fué el de 1924, y como se irá el que ahora se inicia. Para quienes han visto, con criminal indiferencia y frialdad absoluta, irse muchos años, vidas enteras, será, a no dudarlo, muy doloroso y triste, máxime si no han logrado ver convertidas en realidades positivas, en hechos tangibles, sus más caros y dulces ensueños, sus amadas y consoladoras ilusiones de niño. Y para los que empiezan a vivir, para la juventud lozana y vigorosa, ese divino tesoro, como dijera el poeta, en quien está confiado el porvenir de la humanidad, será motivo de indecible júbilo y los impulsará a pensar si algún día podrá alcanzar lo que desea con toda el alma, las esperanzas más bellas y altas, los proyectos más queridos, el triunfo de los más grandes y nobles ideales abrazados.

Nadie se para un instante a hacer un pequeño examen de conciencia. Nadie se confiesa consigo mismo. Nadie se observa por dentro con severidad. Nadie se detiene en hacer una revisión de valores espirituales. No obstante, es necesaria una hora de calma, de recogimiento, de meditación. Hay que buscar la quietud, la tranquilidad del espíritu, y en la soledad deliciosa y encantadora, examinarse, analizarse, juzgarse serenamente. Busquemos el reposo y el silencio para medir con imparcialidad nuestra vida, nuestros actos, nuestras palabras. Internémonos en las regiones insondables de nuestra alma, y hablémosle con toda lealtad, sin mentiras ni tapujos, sin pasiones ni prejuicios. No le ocultemos nada, y digámosle sin rodeos la verdad, la única que nos abre la perspectiva grandiosa de una vida elevada y digna. Estudiémonos sin pasionismos, sin vanidades, en el encomiable propósito de corregir defectos, de evitar por todos los medios lo malo y lo perverso, de extirpar sin piedad todo cuanto importa un vicio funesto, hábitos condenables, de enmendarnos, de reformarnos, de salvar futuras malas acciones, de combatir con energía la mentira, el egoísmo y la hipocresía, de luchar bravamente contra el error y la superstición, la barbarie y la ignorancia.

Empero, todos quieren recibir el nuevo año con bullicio, con alegría, con gozo, con entusiasmo indescriptible. Nada de tristezas, de penas y de amarguras. Nada de reflexiones sentimentales, de meditaciones extemporáneas ni graves y profundos pensamientos filosóficos, que no conducen a punto práctico. Pequeños y grandes, pobres y ricos, todos festejan con algazara su llegada. Unos, con suntuosidad y brillantez. Otros, dentro de sus modestos y reducidos recursos. Mas todos lo celebran con más o menos júbilo. ¿Quién hace, sin embargo, un simple examen de conciencia, aun cuando no sea más que para conocerse más y mejor? Ninguno. ¿Hemos llevado a ejecución, en el transcurso del año que fenece, obra alguna que merezca el título de buena y noble? ¿Qué podemos anotar en nuestro haber que nos enaltezca y eleve? Durante el año que se ha ido, ¿hemos trabajado algo para afianzar el reinado de la bondad, del amor, de la belleza, de la virtud y del bien? ¿Qué hicimos de nuestro inquebrantable propósito de bregar incansablemente por la paz, la armonía y la concordia del mundo? ¿Nuestra alma ha sido el objeto de nuestros esfuerzos? ¿Hemos considerado todas aquellas cosas de las cuales debemos apartarnos y las otras que han de atraernos? ¿Hemos buscado con afán aquello que salva y aquello que destruye? Desgraciadamente, nadie se detiene ni un instante en estas pequeñas cosas, en estas trivialidades. El tiempo es oro, y no conviene en forma alguna desperdiciar la oportunidad de gozar ampliamente de la delicia de horas alegres, pletóricas de música, de canto y de vino.

Año nuevo, vida nueva, sentencia el conocido adagio. Y, en realidad de verdad, debiera ser así. Comenzar de nuevo, si fuera posible modificarse totalmente, por lo hecho y sufrido que ayuda a perfeccionarnos, cambiar nuestra estructura, a ver si mañana, más tranquilos y serenos, resucitados de la impureza y del egoísmo, redimidos y absueltos de todas las imperfecciones, podamos exclamar, orgullosos y plenos de honda satisfacción: se han cumplido nuestras más dulces ilusiones y hemos cumplido, también, con nuestro deber.



Estos dientes se movían...

y hubo que extraerlos a pesar de estar completamente sanos. Fué la causa un ataque de piorrea a las encías que destruyó la base donde se afirman los dientes.
Visite cuanto antes a su dentista y mientras tanto evite un posible ataque de piorrea y sus temibles consecuencias, cepillando todos los días sus dientes y encías con el mejor preventivo conocido, o sea el

POLVO PYORRHOCIDE

Contra dientes flojos y encías sangrantes.

De venta en todas partes.
Un tarrito dura varios meses.

Envíe este cupón a Dep. Pyorrhocide, Rivadavia 1244, y $ 0.10 en estampillas para remitirle una muestra gratis.

P. P. F. M. 12-1-26

Nombre..........

Calle.......... N.º..........

Ciudad..........

Cómo se improvisa una ciudad-jardín

Existe un país en que las ciudades surgen a la manera de esos frondosos arbustos que los derviches, mediante un golpe de su varita mágica hacen emerger de la tierra. Ese país es el Estado de Wáshington, el más moderno de cuantos constituyen la Confederación Norteamericana y prolongación de esa Colombia británica cuyas selvas, así como sus vegetales, son famosos en el mundo entero.

Longiew es la más reciente de esas ciudades que pudiéramos denominar instantáneas, y a ella puede llegarse por cualquiera de los tres ferrocarriles transcontinentales, o bien en automóvil por alguna de las tres carreteras nacionales, o, en fin, por el estuario del río Columbia.

Es una encantadora travesía la efectuada por ese brazo de mar desde el océano Pacífico, y emocionante la arribada a Longiew, que se extiende en un paraje que no era sino una vasta pradería hace sólo un bienio.

En la parte ya construída de los muelles de Longiew, la extensión de los cuales ha de llegar a 20 kilómetros, pueden atracar hoy cuatro buques de 12.000 toneladas, anclados uno a continuación de otro. Constituyen los soportes de esos muelles 6.000 pies derechos de hierro y de 20 a 30 metros de longitud. Y esto no es más que el principio, ya que Longiew tiene 12 kilómetros de costa en el Columbia y siete en otro río, el Cowlitz, que determina el límite occidental.

Longiew ha sido fundada por el señor Long, negociante en maderas de construcción, que se ponen a la venta ya desbastadas.

Al extender la Sociedad Long-Bell su tráfico hacia el noroeste, donde hay selvas de pinos, algunos de los cuales alcanzan cien metros de altura y cinco de diámetro sus troncos, fué preciso determinar el emplazamiento de las serrerías y del centro de expediciones o remesas, tras de minuciosas observaciones en aquel territorio, el señor Long decidió adquirir 1.000 hectáreas en la confluencia del Columbia y del Cowlitz, para establecer allí las serrerías, cuya capacidad total de producción debía llegar a 100 millones de metros cúbicos al año. Y para construir los alojamientos con destino a la población de 15 ó 20.000 personas, constituída por los obreros y sus respectivas familias, compró también el negociante otras 5.000 hectáreas.

Esto ocurría en enero de 1922. Dividida la extensión en parcelas, inmediatamente se comenzó a principios del verano de aquel año, a desmontar el terreno y a efectuar en el mismo todas las operaciones necesarias para las que se utilizaron, naturalmente, los más modernos utensilios y aparatos mecánicos que abreviasen la tarea, como acostumbran a hacer siempre los emprendedores y activos norteamericanos. En un muelle provisional numerosos barcos descargaron los necesarios materiales por toneladas, que en seguida eran distribuídos por todo el territorio propiedad del señor Long.

Y un año más tarde, el 12 de julio de 1923, al mismo tiempo que era reconocida oficialmente la existencia de la ciudad, se inauguraba allí el hotel Monticello, edificio de seis pisos con 200 habitaciones, cada cual de ellas con cuarto de baño.

En julio último, en la fecha del segundo aniversario de su fundación, la ciudad contaba con 7.000 habitantes, y las calles y el alcantarillado representaban considerable número de kilómetros. Se había edificado un teatro cuya construcción costó 250.000 dólares. Había allí 1.400 chalets, y se disponía de todos los elementos de actividad propios de una gran población, preparada para alojar a un vecindario de 50 mil almas en un espacio de diez años.

Los edificios públicos están erigidos en el centro de la ciudad, en torno a un parque de dos hectáreas. El área comercial está rodeada en parte por un parque, y en parte por espléndidos bulevares, y de este florido contorno parten las vías afluentes a los barrios de villas de recreo y de frondosos huertos. He ahí cómo ha nacido, de qué manera se ha formado, una verdadera ciudad-jardín en el corazón del Estado de Wáshington.

COSAS DEL DIA, *por Rojas*



—Mussolini en Italia, Primo de Rivera en España y ahora, en Grecia, Pangalos, se han hecho dueños del poder.
—¿Y qué me quiere decir con eso?
—Que yo no pierdo la esperanza de ser algún día tirano.

—Casagrande ha sido llamado a Milán por Mussolini, diciéndole que desista del raid. ¿Qué te parece?
—Pues que ha quedado hecho un salame de Milán.

—¿Pero qué les pasa que están todos vendados?
—Nada, que jugamos un partido amistoso...

—¡Agente! Intervenga usted porque voy a leer este diario. No trae más que crímenes pasionales.

—A mí no me pusieron nada los Reyes.
—¿Y a ti?
—A mí tampoco. ¿No ves que no tengo zapatos?

Leyendas exóticas

EL ESPEJO

Hace siglos, muchos siglos, que vivía en Matsuyama, localidad de la provincia japonesa de Echigo, un joven matrimonio y el fruto de éste, una linda y pequeña niña.

¿Cómo se llamaban? No lo sabemos. La tradición no ha conservado sus nombres; pero sí sabemos que él pertenecía a la noble clase de los Samurai. Su nobleza era grande, pero su fortuna pequeña, así es que la familia vivía modestamente de las pocas tierras que poseía. El samurai dirigía la explotación de sus terrenos, y con su producto, si no vivían en la elegancia y la abundancia, tampoco les faltaba nada de lo necesario.

La mujer era sencillísima en sus gastos, buena y cariñosa; no conocía el lujo, y de vista conocía los objetos que lo componen. Era además muy tímida; gustaba poco del visiteo y de la sociedad, y todo su afán era pasar desapercibida.

Un día el marido tuvo que ir a Yedo. Acababa de subir al trono un nuevo Mikado, y el señor de la provincia de Echigo debía ir a la capital a saludar y presentar homenaje al nuevo soberano. Nuestro samurai, como los demás nobles de la provincia, debía formar parte de la comitiva del señor de Echigo.

No fué muy larga la ausencia. Echaba mucho de menos su vida modesta y familiar, de que tanto gustaba, y pronto dejó los esplendores de la Corte. Pidió permiso al señor de Echigo para abandonar Yedo, y una vez obtenido, sin perder tiempo, regresó a su querido rincón de Matsuyama.

De la capital, como todo buen esposo y buen marido, llevó algunos regalitos para los seres queridos. A la hijita le llevó una preciosa muñeca y algunas golosinas, y a la mujer un espejo de bronce plateado.

Este objeto pareció a la joven esposa una cosa maravillosa que jamás había visto ella, pues era el primer espejo que había llegado a Matsuyama. En las grandes ciudades eran objetos raros; en los pueblos, ni de nombre se conocían en aquella época.

La joven esposa no sabía para qué servía aquel disco brillante y pulido, y se preguntaba ingenuamente de quién era la linda cara que veía en él. Era que no sabía cómo tenía el rostro, pues jamás lo había visto reflejado en una superficie clara y pulida.

El marido había visto espejos varias veces en sus viajes, aunque su uso no estaba aún generalizado.

Cuando su esposa le preguntó de quién era la cara tan bonita que veía en el espejo, el samurai se echó a reír y le dijo:

—¡Pero, querida mía! ¿Es posible que seas tan tonta que no sepas que esa cara encantadora es la tuya? Te lo podías haber imaginado.

Avergonzada de su ignorancia, no se atrevió a preguntar más, y tomando el espejo, lo guardó en lugar bien seguro, pensando que era un objeto bien raro y misterioso. Ella sólo comprendía una cosa: que en el espejo aparecía su imagen.

Durante muchos años lo tuvo cuidadosamente guardado. ¿Por qué? No se sabe a punto fijo; quizá fuese porque la menor cosa, cuando es un regalo de amor, se convierte en algo sagrado, digno del mayor respeto, cariño y hasta veneración. En días señalados se saca el objeto amado, se le contempla con ternura; se tiene miedo de enseñarlo a otras personas, por temor de que no lo miren con los mismos ojos.

La familia del samurai era feliz, y como la felicidad no puede ser duradera, una cruel enfermedad se llevó del mundo de los vivos a la joven, sencilla y lindísima esposa.

Cuando, postrada en su lecho, sintió que su fin estaba próximo, tomó el adorado espejo y se lo entregó a su hija, metido en una caja, diciéndola:

—Después de mi muerte, hija mía, es necesario que mañana y tarde mires ese objeto, regalo de tu padre: en él me verás. No te aflijas, pues me tendrás siempre contigo.

Diciendo esto, entregó su alma al Creador.

Desde aquel día la joven no dejó de mirar el espejo, por la mañana y por la tarde, como le había recomendado su madre.

Tan sencilla como ella, a la que se parecía muchísimo, tanto de alma como de cara, no supo darse cuenta de que lo que en el espejo veía era [illegible] misma cara, sino que contemplaba el rostro de su madre. Hablaba con la imagen que allí veía, persuadida en el fondo de su corazón que se veía y hablaba con su madre. Estaba encantada con el espejo.

Al cabo de algún tiempo su padre se apercibió de que todos los días su hija contemplaba el espejo durante largo tiempo, y le preguntó por qué lo hacía.

—Miro a mamá—contestó la joven.— Ya no tiene la cara pálida y ajada como cuando estuvo enferma, sino que se la ve joven y bonita. Me gusta mucho verla y hablarla. Me mira y me sonríe con mucho cariño.

Entonces el padre, emocionado, sintió un tierno cariño; sus ojos se llenaron de lágrimas, y sin desengañar a su hija, le dijo:

—Sí, hija querida: tú la vuelves a ver aquí en el espejo, como yo la veo en ti, hija mía.

Música humorística valenciana

El baile de los enanos

Por Eduardo L. Chavarri

¿Queréis saber lo que es el "Ball dels Nanos" en Valencia? Es cosa, de veras lo digo, que quien una vez la viere, no la olvida nunca.

La víspera del Corpus, ¡qué animación por toda la ciudad! Los "Misterios", las "Danzas", esos cortejos que forman en la cabalgata de mediodía por la que el Ayuntamiento invita a Valencia para que tome parte en la fiesta, va después de comer a dar saludo y hacer bailes ante las mansiones de regidores y autoridades.

Cada comparsa danza al compás del tamboril ("tabalet") y la dulzaina, esos dos instrumentos moriscos que, al oírlos, se os ensancha el corazón, la sangre corre más a prisa y la alegría se esparce por todo el cuerpo.

Pero lo más famoso es el baile de los enanos. Estos no forman sino en la procesión; pero no excusan el saludo antedicho.

¡Los "Nanos", como dice el pueblo!, con sus cabezotas, serios, graves, cual si fuesen los regidores de la ciudad, bailan pausadamente tocando las castañuelas. ¡Y qué caras tienen, señor! Los pobres padecen mucho por la edad, pues los hicieron allá por los años de 1589. Cierto que solamente los sacan a la calle una vez al año, el día citado del Corpus, pero cuando vuelven a casa los seis cabezudos (pues son tres matrimonios, a saber: europeo, gitano y negro, representando las tres razas de Sem, Cam y Jafet), llegan con la cabeza vacía y la panza..., llena de algún trago del de Cuarte o de Turís; quiero decir, del vinillo más fortalecedor que por aquí se produce.

Cuanto al baile, apenas podré deciros cómo es: procuraré, sin embargo, daros una idea.

Llegados los enanos frente a la casa del personaje a quien van a hacerle reverencia, suena el redoble del tamboril que llama a la gente. Los chiquillos corren al llamamiento, los vecinos asoman a balcones y ventanas, el zapatero remendón asoma la cabeza por el portal, el dueño de la pequeña tienda sale a la puerta..., y se forma en seguida corro, y la dulzaina entona su estribillo.

Forman los enanos en dos filas (tres a tres), mirándose graves, y comienza la ceremoniosa danza. Pasan y vuelven a pasar, se cruzan, hacen otras evoluciones, y la rueda final. Pero siempre el principio y el fin de cada una de éstas va indicado por un saludo que consiste en una genuflexión, y un "¡chac!" de las castañuelas, de modo que el dulzainero cuando acaba cada inciso de la frase musical, hace la pausa necesaria para que coincidan la reverencia de los danzantes y la nota última del estribillo o el inciso.

La notación musical es la de la página inmediata, y que se repite tantas veces cuanto sea preciso.

Terminada esta primera parte, y sin punto de transición, viene otra más alegre. Los enanos, al baile ceremonioso y cortesano de antes (especie de minué), substituyen una como jota.

(Adviértase que en la música de esta segunda parte, los trinos se hacen sólo con la nota escrita y su semitono inferior; el tamboril repite siempre su ritmo y sólo rara vez se permite alguna variante. Es de notar, asimismo, que en todas estas danzas, las castañuelas suelen batir igual ritmo que el tamboril.)

Por turno, el primer enano de una fila y el último de la de enfrente, cambian de sitio, dando una vueltecita al encontrarse en medio; en seguida deshacen de igual modo lo hecho, y los demás repiten la combinación hasta quedar todos como antes. Ya en este punto marchan uno tras otro bailando en círculo, y quedan luego todos en una fila, de cara al balcón del festejado.

Llegado este momento, se toca el final antes escrito, y las tres razas de Sem, Cam y Jafet, se inclinan respetuosamente.

¡Y se acabó!

Después, como la cabezota de cartón es pesada y el calor de junio aprieta, los hombres échanla hacia atrás, sujetándola por la boca; por eso hacen un efecto tan raro, pues parecen bobos los enanos, mirando al cielo. La ironía popular ha conservado este detalle, en uno de sus refranes más clásicos, y así, cuando a alguien se le desbarata un negocio y todo lo ha perdido, le dicen que se queda como los enanos después del baile: mirando al cielo y tocando las castañuelas.

Y éste es, en mi tierra, el baile de los enanos, con sus cabezotas, serios y graves, como regidores de la ciudad, y que va acompañado por el "tabalet" y la "dulzaina", esos dos instrumentos moros que, al oírlos, se ensancha el pecho, el corazón late más vivo, y por todo el cuerpo os hace correr la alegría.

Fanatismo y superstición

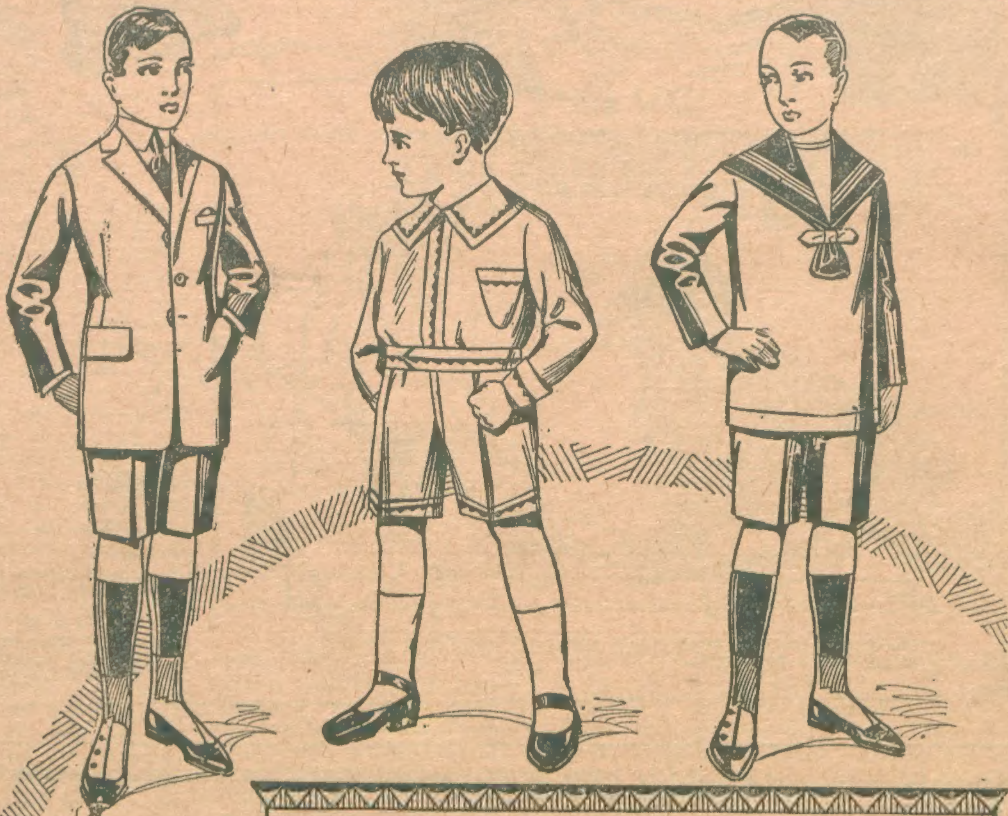
Muchas veces se ha repetido la afirmación de que el fanatismo es de todos los pueblos y de todas las edades. Corrobora semejante aseveración una ceremonia de carácter religioso, que es muy frecuente en las poblaciones indias.

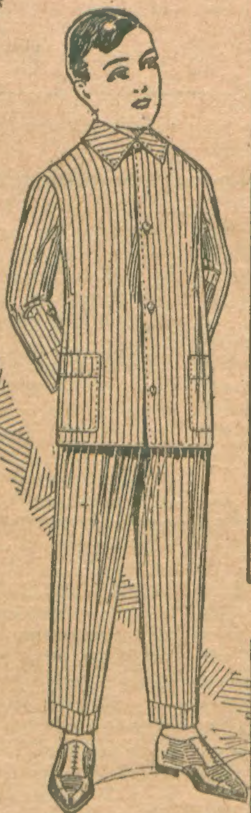
Se trata de una singular procesión en la que un carro sobre el que se monta una armazón adecuada para representar el exterior de una pagoda, es arrastrada por millares de fieles que se imponen la rudísima tarea en la esperanza de obtener el perdón de sus culpas al contribuir al transporte de la venerada imagen que va colocada debajo de aquella armazón.

Esta escena se desarrolló no hace mucho en Kumbakonam, una de las ciudades sagradas del sur de la India. Se sacó procesionalmente la efigie del templo de Sri Savangapani Swami a las ocho de la mañana, y arrastrado el carro por cerca de seis mil devotos, llegó a las diez de la mañana siguiente a su destino, que era otro templo, distante del anterior menos de dos kilómetros.

No es raro el caso de que en estas procesiones se arroje algún fanático debajo del carro para perecer aplastado, y en la supersticiosa creencia de que la muerte en esas condiciones le asegura la eterna bienaventuranza.

Cuatro gigantescas figuras de caballos se colocan en la delantera del carro sagrado, cuya propulsión repetimos que se efectúa exclusivamente mediante la fuerza muscular humana.





OFERTA RECLAME

TRAJE para niños, confeccionado en buen casimir inglés de lana, gustos de moda, con retazo de género para hacer gorra.
De 14 a 16 años . . . . . $ 26.90
De 11 a 13 años . . . . . „ 24.90
De 8 a 10 años . . . . . $ 22.90

DELANTAL JARDIN, para bebés de 2 a 6 años. Confeccionado en brin crudo de hilo con rayas de color; modelito muy práctico y elegante, a . . . . . $ 2.50

MARINERA PESCADORA, confeccionada en brin blanco decatizado, cuello y puños de color azul, celeste o punzó; corbata de seda.
De 6 a 10 años . . . . . $ 8.90
De 2 a 5 años . . . . . $ 6.90

PIJAMAS para jóvenes y niños, confeccionado en zephir inglés a rayas, calidad fina.
De 11 a 17 años . . . . . $ 5.95
De 2 a 10 años . . . . . $ 4.95

SACOS PIJAMAS, en zephir de hilo.
De 11 a 17 años . . . . . $ 3.95
De 4 a 10 años . . . . . $ 3.25

Los pedidos del interior se atienden de inmediato.

CASA M. ZABALA
= B^me MITRE y ESMERALDA

LARGUEZA

Por ARKADY AVERCHENKO

Una tarde de verano entré en una cervecería, donde hacía un fresco delicioso. Me senté en un rincón y pedí una botella de cerveza.

Sólo había en él establecimiento otra mesa ocupada. Ocupábanla un veterinario y un modesto funcionario público, profesiones que, gracias a sus respectivas escarapelas, no era difícil averiguar.

Hablaban animadamente.

—¡Nada, que no te atreves a romper otro bock!—dijo el funcionario.

—¿Que no me atrevo?

—No, lo repito; ¡no te atreves!

—¡Parece mentira que digas eso, conociéndome!—se lamentó el veterinario.

—Precisamente porque te conozco lo digo. No te atreves.

—¿No acabo de romper uno?

—Sí; pero ha sido sin querer. Así, cualquiera rompe bocks.

El veterinario vaciló un momento.

—Ahora verás—profirió con acento solemne como quien acaba de tomar una determinación grave:—¡Mozo!

El mozo, caritedioso y soñoliento, se acercó.

—¿Qué desea el señor?

—Oye: si se rompe un bock, ¿cuánto hay que pagar?

—Diez copecks.

—¿Nada más?

—Nada más, señor.

—¡Yo me figuraba que lo menos había que pagar cincuenta!... Siendo tan barato, puedo darme el gusto de romper media docena de bocks.

Había sobre la mesa cuatro a medio vaciar.

—¡Al diablo!—gritó en un arranque de bravura el veterinario.—¡Vas a ver quién soy yo!

Y de un manotón tiró los cuatro bocks al suelo.

—Cuarenta copecks—dijo el mozo, impávido.

—Muy bien; se pagarán. Yo no me apuro por tan poco, muchacho. Cuando tengo un capricho... Y si se rompe una botella, ¿qué hay que pagar?

—Cinco copecks.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¡Qué agradable sorpresa! Yo, como las botellas son mucho más grandes que los bocks, suponía que valdrían el doble. ¡Cinco copecks! ¡Eso es una miseria!

—Sí, sí, una miseria...—murmuró, sarcástico, el funcionario.

—¡Una miseria! ¿Qué son cinco copecks para mí?

—¿A que no rompe las seis botellas que hay sobre la mesa?

—¿Que no las rompo?

—No. ¡No tienes valor!

—¡Tú no me conoces! ¡Yo soy tremendo! ¡Mira!

Las seis botellas, con un estrépito ensordecedor, cayeron al suelo.

El dueño de la cervecería se acercó y le suplicó al héroe que diera fin a sus hazañas.

—Se pagará todo. ¡No se preocupe!...

—No es por eso, señor; es por el ruido. Ese caballero...

Yo, al ver que el dueño de la cervecería me señalaba a mí, le interrumpí, encogiéndome de hombros:

—No, a mí no me molesta el ruido.

El veterinario me saludó, reconocidísimo.

—Gracias, caballero; es usted muy amable. ¿Verdad que es barato? ¡Cinco copecks la botella!

Y dirigiéndose al funcionario, repitió:

—¡Cinco copecks la botella!

—No es caro, no. Ya ves, por un rublo, puedes romper veinte.

—En los restaurantes elegantes el romper botellas te cuesta un ojo de la cara... ¿Y los bocks? ¡Diez copecks!

El veterinario tomó un bock, lo sometió a un minucioso examen y lo estrelló contra el pavimento.

—Eso, en el restaurante Francés, le costaría a usted lo menos un rublo—dijo el dueño, impasible.

—¡Ya lo creo!... Micha: rompe tu bock, no seas tonto. ¡Diez copecks no van a ninguna parte!

El funcionario rompió su bock.

—¡Bravo! ¡Así me gusta!... ¡Mozo, otros seis bocks!

Un cuarto de hora después, el héroe llamó de nuevo al mozo:

—¿Cuánto importan los vidrios rotos?

—Noventa copecks.

—¡Noventa copecks, Micha! En el restaurante Francés nos hubieran cobrado nueve rublos.

El héroe sacó un rublo y se lo tendió al caritedioso y soñoliento individuo.

—¡Toma! Devuélveme diez copecks. Es decir, no me los devuelva; tráeme otro bock.

Los ojos del héroe se volvieron a mí risueños, triunfales.

□

El veterinario habló en voz queda con su camarada, se levantó, se acercó al mostrador y le preguntó al dueño:

—¿Cuánto quiere usted por ese negro?

El índice de su mano señalaba a un negro de barro, de cerca de un metro de altura, que había sobre el mostrador.

—¿Por ese negro? Cuatro rublos.

—¡Cómo! ¡Cuatro rublos por ese mamarracho!!

—Fíjese en lo bien hecho que está; ¡es un verdadero objeto de arte!

—¡Es un negro de lo más vulgar! Los hay en todas las tabernas. El material no valdrá un rublo.

—Y el trabajo, ¿no vale nada?

—Bueno; pongamos un rublo por el trabajo. Le doy a usted dos rublos.

—¡Imposible! ¿Ha visto usted qué ojos, qué piel más reluciente?

—Bueno; dos rublos y medio. Nadie le dará más por un negro tan viejo.

—Su antigüedad es su mayor mérito, señor. Lo tengo hace ya tres años. Además, es precioso. Fíjese en ese delantal azul...

—Bueno; ¡tres rublos! ¡Ni un copeck más! ¿Qué te parece, Micha?

—Yo creo que tres rublos es un buen precio. No los vale.

—Se lo cedo a usted—dijo resueltamente el dueño—por tres rublos y medio.

—¡No, no y no! ¡Tres rublos! Si no quiere usted, ¿qué vamos a hacerle? Ya encontraré otro más barato.

—¡Vamos, aumente usted algo! ¡Aunque sean veinte copecks!

El veterinario se acercó a la estatua y la miró por todos lados.

—No vaya a estar rajada, ¿eh?... Bueno; tres rublos y veinte copecks. Es demasiado caro, ¿verdad, Micha?

—Sí, pero veinte copecks más o menos...

—¡Muy bien! ¡El negro es mío!

El veterinario tomó el negro, lo levantó todo lo alto que pudo y gritando: "¡Viva la juerga!", lo lanzó con todas sus fuerzas al suelo. Luego le dió un puntapié a la cabeza separada del tronco y sacó la cartera, de la que extrajo un billete de cinco rublos, que le tendió al dueño.

Algunos minutos después llamó al mozo y le preguntó cuánto importaba la cerveza que se habían bebido él y su camarada.

—Dos rublos y medio.

Sacó un billete de tres rublos e inclinándose hacia el funcionario, inquirió:

—Cincuenta copecks de propina será demasiado, ¿verdad?

—Sí; se suele dar el diez por ciento.

—Entonces debo darle veinticinco copecks, ¿no?

El veterinario hizo un breve cálculo mental, tiró al suelo dos bocks y una botella, y dijo:

—Veinticinco copecks para ti, mozo... Vámonos, Micha. ¡Qué fiesta más divertida hemos pasado!







Científicamente preparado con pura **CREMA DE LECHE Y AZUCAR REFINADA**, es la golosina que los niños prefieren porque puede ser comido en abundancia y a cualquier hora, sin perjuicio alguno para su salud.

Y ser agua, ser trigo...

Tengo sed, alma mía. Tus perladas
lágrimas, dicen que tu amor lo quiere.
Sed de amar, de vivir, sed de ignoradas
caricias tuyas. El recato muere...

De vivir nuevamente aquel momento
divino en que, a favor de la arboleda,
el cisne—corazón y sufrimiento—
brindó rojos nenúfares a Leda.

De vivir en la vida de un segundo
el dolor y el placer donde gravita
la razón de existir que mueve al mundo:
la razón axiomática, infinita...

Y dar forma a otro ser, de movimiento
viril, de mansedumbre como un ruego;
violento y dulce como el sentimiento
que avasalla mi lírica de fuego.

Si es mujer, darle toda tu dulzura.
Darle mi lírico latir si es hombre.
Que sea estampa fiel de tu figura
o sostenga el orgullo de mi nombre.

Y ser agua, ser trigo, ser la masa
de tierno pan, que en bien de la natura
rinde en tributo todo aquel que pasa
a través del dolor y la ternura...

Eduardo María de OCAMPO.

El matrimonio en Cervantes

Por Eulalia Galvarriato

En el entremés "El juez de los divorcios" plantea Cervantes, con la aparición sucesiva de cuatro matrimonios que exponen sus mutuas quejas al juez, el problema del divorcio. No lo deja resuelto de un modo preciso el entremés, pero la entrada de los músicos y los versos que cantan alegremente por la avenencia de unos esposos, demuestran con toda claridad la enemiga de Cervantes contra aquél. Idea que en otros muchos pasajes de su obra volveremos a ver en su lugar, ya que, habiéndola leído atentamente, tomando como base el entremés citado, hemos visto que puede seguirse el modo cómo Cervantes veía el matrimonio, comenzando por la elección de esposos, continuando con el régimen interno y terminando con la disolución del vínculo, lugar en que el divorcio debe estar colocado.

Que es un decidido partidario del matrimonio lo demuestran los finales optimistas de toda aventura amorosa: siempre vence el amor cuantos obstáculos se le hubieren presentado, y alcanza su mejor fin, que, como él dice, es el matrimonio ("Quijote"; II parte, cap. XXII). Así vemos estos felices finales en todas sus novelas y comedias: "La señora Cornelia", "Las dos doncellas", "El amante liberal", pueden servir de ejemplo. Y no concebía Cervantes otro fin natural del amor, como lo demuestra "La comedia entretenida", que tiene como única base la no realización de los desposorios que dejaba entrever la trama de la obra, y eso basta para darle interés.

Son muy frecuentes en su obra las alusiones a la elección, concediéndole una gran importancia, ya que, según dice, "el matrimonio puesto que sólo una vez se hace, no puede enmendarse si se yerra, y hay que mirarlo mucho, antes." Por eso, y para evitar que la juventud, dejándose llevar de sus impulsos, no siempre acertados, se labre su desgracia, cree que los padres, en quienes está la experiencia y el amor, deben intervenir en la elección, poniendo reflexión y prudencia en las cabezas ligeras de sus hijos, pero siempre con el consentimiento de éstos; nada de imposiciones tiránicas, como nos lo demuestra en el "Quijote" (parte I cap. LI), donde dice que los padres deben proponer cosas buenas y dejar—añade—elegir libremente a sus hijos. Y en la historia de "Grisóstomo" (parte I, cap. XII), dice: "Los padres no deben dar a sus hijos estado contra su voluntad", y "el amor ha de ser voluntario y no forzoso." ("Quijote", parte I, cap. XIX). Y aun en algunos casos ("Galatea", libro III) llega a poner el amor sobre la obediencia debida a los padres; así, en "La fuerza de la sangre", Rodolfo, al ver el feo y fingido retrato de su prometida, habla un largo discurso en el que alaba de justa la obediencia a los padres, pero también que éstos les busquen el estado que más les agradare, que "pues el matrimonio es ñudo que no le desata sino la muerte, bien será que sus lazos sean iguales y de unos mismos hilos fabricados"; y "mozo soy, pero bien se me entiende que se compadece con el sacramento del matrimonio el justo y debido deleite que los casados gozan, y que, si él falta, cojea el matrimonio y desdice de su segunda intención"; y pide que le den compañera que le entretenga y no enfade: "la hermosura busco, la belleza quiero", dice al fin.

La belleza, preocupación constante de Cervantes, se nos presenta aquí como motivo suficiente para no acatar las órdenes, siempre más o menos calculadoras, de los padres: está el afecto, el gusto, sobre ellas. Y no sólo este gusto es motivo suficiente sobre la autoridad paterna, sino que llega a más; llega a ponerse contra el rey, contra el Estado, cuando vemos en el "Persiles" (libro III, cap. XIII) a un cierto príncipe que quiere él buscarse su mujer, porque el rey, al dársela, no puede darle el gusto para recibirla. Y es que si Cervantes temía que resolviese únicamente la juventud con su inexperiencia en asunto tan grave, temía aún más que del lado donde está la reflexión pudiera entrar también el interés; por eso, cuando hay lucha, él no vacila y pone el amor sobre la obediencia. Así, el episodio de las bodas de Camacho parece significar el triunfo del verdadero amor sobre las bodas de interés concertadas por los padres. Quiteria quiere a Basilio, y Don Quijote, el ideal, también prefiere la pobreza de éste a todos los tesoros de Camacho. Así piensa Cervantes igualmente, pero sabe que es muy humano proceder en contrario, y acusa a la mujer de alucinarse con el oro, cuando en la "Galatea" (libro III) se casa Silveria con Daramio, rico, dejando a Mireno, pastor pobre, pero poeta y adornado de ricas prendas personales. Ella interesadamente obra así, y Cervantes, por medio de los demás pastores, se lo reprocha y ve sobre estos matrimonios amenazas de penas y castigos. ("Galatea"; libro III, episodio de Mireno).

Intimamente unido con lo anterior está lo relativo a uniones entre personas de distinta categoría social, a que alude en varias ocasiones. No parece darle gran importancia a estas diferencias de jerarquías, como lo demuestran el matrimonio del conde con Constanza en el "Persiles" (libro III, cap. CX) y el capítulo XXXIX de la II parte del "Quijote", en el que se dice que no es disparate casarse la hija de un rey con sólo un gentilhombre, si tiene buenas prendas personales. Para Cervantes no decía nada o muy poco el interés, ya pecuniario, ya social, de pergaminos y títulos, que establece diferencias exteriores, puramente; valía más para él la belleza, la virtud, que son valores intrínsecos de la persona. Por eso, entre los admirables consejos de Don Quijote a Sancho cuando va a gobernar su ínsula, encontramos uno en que le intima a que lleve consigo su mujer y la desbaste, porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto, lo pierde una mujer rústica y tonta. Estas sí son diferencias sensibles, que deben ser niveladas; peligra de otro modo entre los esposos la paz y armonía. Para cuya conservación también hay receta en Cervantes, pues el, más que loco, sensato Vidriera, entre las respuestas que a unos y otros va dando, aconseja a un marido que, si quiere tener paz, dé a su mujer lo que necesitare, y que la deje mandar en casa; "pero no sufras—añade—que te mande a ti". Está en este consejo regulada la soberanía de la mujer en lo doméstico, bajo la autoridad del hombre, que es quien debe regir lo exterior y a quien corresponde amparar y honrar a la mujer, haciéndola igual a sí. ("Persiles"; libro II, cap. V.; y también hay ejemplos de esto en "El casamiento engañoso".)

Cuestión muy delicada que trata Cervantes en muchas ocasiones y desde varios puntos, es la que se refiere al honor del casado, que juzga tan frágil, que "de los mismos hermanos puede ofenderse" (capítulo XXXIII, "Curioso impertinente). Sin embargo, y a pesar de que en esta misma novela, para evitar a la mujer ocasión de faltar, se muestra partidario del "mucho celo y poco trato", creemos que no aprobaba, que no podía aprobar su amplio espíritu esos encierros de la mujer, hurtándola a todas las miradas; como lo demuestra el caso del "Celoso extremeño", a quien nada valieron estas artes. Pero también juzga temeridad o locura el confiar con exceso, como el "Curioso impertinente", a quien vino la desgracia de su impertinente curiosidad. Cervantes, prudente, no juzga bien uno ni otro extremo: son ambos peligrosos. Pero esto es anterior; después, una vez consumada la falta, ¿qué procede? ¿El divorcio?

No; nunca hay para Cervantes razón para el divorcio.

¿Qué, entonces?

A Vidriera, en uno de sus paseos por Salamanca, le pregunta un hombre a quien su mujer abandonó, qué debe hacer: y le contesta que no la busque, por no hallar un testigo de su deshonra, y que dé gracias a Dios por haberle quitado su enemigo. Este mismo consejo se repite en el capítulo VII del libro III del "Persiles".

Dijimos antes que nunca había para Cervantes razón que justificara el divorcio, y se debe, a nuestro entender, al sentido religioso con que consideraba el matrimonio. En la "Galatea" (libro IV) habla de su origen divino, de cómo Dios lo instituyó para que el hombre cumpla sus fines debidamente; y vuelve a hablar de este origen divino en el "Curioso impertinente".

Considerando, pues, al matrimonio como sacramento, como cosa de Dios y no contrato ni cosa de los hombres, es claro que éstos no pueden deshacer lo hecho por Dios, y por eso la indisolubilidad del nudo, que como Cervantes dice en varias ocasiones ("Persiles", libro II, capítulo VII; Bodas de Camacho; "Galatea", libro III), sólo puede ser roto con la muerte:

"Quod Deus conjunxit homo non separet."



CÓLERA,

FIEBRE

TIFOIDEA,

DISENTERÍA,

etc.

Estas terribles enfermedades infecciosas transmisibles por el agua pueden evitarse, usando un botellón o un filtro esterilizador del Profesor Dr. Hottinger.

El uso del agua que durante el término de UNA HORA es expuesta al efecto de un botellón o un filtro **ESTERILIZADOR HOTTINGER** ofrece UNA GARANTÍA ABSOLUTA contra las infecciones de las bacterias que por medio del agua pueden ser transmitidas.

EN VENTA EN LAS SIGUIENTES CASAS:

Farmacia Belgrano, Cabildo, 1901; Droguería del Indio, Rivadavia, 1501; Beretervide y Leonardini, Piedras, 170; Farmacia J. T. Raffo, Esmeralda, 301; Heinlein y Cía., Avenida de Mayo, 1402; R. Martínez y Cía., Rivadavia, 1001; Bazar Solanas, Santa Fe, 2138; Guanziroli y Cía., Sarmiento, 1431; Angeleri, Jacuzzi y Cía., Callao, 98; Cerini Hnos., Sarmiento, 1202; Juan Faccaro, Bartolomé Mitre, 2599; Medina y Cía., Rivadavia, 865; Schmitz Hnos., Alsina, 2639; Alejandro Colven, Viamonte, 933; Spinedi y Grunwald, Callao, 666; Rafuls y Cía., Moreno, 862; Casa Uhalde, Maipú, 327; Pablo Kolven y Cía., Moreno, 1202; B. Greshake, Esmeralda, 146; Federico Clarfeld y Cía., Paseo Colón, 746; A. Efeiffer y Cía., Perú, 425; Portes Hnos., Rivadavia, 1982, a quienes se pueden solicitar precios y detalles.

LA FRAGATA "SARMIENTO" EN BURDEOS

Tres días con sus marinos.—Reminiscencias en la hora de su marcha.

¿Quién olvidará en Burdeos esta romántica nave que entró silenciosa y coqueta, una tarde de agosto, acompañada por un viento frío que venía del mar? ¿Quién olvidará su porte de fragata marinera cuando surcaba las aguas del Garona, señalando el espacio con su altivo bauprés dirigido al cielo? ¿Cómo no echar de menos su alba silueta, hoy que ha zarpado con rumbo a otras tierras exóticas y extrañas?...

No; ante la melancólica grandeza de esta fragata con historia, de este buque casi legendario, gloria y prez de la armada argentina, no es posible permanecer en silencio, sin dedicarla en la hora de su marcha estas cuartillas recordativas, improvisadas al azar, con la brevedad que la premura del tiempo exige pero que, por la sinceridad con que las escribo, están animadas por un soplo de reviviscencia muy noble y humano.

Sí; fué en una tarde del 21 de agosto que llegó a Burdeos, trayendo a su bordo una pléyade de jóvenes inteligentes y fuertes cuyas almas en la plenitud de sus vidas — ansiosas de conocer el mundo, — parecían radiar con todo el esplendor de su apogeo, ofreciendo sus gestos dignos y sus fulgores propios. Y en verdad, algo muy nuestro, algo de la patria, de la hermosa Argentina, traía esta nave en su vigésimo quinto viaje.

Fueron estas las razones primordiales y sin duda otras más, las que influyeron en el ánimo del simpático cónsul argentino, D. Pedro Quintana Alcorta, para no omitir esfuerzo alguno que menguase el brillo del gran recibimiento que les tenía preparado.

Tres días solamente permaneció la "Sarmiento" en el puerto del Gironda; pero tres días de incesante ovación, de agasajos ininterrumpidos, tributados con verdadero afecto por doquiera pasaban los marinos. El programa de las fiestas — admirablemente organizado — era nutrido y profuso; acaso, algo excesivo para tan poco tiempo; pero, digamos en honor a la verdad, que se cumplió en todos sus detalles y en toda su amplitud. Sin embargo, justo es reconocer que a no mediar el afanoso empeño de don Pedro Quintana Alcorta y su gentil esposa, con certeza que estas demostraciones no hubieran logrado la magnitud que alcanzaron ni el brillo con que resplandecieron. En efecto, la época no era la más propicia para ofrecer recepciones o celebrar homenajes; dos meses antes había comenzado el éxodo veraniego y la sociedad bordelesa se dispersaba por los balnearios de Francia y España.

Pero, ¿cómo no acceder a una invitación del cónsul Quintana Alcorta, cuyo exquisito don de gentes encanta a sus amigos y seduce a los extraños? ¿Cómo no aceptar una insinuación tan amable? Y fué entonces que acudieron desde San Sebastián, Biarritz y estaciones de los Pirineos, respondiendo al llamado con pleno regocijo.

Gracias a su organizador, Burdeos no estaría desierto, y, a fe mía, que no lo estuvo.

—

Prescindid de las visitas oficiales a las autoridades, puesto que ellas siempre tienen lugar en todas partes, por ser de estilo en el ceremonial marítimo, y, en cambio, imaginaos una opulenta recepción de gala, plena de juventud y de entusiasmo, en la que se baila sin cesar hasta los primeros albores de la mañana, a la que concurre lo más selecto de Burdeos, fiesta en la que las damas lucen sus vistosos atavíos, sus cabelleras modernas, sus faldas recamadas de lentejuelas, sus finas gargantas orladas de magníficos collares que acarician el cuello fresco y desnudo... Imaginad una decoración hecha de pródiga luz y suave color, y, por último, fluctuando en la atmósfera lo escondido, lo impalpable: un perfume de flores y una palidez de aurora que trasunta un romántico crepúsculo... Formaos una visión de todo esto y tendréis una idea muy aproximada de la escena.

Bajo esta impresión, le digo a un joven oficial que está a mi lado con una hermosa rubia:

—He aquí un poético amanecer que vibra con la música de los *shimmies* voluptuosos y se desmaya con la doliente cadencia de los tangos argentinos.

—Yo me llevo un recuerdo inolvidable de esta noche — me responde, y luego suspira con la nostalgia del que va a marcharse.

—¿Le agradaría volver? — le interrogo.

—¡Me agradaría quedarme! —me contesta.

Yo exclamo sonriendo:

—Es natural. ¡Hoy tanta belleza y mañana, en la despedida, tanta desolación!

Mi interlocutor no me responde. Los ojos de la rubia de pestañas doradas, se abren desmesuradamente para mirarlo mejor, y parecen exclamar esta súplica amorosa: "¡Quédate!... ¡Quédate!" Los del joven guardiamarina se cierran tristemente y contestan: "¡Imposible!... ¡Imposible!..."

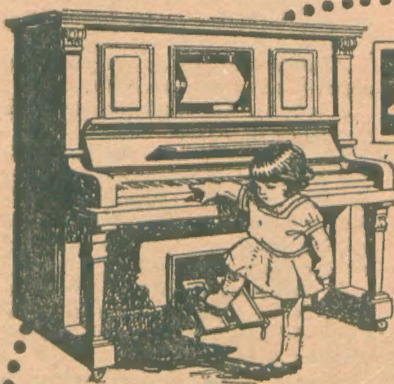
Yo veo en todo esto un inocente fragmento de novela. La vida de los marinos es así (la de los solteros, se comprende), en cada puerto dejan algo: una promesa, un suspiro, una ilusión...

—

Aquí el escenario es otro, y otra su decoración: se trata de una excursión a Saint Emilion y un almuerzo en los claustros de una vieja abadía. Todo esto, como la recepción anterior, es gentil homenaje del cónsul argentino; en todo ello se descubre el anhelo de su organizador por obsequiar a los marinos con algo interesante y, al mismo tiempo, original.

En efecto, nos hallamos en una tierra de privilegio histórico, de abadías ruinosas y monasterios vetustos cuyos muros agrietados y cubiertos de musgo convidan a la meditación y al ensueño. En este predio feudal es príncipe y señor Su Alteza el Vino. Aquí, rindiéronle tributos, en inmemorables frases, los monarcas y hombres de talento.

Seguid los homenajes por orden cronológico:



Autopianos

Orpheola

Es la marca que el uso ha consagrado superior a cualquiera otra.

En su mecanismo entran composiciones únicas de perfecta precisión y es así que se obtienen de sus notas las más nítidas voces y el más preciado conjunto.

Ofrecemos también 10 marcas de pianos famosos donde hay para elegir más de 40 modelos.

Se entregan pagando una modesta suma al contado y el resto por cuotas mensuales.

ÚNICOS AGENTES
OBIGLIO & HIJOS
BME MITRE 1215
BUENOS AIRES

El poeta Ausone escribe: "La gloria de Burdeos no es menos grande que la de Roma; ni la de ésta es mayor que la de nuestro vino."

En la Edad Media, los vinos de Saint Emilion ya eran considerados como los mejores; el bardo Henri d'Andeli les dedica su famosa balada, que los vinateros de la región hoy repiten de memoria.

El 24 de octubre de 1312, el rey Eduardo II de Inglaterra, recibe como regalo de un cultivador, 50 toneles, con esta leyenda en latín de *vinus claris puris et legalibus*. El monarca le agradece y, luego, en recompensa le acuerda el privilegio de que jamás pueda ser condenado por deudas.

En 1547, la reina de Navarra, recibe también como "precioso obsequio" una pipa de vino de Saint Emilion. En 1602, el cardenal Sourdis, a quien el jurado de esta villa le ofrece el *vino de la ciudad*, se descubre en presencia del néctar y pronuncia esta frase que ha pasado a la posteridad: "¡Oh, rey de los vinos, yo te saludo!"

En 1615, Luis XIII, declara formalmente que el vino de Saint Emilion es: *veritablement exquis*. En 1650, Luis XIV, hallándose de paso por Libourne, al saborear este vino famoso, exclama entusiasmado: "¡Oh, dulce néctar!"

Y estas frases que cito aquí, a simple título de curiosidad, no son más que una minúscula prueba de las tantas que existen, muchas de las cuales se han perpetuado en el mármol y en el bronce.

Saint Emilion es, sin disputa alguna, lo más interesante de Burdeos.

El almuerzo está a la altura de los antecedentes históricos: para ocho platos que figuran en el "menú", ¡hay veintidós vinos!

—Sólo aquí en Burdeos—le digo al teniente Rosas, que se muestra sorprendido de esta prodigalidad,—sólo aquí en Burdeos, el número de los vinos, en todos los *menús*, excede siempre al de los platos.—Y entonces, le recuerdo el famoso banquete ofrecido, en este mismo pueblo, a los miembros de la prensa con motivo de celebrarse un congreso internacional del periodismo: ¡para 12 platos habían 72 vinos diferentes!

Mi interlocutor permanece mudo; luego, repuesto de su asombro, me pregunta:

—Y ¿cómo regresaron los periodistas?

—En automóvil—le contesto;—siempre en automóvil.

—Es verdad—exclama.—De un banquete semejante, no se puede regresar en otra forma...

El almuerzo toca a su fin; y, como es de estilo, comienzan los brindis. El segundo comandante de la "Sarmiento", capitán de fragata Domingo Casamayor, que ha saboreado un vino añejo, ofrecido por Mr. Jorge Calvet, se pone de pie y hace sus elogios, afirmando que: "Burdeos sin *monsieur* Calvet, no sería Burdeos." Esto provoca nutridos aplausos que se prolongan largo rato. En esta frase, al parecer algo hiperbólica, hay mucho de verdad. No voy a trazaros la biografía de Jorge Calvet, cuya firma vosotros conocéis muy bien en la Argentina, pero sí os diré que es el representante más antiguo y más fuerte de la producción vitivinícola francesa. En Burdeos, Calvet es un coloso.

El alcalde de Saint Emilion, Mr. Cambrouze, orador de nota, hace, por su parte, el panegírico de este sublime néctar de los dioses, poniendo en sus palabras un lirismo y vehemencia que contagian: el simpático alcalde nos habla del alma del vino; según él, el vino tiene alma y una muy noble: el vino es la alegría, nos dice, el amor y el placer. Yo creo que se acuerda de aquella espiritual sentencia bien conocida: "Lo-



co aquel que no ama las mujeres, la música y el vino".

Unas manos femeninas tañen el órgano de la abadía, arrancándole notas suaves y quejumbrosas como una letanía crepuscular, y esta música plañidera acompaña muy bien a los oradores mientras hablan: a mí me parece agradable y original.

Monsieur Jorge Calvet, con su flúida elocuencia de buen francés, expresa a los oficiales su profunda simpatía, cual es la de verse reunido con sus amigos de la Argentina, "tierra que ama como a su propia tierra, puesto que es su segunda patria".

Finalmente, el que escribe estas líneas, solicitado por los comensales, hace uso de la palabra y les despide con el afecto que siente por los jóvenes marinos y por su buque, a cuyo bordo, muchos años ha, navegara en él. El cronista les dice:

"Hoy que recaláis en el puerto de Burdeos cuyo clima os acoge tibio y hospitalario; hoy que arribáis a las playas del Gironda y del Garona con vuestra gallarda fragata, símbolo de la antigua y prestigiosa marina a vela, y que habéis acortado la distancia que separa los lejanos países de ultramar, trayendo para este pueblo el más noble saludo y el más grato mensaje de cordial simpatía, compláceme en decirlo que os doy la bienvenida con intensa y viva satisfacción.

"Ilustres huéspedes de esta tierra feraz de los viñedos, ¡bienvenidos seáis!, en estas vastas campiñas templadas por el sol del Mediodía, cuyos rayos parecen derramarse en trenzas de oro, mientras palpita el soplo de la naturaleza y ondula el silvestre encanto del pájaro en la flor.

"Benditas campiñas fecundas y ubérrimas que os brindan merecido reposo, al final de tantas singladuras hechas en vuestras largas y lentas travesías... Y si os recuerdo, ex profeso, vuestras navegaciones, es porque no olvido que las habéis realizado en aquella fragata, que representa, para el mundo marítimo, el glorioso y melancólico pasado.

"El buque a vela tiene la majestuosa elegancia que no tendrá jamás ningún buque a vapor; sólo así se comprende el sentimiento de los viejos lobos de mar y la tristeza con que ven desaparecer estas naves, cuyos pilotos requieren un gran conocimiento de la mar, presencia de espíritu en lo imprevisto de cada día, y una habilidad inigualable en el arte de aparejar y maniobrar los buques a vela...

"Deseo para vuestra carrera todos los triunfos de la historia naval argentina, cuyas páginas inmortalizaron aquellos sencillos pero nobles marinos que se llamaron: Azopardo, Taylor, Bouchard y Brown.

"Que mis palabras os acompañen en vuestro viaje de retorno al hemisferio austral de tal suerte que, cuando vuestro buque esté en franquía, las recordéis —por la sinceridad que expresan y no por otra cosa — con aquella intimidad con que escucháis en alta mar la ingente melodía de la olas y el triste ulular del viento en las jarcias del navío.

"...Y ahora, cuando os llegue el momento de abandonar estas playas, zarpad con viento y mar bonancibles, y que en el regreso a la patria, hagáis tranquila recalada, bajo los esplendores de la Cruz del Sur."

Siendo algo entrada la noche, regresamos a Burdeos; los automóviles nos aguardan para conducirnos, de paso, al monasterio de los franciscanos, en donde, antiguamente, los frailes anacoretas, cuando no oraban, hacían vino. Hoy sus monjes ya no existen, y, sólo se conserva este monumento como reliquia histórica, perteneciendo en la actualidad a la comuna de Saint Emilion.

Así terminó esta jornada memorable, que fué una simpática fiesta del entusiasmo. Al día siguiente, los aspirantes visitaron los astilleros del Gironda, las bodegas de *Monsieur* Jorge Calvet y, por la tarde, después de una recepción a bordo, la fragata se hizo a la mar.

Bello espectáculo fué verla partir esa tarde de precursor otoño, mientras el sol descendía como un astro moribundo: lentamente se iba abriendo de su apostadero como un blanco nenúfar bajo la influencia lunar; su elegante silueta se envolvía en azúrea neblina, que en el Mediodía de Francia es transparente como un manto de vestal. La gente la miraba desde el muelle con aquella nostalgia que se siente al contemplar la estela de un navío; las lágrimas de algunas mujeres — madres sin duda — rociaban sus aterciopeladas mejillas...

Yo la vi marcharse silenciosa, como sumergida en amoroso ensueño; y la seguí mirando todo lo que pude, hasta que al fin mis ojos la perdieron de vista, un instante después en que sus mástiles rasaban el horizonte del mar...

Ricardo ARAMBURU.

Burdeos, septiembre 1.º de 1925.

EL CANAL DE CORINTO

El canal de Corinto está formado por dos murallas ciclópeas y por una enorme trinchera en cuyo fondo se deslizan los barcos.

El viajero que por primera vez atraviesa el istmo de Corinto se siente empequeñecido por aquellas colosales masas que le aprisionan.

César, Calígula y Nerón intentaron horadar la lengua de tierra llamada istmo de Corinto. Hasta el siglo pasado se hallaba todo completamente abandonado, por lo lejos de toda línea de navegación, como estaba, y porque los grandes puertos célebres del tiempo de Filipo habían resultado demasiado pequeños para abrigar los buques modernos, aun los de menor tonelaje. Este istmo es la cinta de tierra que une la península de Morea; es decir, el antiguo Peloponeso, con el resto de Grecia.

Corinto, que en otros tiempos era opulenta y fastuosa, no tiene hoy importancia alguna. Pausanias y Estrabón llaman a la antigua Corinto emporio de riqueza, y tuvo 300.000 almas.

Cuando César la reconstruyó, formaba un cuadrilátero de cuarenta estadios de perímetro.

Fué famosa por el espíritu refinado y la habilidad en las bellas artes y en la industria de sus hijos.

Alcanzó Corinto su apogeo en el siglo V antes de Jesucristo.

A ella acudían oradores, escritores y artistas de Roma.

La famosa Corinto fué destruída por el cónsul Mummio en 146 antes de Jesucristo. El Corinto actual, o Nueva Corinto, como la llaman, está edificada a siete kilómetros del lugar en que lució la primitiva.

Es una pequeña ciudad, cuyos habitantes no llegan a cinco mil, que viven del comercio de pasas, aceites, cereales y sedas.

A poco más de dos kilómetros de la ciudad se halla el canal de que acabamos de hablar.

La nueva ciudad fué fundada en el año 1859.

El citado canal tiene 6.500 metros de longitud; su anchura es de 22 metros por 8 ídem de profundidad, y las trincheras tienen en algunos sitios hasta 80 metros de altura.

UNA PALABRA VULGAR

es el vocablo "previsión", pero su significado encierra el triunfo en casi todas las incidencias de la vida.

Aplicada en las circunstancias que rodean nuestra existencia, siempre supone una garantía de éxito, ya que el verdadero acierto estriba en anticiparse a los sucesos y no en seguir detrás de sus huellas.

Por esta razón, la ciencia médica, bien entendida, debiera consistir, no en curar el mal, sino en evitar la enfermedad; sistema que constituiría la terapéutica ideal para el género humano.

Así, pues, practicar la higiene colectiva y, principalmente, individual, supone una de las sabias prevenciones que pueden adoptarse en defensa de la salud. Las señoras y las jóvenes, por ejemplo, son las más obligadas a observar escrupulosamente la profilaxis personal, ya que, por la constitución anatómica del sexo, están constantemente expuestas a adquirir infecciones que suelen dar origen a muy serias enfermedades.

El hábito de la toilette íntima, basada en irrigaciones diarias con soluciones tibias de Lysoform, es una previsión eficacísima contra ulteriores dolencias. Los flujos, hemorragias, ovaritis, fibromas y hasta el mismo cáncer, son debidos, generalmente, a infecciones adqueridas por la falta o insuficiencia de la higiene íntima.

El Lysoform es un eficaz desinfectante que se vende en cualquier farmacia, y es el más recomendable de todos, porque a su comprobado poder bactericida, une las buenas cualidades de ser inodoro y absolutamente inofensivo, circunstancias que le convierten en el antiséptico ideal para las señoras y los jóvenes.

Use usted el Jabón Lysoform para tocador, fabricado a base de Lysoform. —Pida usted una muestra gratis y comprobará la excelencia del producto.—

MENDEL y Cía.

Guardia Vieja, 4439. Buenos Aires.

El hombre del café

Todas las tardes, a la misma hora, entraba en el café. Era al anochecer, cuando se pierde el día como un suspiro que se apaga y comienzan los momentos de las maldades, como creen las madres de familia, plenamente convencidas de que las calaveradas y malos pasos sólo pueden hacerse o darse de noche.

Llegaba, pedía siempre café y permanecía dos horas, que, indudablemente, se le hacían atrozmente largas, a juzgar por las repetidas veces que miraba al reloj, como si quisiera empujar las manecillas del aparato medidor del tiempo para que éste se abreviase.

Leía periódicos, estaba atento a todas las conversaciones, como recurso al que se agarraba para distraerse, y fumaba pitillo tras pitillo, como única salvación a esas dos mortales horas de aburrimientos.

En el café, los habituales contertulios ya le conocíamos, y repetidas veces nos habíamos hecho la misma pregunta:

—Si tanto se aburre, ¿a qué diablos viene?

El debía comprender nuestra curiosidad, y se daba perfectamente cuenta de la impresión que causaba; pero algo poderoso debía retenerle allí cuando día tras día se personaba en el café con la puntualidad del que va a una cita.

Una circunstancia imprevista, algo que surgió y llegó a todo el ambiente, dió ocasión a que yo cambiase algunas palabras con el parroquiano desconocido.

—Por lo visto es usted aficionado al café.

—¿Yo? ¡Le odio!

¡Tipo más extraño! Después de esta confesión mi curiosidad se avivó más, y yo sentí verdaderos deseos de intimar con aquel original tipo, muestra extraña de la fauna humana.

Unos cuantos días en los que cambié algunas frases con él, y, por fin, cierta tarde en que le abordé francamente.

—Sí, como usted ha confesado, le aburre el venir aquí, dígame: ¿por qué viene?

—¡Ay, amigo mío, por tesón, por testarudez, por cabezonada o como quiera usted llamarlo. Mire usted: yo soy casado, adoro a mi mujer y, aunque parezca mentira, estoy aquí para hacerla sufrir.

Estas incoherentes manifestaciones del ciudadano aquel me le presentaban cada vez más extraño e incomprensible.

—Verá usted, le seré franco, y esto me aliviará momentáneamente de lo que me sucede. Yo, como le digo, soy casado; mi mujer me quiere, tengo la seguridad de que me quiere, y yo la adoro. De esto último, como es natural, puedo responder con entera confianza. Hemos estado de viaje, y una maldita idea nos llevó a una playa de placer y de alegría. Allí, hasta las personas más serias y severas en sus costumbres se ven contagiadas de la frivolidad, y sufren la inoculación de la ligereza de costumbres. Mi mujer no se dió cuenta de ello; pero se dejó arrastrar por esa perversión que flotaba en el ambiente. Hubo quien la asedió, y, a Dios gracias, no llegó a caer, ni a sospechar siquiera que había estado a punto de ello. Yo, sin embargo, para exagerar sus cosas y hacerle creer que me había ofendido gravemente, he adoptado con ella un aire de ser al que han pisoteado, y le he dado a entender que aplicaré la pena de Talión, dejándola entrever la posibilidad de que la engañaría.

—¿Pero no dice usted que ello no llegó?

—Claro que no; pero quiero mostrarle las angustias y dolores que se pasan cuando la intranquilidad y zozobra reinan en nuestros corazones. Yo todas las tardes finjo excusas que ella comprende, digo de una manera torpe mentiras y desaparezco de su lado. Mientras, ella se queda pensando en que le hago traición; yo vengo aquí, donde me aburro de una manera tremenda, deseoso de que pase rápidamente el tiempo para volver al lado suyo.

—¿De modo que es usted el culpable fingido?

—Exactamente. No se ría usted, amigo mío; pero mi vida es una tragedia. Ya sabe usted el motivo de mi permanencia en este establecimiento. Ahora, con su permiso...

El desconocido sacó un frasquito de su bolsillo y se echó algunas gotas del líquido que contenía por el traje.

—¿Se perfuma usted?

—Sí; lo hago al regresar a mi casa. Esto me ayuda a que mi mujer se dé cuenta de mi culpabilidad. Es perfume de la otra, ¿comprende usted?, ¡de la otra! Soy un desgraciado.

A. R. BONNAT.

La temible araña katipo

Todas las arañas son más o menos venenosas, terrible facultad que emplean para defenderse de sus enemigos. Afortunadamente, son pocas las arañas cuyo veneno puede hacer gran daño al hombre; pero entre las que secretan una ponzoña peligrosísima para todos los seres figura el Katipo, el "Latrodectus hasselti" de los naturalistas, que vive en Nueva Zelandia.

Este temible arácnido se reconoce fácilmente por la raya de rojo brillante a bordes amarillos que lleva en el dorso.

El katipo está armado de un gancho articulado, duro y afilado, con un canal interior por el que sale la ponzoña de una glándula colocada en la base del gancho, como sucede con los colmillos de las serpientes venenosas.

La picadura produce un dolor fuertísimo, seguido de inmediata inflamación.

El herido suda con abundancia y cae en un estado de postración grande; los miembros se retuercen con horribles calambres, y en medio de fuertes convulsiones viene la muerte, que es inevitable, sobre todo en los niños.

Los katipos viven en las playas y en las dunas arenosas, causando todos los años multitud de víctimas.



Muy modesta, pero muy alegre era la salita de don Braulio Pérez; de impecable blancura las murallas, de dorada paja la techumbre y de tupy el pavimento, tan liso y parejo que se diría de guayacán lustrado.

Durante toda la semana sólo penetraba en la salita la chica que estaba de turno para la limpieza y arreglo de la casa. Pero el domingo, desde muy temprano, abríanse puertas y ventanas y los humildes floreros de loza pintarrajeada, que adornaban las mesitas y las rinconeras, desaparecían bajo los ramos multicolores de claveles, rosas, dalias y malvones.

Después de mediodía empezaban a caer los mozos comarcanos.

Los visitantes eran casi siempre los mismos; pero un domingo llegó inesperadamente Fidel Aquino, quien hacía cuatro años que, a los pocos meses de casado con la hija de un chacarero italiano, desapareció del pago, llevándose a su esposa y llevándose también, según se murmuraba, todos los ahorros de su avaro suegro.

El retorno de Fidel causó sensación. En nada había cambiado; era el mismo muchacho, lindo y alegre.

—Siempre el mesmo cachorro juguetón—habíale dicho don Braulio.

—¡Bebida p'apagar tristezas, don Braulio!

—¿Tristezas usté?—interrogó, incrédula, Ruperta.—¡Usté, la persona más feliz que se conoce!

—Apariencias no más.

—Sos joven, sano—dijo don Braulio;—heredaste bastante platita del finao tu suegro, tenés una mujer linda y güena..., ¿qué te hace falta para ser feliz?

Simulando gran tristeza, Fidel respondió:

—La vida es una vaca chúcara que cuando uno menos lo espera le pega la cornada... Mi pobre compañera Bernarda...

—¿Está enferma?

—Murió la pobrecita.

—¡Murió?

—Sí, ya va pa dos años..., un pasmo...

—¿Y tus hijitos?

—¿Mis hijitos?... No tengo.

—¿Cómo no?... A nosotros nos contó Eusebio, que hace un tiempo estuvo en tu casa, que tenía tres cachorros.

—Sí..., supe tenerlos; pero los pobrecitos se murieron también.

—Pero tenés platita...

—Apenas con que hacer cantar un ciego...

Desde entonces Fidel se constituyó en asiduo tertuliano de don Braulio, cuyas simpatías supo granjearse, prestándole solícita y desinteresada ayuda en las faenas chacareras, hasta el extremo de permitir sus amoríos con Blasa, la menor de sus hijas.

Cuatro meses después regresó al pago Isabelino, el primogénito de don Braulio, tras una ausencia de más de un año, ocupado en tropeadas por el Paraguay y el Brasil.

—¿Sabés que hay novedades en casa?—díjole Ruperta.

—¿Cuálas?

—Que Blasa tiene novio... ¡Fijate que la mocosa se va a casar primero que nosotras!...

—¿Con quién?

—Con Fidel.

—¿Qué Fidel?

—Fidel Aquino, pues.

Rió el mozo para responder:

—Entuavía falta mucho pal día'e los inocentes... ¿Se va a casar con dos mujeres Aquino?

—¡Pero no!—protestó toda arrebolada Blasa;—si la pobrecita Bernarda hace dos años qu'es finada.

—¿Quién dijo?

—Aquino.

En ese momento entraba Fidel, quien saludó a Isabelino con exagerada afectuosidad.

—M'estaban contando que habías envindao—dijo el mozo con voz adusta.

TIENTOS DE ALAMBRE

Por Javier de Viana

—Tuve ese desgracia—respondió Fidel, algo cohibido.

—¿Y tus hijos también murieron?

—También.

Cortó el diálogo don Braulio diciéndole a su hijo:

—¿Y qué esperás pa desensillar?

—No desensillo, tata, porque tengo que ir de urgencia a la pulpería.

—¿Pa qué?—preguntó sonriendo Aquino.

—Vi'a comprar alambre pa coserte la jeta—respondió con ira el mozo.—¡Hasta mañana!...

Y en medio del asombro de todos, partió sin pronunciar una palabra más.

Al día siguiente—un domingo—se bailaba en la perfumada salita, pero ni las flores, ni las guitarras, ni los acordeones conseguían disipar la angustia que reinaba en el seno de la familia, motivada por la actitud misteriosa y amenazante de Isabelino.

A eso de las tres de la tarde llegó éste, pero no a caballo, sino conduciendo una "jardinera" herméticamente cerrada. Descendió del pescante, maneó los caballos y fuése calmosamente a la sala.

Fidel, bastante pálido, pero haciendo esfuerzos para serenarse, le dijo, mofándose:

—¿Qué es eso?... ¿Te has puesto de mercachifle? ¿Qué vendés?

—Alambre... Alambre pa coser la jeta de los canallas embusteros... Vas a ver...

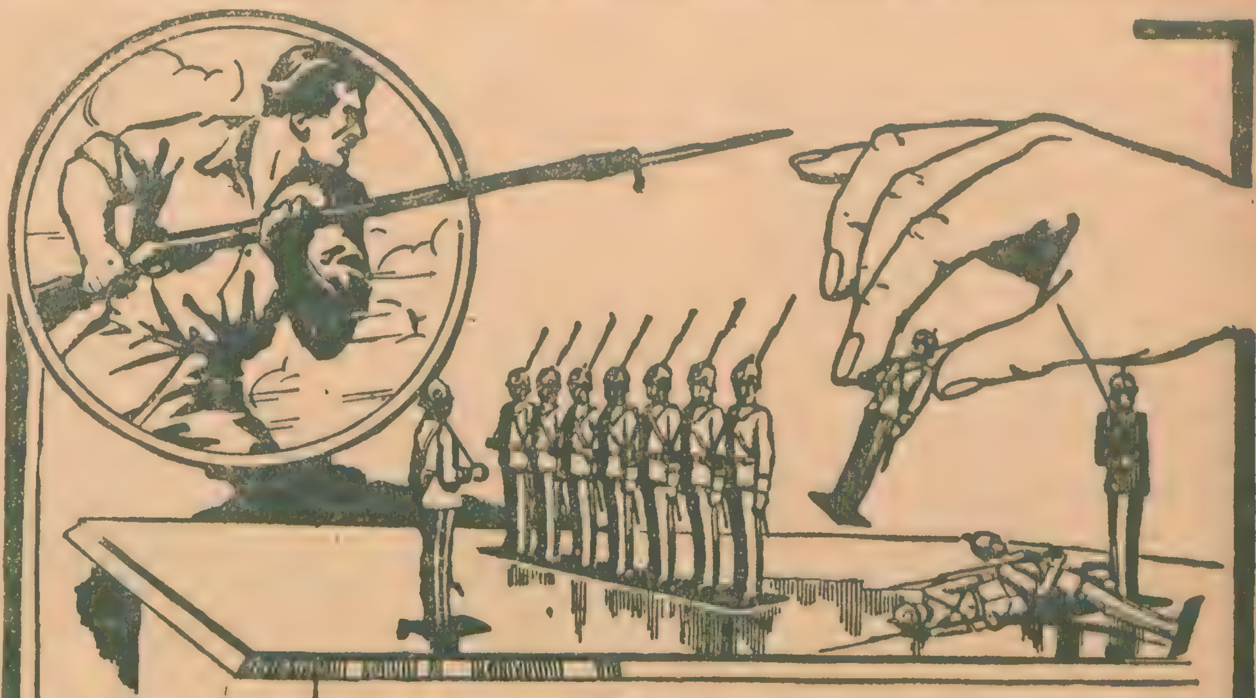
Regresó al carromato y volvió al punto acompañado de una mujer, joven aún, pero cuyo físico atestiguaba un largo período de miserias, y tres chicuelos haraposos, ruines, anémicos.

Ante el estupor de todos, Isabelino expresó:

—Les presento la finada esposa y los finados hijos de Fidel Aquino, mi futuro cuñao... Yo los desenterré de un rancho del Arrayán, donde los había dejao éste, dispués de haberse comido en farras hasta el último peso del pobre suegro...

Y como reinase un silencio solemne, Isabelino se encaró con Fidel y le escupió al rostro esta frase violenta:

—¡No te dije que te había'e coser la jeta con un tiento de alambre?...



SOLDADITOS de plomo...

Los productos Bayer son como soldados que, año tras año, día tras día, hora tras hora, combaten en las cinco partes del mundo contra la enfermedad y el dolor. Son "veteranos" invencibles en que la humanidad tiene puestas su admiración, su fé y su confianza.

¿Las imitaciones, las novedades, los substitutos? ¡"Soldaditos de plomo"! Juguetes frágiles que van, uno a uno, desfilando hacia el olvido, mientras la CRUZ BAYER se alza cada día más fuerte, más segura, más respetable.

Los tres "veteranos" BAYER que mayor fama alcanzan son:

BAYASPIRINA
(Tabletas "Bayer" de Aspirina)
Prescrita por los médicos en todas partes del mundo para dolores en general.

CAFIASPIRINA
(Tabletas "Bayer" de Aspirina y Cafeína)
El analgésico por excelencia para los dolores con depresión nerviosa. No afecta el corazón.

FENASPIRINA
(Tabletas "Bayer" de Aspirina y Fenacetina)
El remedio moderno para los resfriados, la grippe, la influenza etc., cuya característica es la de ser perfectamente bien tolerada por el estómago.





Del Madrid antiguo

LA CASA DEL PASTOR EN LA CALLE DE SEGOVIA

Leyendas, historias y tradiciones. — Los subterráneos y el armario de Felipe IV

Algo se ha escrito de esta casa de historia y de leyenda, que se levanta en la calle de Segovia, debajo casi de nuestro Viaducto, y que hoy lleva el número 19 de dicha calle.

Esta casa tuvo en la antigüedad una importancia extraordinaria, importancia desconocida por la mayoría; pues, aunque los cronistas hablaron de ella en diferentes ocasiones, no lo hicieron con la minuciosidad que merece este edificio, de gran abolengo por los sucesos en él acaecidos, que comenzaron en los cimientos y terminaron en nuestro simpático Manzanares.

Parece ser que un joven noble, de historia libertina, tuvo necesidad de huir de esta su casa por cierto delito de amor que comprometía la honra de una alcurniada dama, cuyo padre juró vengarse del malandrín que así había mancillado el honor de su escudo.

Para poder mejor ocultarse sin que nadie pudiera dar cuenta de él, caminó a pie noche y día, hasta que, rendido y maltrecho, en plena sierra, hubo de pedir auxilio a un joven pastor que en aquellas soledades—una vez reunido su ganado—se disponía a cenar su consabida leche de cabras—de aquellas cabras que él guardaba con tanto cariño,—con su pan moreno y y bien metido en harina. El muchachuelo, al ver a aquel señor, que, por su porte, le parecía persona muy principal (según dijo al día siguiente a sus amos), se ofreció en todo y compartió con él su cuenco de leche y su poco mullida cama de pajas escasas. El señor, agradecido, al rayar el día, gratificó con una moneda de oro al pastorcillo, y siguió andando hasta que se encontró en lugar seguro. Se publicaron edictos para averiguar el paradero del burlador de honras; pero todo fué inútil. No parecía ni muerto ni vivo.

Pasaron los años, y, como era persona influyente, fué indultado, y volvió a Madrid, y llegó a ser el arcipreste José. Así le llamaban cuando fué llamado al tribunal eterno.

Parece que los parientes del arcipreste cuidaban más de su fortuna que de atenderle en sus calamidades y penas, según se ve por las memorias que de él se encontraron en la mesa de su despacho. Y, claro es, el noble alegre un día, al llegar sus últimos instantes, tomó en serio la vida y testó, guardando su testamento debajo de su almohada, en donde lo veían los allegados con deseos de avaricia inealificables.

Y como todo llega, llegó el fallecimiento de este ilustre caballero y la hora de abrir el testamento. Parientes y amigos se encontraron con un testamento originalísimo. La casa era legada al primero que entrase por el puente de Segovia al día siguiente del fallecimiento del propietario. Aprestóse el notario que había sido instituído en albacea a cumplir la voluntad del testador, y se encaminó con testigos a la puerta de Segovia—era aún de noche—para hacer entrega de los documentos que le hacían propietario de una casa en Madrid al feliz madrugador que primero apareciese por aquellos extremos. Y... apareció un pastor que, malhumorado y frío, conducía sus cabras para pastar.

Cuenta la historia la resistencia del pastor a creer a aquellos graves señores que le decían dueño de una casa en Madrid, teniendo poco menos que emplear la fuerza para convencerlo del regalo que le hacían.

Fué con sus cabras hacia el lugar de su propiedad, y, reuniéndolas en una especie de plazoleta, que aún subsiste, y donde hoy se admira una fuente antiquísima, las dejó al cuidado de unos muchachos que, boquiabiertos, presenciaban la escena.

Subió a la casa, y cuál no sería su asombro al reconocer en un retrato que colgado pendía de uno de los muros de la sala al señor que él cobijara años atrás en su choza de pastor.

Cundió la nueva, y las gentes pensaron que era milagro de Dios, en pago del favor recibido por el señor caballero que huía de la amenaza de un padre ofendido.

Trabajo le costó al pastor desalojar la casa de los parientes del antiguo dueño, como le costara al arcipreste echarlos cuando, perdonado, volvió a ocupar su propiedad; pero era de justicia y hubieron de salir.

Nada nos han dicho los cronistas de que la casa primitiva fuese a la manera de Ayuntamiento árabe cuando la dominación de los mismos en España, ni tampoco nos hicieron conocer unos subterráneos abovedados, pero de bóveda plana, cosa extraña en aquella época, y que aun hoy se conservan—por ellos ha caminado con una linterna el que esto escribe, con alguna medrosidad en algunos momentos.—Estos subterráneos (ya hoy, cuando nuevamente he ido a visitarlos, me los he encontrado tapiados) eran hasta el número de cinco, y se dirigían: uno, hacia el Campo de las Vistillas (éste es el que yo conozco), y allí precisamente existía, y debe de existir, puesto que no se edificó todavía en el Campillo de las Vistillas, una gran sala abovedada, sostenida por recias columnas. Esta sala tenía en su techumbre una espléndida lámpara de aceite, y dícese que en aquélla, cuando la persecución de los moros, celebraron una histórica conferencia, de la que no salieron—pues tenían cercada la casa las tropas enemigas,—los jefes más principales de la morisma. El caso es que allí no se veían vestigios de cadáveres, y, en cambio, la sala poseía cinco puertas, por las que, sin duda, huyeron los adoradores de la Media Luna.

Otro subterráneo llegaba hasta el río Manzanares. La puerta de éste se conservaba perfectamente hace quince años.

Otra de las puertas conducía por un subterráneo hacia el centro de "Magerit", por lo que puede colegirse de una inscripción en árabe allí existente, y se asegura que desembocaba en el palacio del Sultán.

Tampoco nos han hablado los que se ocuparon de esta histórica casa de varios tesoros allí encontrados por los obreros que la reedificaron, cuyas monedas de oro, muchas de ellas árabes, se repartieron amigablemente los albañiles, llenando las orzas con periódicos de aquella época y entregándolas luego a los dueños, descubriéndose por esta inocencia su rapacería. Hemos de hacer notar aquí el hallazgo, ya en época más reciente, de unos fusiles de chispa, que el pueblo madrileño, perseguido por las tropas de Murat, hubo de esconder, juntamente con un tambor y muchos sables, en la fachada que daba a un callejón—hoy desaparecido;—callejón y ventanas que tapiaron en horas, para que no dieran con ellos las tropas invasoras.

La leyenda nos dice que un martillo desapareció al caer al suelo en uno de estos subterráneos, y que el obrero que iba a emprender la obra de reparación de la casa en sus sótanos renunció a seguir.

Nosotros recordamos un documento que se conservaba en el arcón del antiguo dueño de la casa, que nos habla de un depósito de hojas de tocino que se encontraron los obreros en una de las galerías, y sobre la cual jamás consiguieron que creciese la hierba al correr de los años, sin duda por la grasa en que estaba empapada la tierra. También se encontraron unos rodillos de madera en la sala contigua a la antes descrita, destinados, sin duda, a servir de rasero para medir los granos.

Estos subterráneos están hoy cortados por las edificaciones modernas.

La casa-fortaleza fué derruída, pero los cimientos permanecen. Quedó, pues, demolida la vivienda del gran inquisidor de Madrid y de Jerónimo de Churriguera, que también ocupó esta casa; pero todavía subsiste el escudo de la villa de Madrid de cuando en este edificio asentó sus reales la Casa de Villa, que también estuvo allí. Ved por cuántos motivos son históricos los subterráneos y cimientos de esta casa. Me sale al paso un hecho curioso y poco conocido de los madrileños, acaecido en el reinado de Felipe IV, el rey poeta, y que tuvo por campo de acción esta casa del número 19 de la calle de Segovia, y por actor principal, Felipe IV.

Vivía por entonces en el piso principal de la casa que nos ocupa una hermosa dama de rubia cabellera, de ojos azules, de busto y de caderas provocativos y tez blanca como la nieve, cuya armoniosa escultura se sostenía por unos lindos piececitos calzados con los más encantadores chapines.

Todas las noches, al filo de las doce, un caballero, a juzgar por su porte, bien cubierto con su tabardo, y con el sombrero tan metido en la cara que apenas se le veían los ojos, llamaba casi sin llamar y entraba en la casa. Las puertas se abrían con el mayor sigilo y ni un mal candil alumbraba la entrada del personaje en cuestión.

Un "previsor" golilla, que hubo de ver aquel tejemaneje (o algún soplo de comadre desocupada), dió en sospechar del sujeto y de la casa y de la dueña, y, reuniendo a su ronda, fuése una noche en derechura a la calle de Segovia. Como todas, entró el enlutado caballero, y una vez dentro, la ronda, que acechaba, llamó a la puerta. Contestaron; abrióse el postigo, esta vez ya iluminado, y de mal talante acompañó la dueña de la dama rubia a los golillas que deseaban hacer un registro en la casa de "orden del rey".

Todas las habitaciones fueron registradas, y en ninguna se encontraba el misterioso caballero; pero cuando ya iban a desistir de su empeño, el jefe de la ronda, fijándose en un hermoso armario de nogal que la dama tenía en su alcoba, más impertinente que caballero, preguntó: "Decidme, señora, ¿qué guardáis en ese armario y decidme si se puede abrir?" La dama, decidida, contestó en forma destemplada: "Aquí sólo guardo un retrato del rey nuestro señor"; y uniendo la acción a la palabra, abrió el armario, y apareció ante los ojos atónitos de aquellos indiscretos golillas la figura del rey Felipe IV. Es decir, el rey en persona, en cuyo nombre venían a registrar la casa. No se desconcertó por eso el osado curioso, y, con gran admiración al ver el continente severo de Felipe IV, dijo: "Gran retrato; está muy parecido; tanto, que es estarle viendo"; y saludando hasta tocar con el sombrero el suelo, despidióse con una reverencia y un "Dios guarde al rey".

¿Leyenda? ¿Historia? Así aparece reflejado en apuntes que conservaba el antiguo poseedor de la casa; y ved también, ya que ahora se habla de derribar la tal finca y hacer obras en el Campillo de las Vistillas, si podríamos descubrir aquí un pequeño filón de la historia de Madrid; y si removiésemos moradas históricas y cimientos milenarios, daríamos con cosas curiosísimas; y ved también cómo una casa que hoy pasa inadvertida fué un tiempo refugio de los árabes, admiración y deseo de los franceses y descanso de amor de un rey poeta.

JUAN GOMEZ RENOVALES.

Madrid, noviembre de 1925.

Ensayos de églega

SOLO DE FLAUTA

Juventud de jardín. Nuevos amores
de la fuente, del pájaro y las rosas,
que dicen de un poema de colores
y de fugas de blancas mariposas.

Canto del leñador allá en el monte,
y aquí en el pueblo, primavera grata.
Gloria en mi corazón... (El horizonte
es una fiesta de ópalo y de plata.)

En el aire se aspira una fragancia
de acequia; la luz llega hasta los nidos,
y yo me echo a correr como en la infancia
bajo los altos árboles floridos.

Juventud de jardín en que sólo arde,
como en la danza de los siete velos,
el rubí fascinante de la tarde
sobre la transparencia de los cielos.

Por eso es un prodigio su poesía,
gloria del corazón y de los ojos:
sueño en la noche, música en el día
y suspiro en los finos labios rojos!...

Santos Aguilera



Cómo asumió el mando el nuevo presidente de Chile

Recuerdos históricos de la Moneda y de cómo los virreyes entraban en ella. —Las fiestas de Chile Presidencial Republicana.—Curiosas anécdotas de hoy.

Desde el 1814 que asumiera el mando como director supremo de la nación el general y padre de la emancipación chilena, don Bernardo O'Higgins, quien muy bien puede llamarse el primer jefe de Chile independiente, hasta ahora que acaba de asumir el mando como presidente constitucional, don Emiliano Figueroa Larrain, han ocupado el monumental y grandioso palacio presidencial de la Moneda, 19 presidentes constitucionales, más varios vices y directores generales, quienes cronológicamente no se suman como sustanciales jefes de la nación, dado su carácter ocasional.

La sucesión de los presidentes, Bernardo O'Higgins, general Ramón Freyre, general Francisco Antonio Pinto, Joaquín Prieto, general Manuel Bulnes, Manuel Montt, José Joaquín Pérez, Francisco Errázuriz Zañartú, Aníbal Pinto, Domingo Santa María, José Manuel Balmaceda, almirante Jorge Montt, Federico Errázuriz Echaurren, German Riesco, Pedro Montt, Ramón Barros Luco, Juan Luis Sanfuentes y Arturo Alessandri Palma, halla un digno continuador de esas bizarras tradiciones de nobles e integérrimos presidentes de Chile en la persona del ya hoy en el poder, Emiliano Figueroa Larrain, que elegido libre y soberanamente por el pueblo en octubre pasado, acaba de jurar ante el congreso pleno, que le dió la investidura que desempeñará hasta 1931 o sean seis años, según las nuevas reformas constitucionales, que aumentan en un año los cinco que antes ocupaba el presidente.

Exceptuando el general O'Higgins, descendiente de padre irlandés y de madre chilena consanguínea de españoles, como el presidente Alessandri, descendiente de padre originario de descendientes italianos y de madre originaria de españoles, todos los demás presidentes y jefes más o menos interinos de Chile, han sido descendientes de pura raigambre española, y muy particularmente de vascos.

El mismo presidente que ahora inicia su período de mando supremo, es nada menos que biznieto de un ilustre y aguerrido coronel español, don Tomás Figueroa, que nacido en Estepona, provincia de Málaga, después de ser un brillante militar en España, Flandes y el Milanesado, habiendo pertenecido como oficial a los guardias de Corps de el rey Carlos III, fué fusilado por los patriotas chilenos, en la misma ciudad de Santiago, por el delito para ellos, de ser fiel a su soberano.

El histórico y monumental Palacio de la Moneda, que construyera el arquitecto español, Toesca, a mediados del siglo XIX, en el 1786, en terrenos comprados a los frailes domínicos, por la suma de nueve mil pesos oro de aquellos tiempos, y cuya construcción fué presupuestada en 330 mil pesos, que después hasta su conclusión se elevó a millón y medio durante los veinte años que se empleó en darle fin, interin los cuales su arquitecto recibió sólo la exigua suma de cien pesos mensuales de sueldo, palacio que una misión norteamericana venida a Chile, en mediados del siglo pasado, avaluó en la suma no despreciable de más de un millón de dólares, no fué construído para palacio de los capitanes generalés de Chile como falsamente se supuso, sino para Casa de Moneda, hasta el 1848 que la ocupó por primera vez como residencia de los presidentes de Chile, el general don Manuel Bulnes, que gobernó desde el 1841 al 1851, pues los capitanes generales o gobernadores de Chile, vivían en el edificio o palacios que hoy en la Plaza de Armas constituyen los palacios de la municipalidad, intendencia o gobernación civil y palacio de comunicaciones o correos y telégrafos, edificio que como el de la Moneda, iglesias de Santo Domingo, San Francisco y Casa Rosada, esta última para ludibrio de su nobilísimo historial, convertida en tiendas y cantinas, son los únicos restos de edificios coloniales, que con su estructura monumental, de pura piedra berroqueña, escueta como la Catedral hoy maquillada de escayolas como vieja plagada de afeites por un raro capricho de profanación, demuestran al través de las iras de los varios terremotos y de las inclemencias del tiempo, y hasta del descuido e indiferencia con que se han mantenido esas reliquias monumentales, que son una verdadera documentación histórica de Chile antiguo.

Cuan lejanos estamos en esta solemne ceremonia tradicional de la transmisión del mando en Chile, con los actuales presidentes de la república, de aquellas simbólicas transmisiones de mando, que se ejecutaba con los gobernadores y capitanes generales del reino de Chile, desde el batallador fundador de la verdadera nacionalidad chilena, el capitán Pedro de Valdivia, que vestido de hierro y sedas, escoltado por sus ciento cincuenta soldados españoles y mil indios, después de su penosa bajada del Perú y Bolivia al través de la cordillera de los Andes y de la desierta y hostil pampa de Tarapacá y Atacama, arribó a las orillas del Mapocho y en las crestas del cerro Huelen enarboló la enseña de Castilla, hasta aquellos lujosos señores, que en los galeones de España, después de ocho meses de travesía marítima, arribaban al lejano reinado de Chile en esta encrucijada del Pacífico con el Atlántico, y montado en un blanco caballo, entraban bajo los arcos y poternas que artificiosos adornados de flores y banderas le construyeran la real audiencia y el cabildo, quienes después de entregarle las llaves simbólicas de la ciudad, lo conducían al tedéum de la catedral y después al salón de la audiencia, en donde oidores y cabildantes, puestas las manos sobre los sagrados evangelios, le hacían jurar "respetar y mantener todas las libertades y fueros de la ciudad y el reino, franquicias y exenciones" y colocando sus varas de ediles, las ponían a disposición del nuevo jefe del reino, quien se las iba devolviendo nuevamente en señal de confirmación de sus puestos y mandos superiores, ya que oidores y cabildantes serían su gobierno y consejo o congreso supremo.

Después conducido a palacio, allí celebrábanse banquetes y bailes de estrado, corridas de toros y sortijas, iluminaciones y ferias, en las que el pueblo, que había adornado las fachadas de sus casas, con colgaduras y luminarias, tomaba parte activa en esta alegría de la solemne entrada del nuevo gobernador que exceptuando algunos que vivieron en Concepción por estar más cerca del reducto adonde en Arauco habían acorralado a los indios más rebeldes y con ellos vivían en guerra de sometimiento, casi todos los demás vivieron en la sede central hoy de la nación.

A aquellos arcos de flores y banderas, a aquellas colgaduras de carmesí y luminarias, de las casas, a aquellos a modo de altares profanos que en las calles y al encuentro del cabalgante se colocaban para su recepción y entre filas de arcabuceros, compañías y escuadras de lanzas y adargas, y a las escoltas de indios, más los palios bajo los cuales era conducido a la iglesia, hoy han sucedido los regimientos de infantería, caballería y artillería, que con los marinos de desembarco, forman calle por donde después de jurar en el congreso, sentado en la gran carroza, tras de la que vienen las de los demás ministros, embajadas extranjeras y cortejo militar y entre las fanfarrias de las músicas militares, el ruido de las escuadrillas de aviones militares volando casi a flor de calle, presentación de armas y gritos de mando, el público desde la calle y balcones, aclama al nuevo mandatario que así espectacularmente hace su entrada en el histórico palacio. Reunidos en el salón de honor del senado, los senadores y diputados, las embajadas extranjeras, representaciones del ejército, marina y tribunales y numeroso gentío de hombres y mujeres que llenan las tribunas públicas, llega por medio de las tropas el presidente saliente y sus ministros, quienes toman asiento en la mesa presidencial entre los presidentes del senado y diputados, en seguida entra el presidente entrante con sus ministros, al que fué a traer una comisión parlamentaria que lo conduce a la presidencia y allí ocupa la derecha del presidente saliente que preside el comienzo del acto, con la venia de éste, el presidente del senado abre la sesión, el secretario da lectura al acta de elección, y entonces el presidente saliente invita al entrante a que jure el cargo en estos términos: "Juro respetar y hacer respetar la constitución de la república y su intangibilidad y seguridad de la nación."

Antes se juraba por Dios y se agregaba, si no cumplo él me lo demande, pero hoy con la separación de la iglesia del Estado, el juramento se ciñe escuetamente a ese seco y enérgico formulismo.

Verificado el juramento dicho, el presidente entrante firma el acta, una vez que el presidente saliente se desprende de la banda presidencial que lleva puesta y la coloca sobre el pecho de su sucesor, y el presidente del senado prende en esa banda que ya ciñe el nuevo presidente, la cruz de O Higgins y recibe ya de hecho, los abrazos de esos presidentes y los clamoreos de los asistentes que ya lo reconocen como su nuevo jefe de Estado.

Después de firmar, ocupando ya la presidencia del acto, el presidente saliente se retira con sus ministros a su casa y el entrante procede a tomar juramento a su jefe de gabinete, quien después lo toma a su vez a sus demás compañeros de gabinete previa dictación y lectura del decreto que los nombró.

Acto continuo, el nuevo presidente se retira del senado y acompañado de sus ministros y embajadores extranjeros y parlamentarios y público, baja a la calle y toma la carroza que lo conduce al palacio presidencial, donde después de presenciar, desde los balcones, el desfile de las tropas, se verifica una solemne recepción de embajadas y autoridades, y al retirarse éstas, recibe la visita histórica del arzobispo de Santiago y en su carroza particular va a la casa del presidente saliente y del arzobispo, y los visita, dándose con esto por terminada la ceremonia, dejándose para la noche de ese u otro día el banquete oficial que ofrece a los embajadores y la parada militar que revista como generalísimo de las fuerzas de mar y tierra y los demás números de esta fiesta que consisten en funciones de teatro, fiestas campestres y despedidas de las embajadas que vinieron como ahora de lejanos países a este acto.

El presidente Figueroa ha recibido regalos valiosos, álbumes de plata y oro y brillantes de sus connacionales, telegramas de los reyes y presidentes de república y grandes manifestaciones de afecto de todo el país, lo que augura un nuevo período de unión sagrada patriota de todos los chilenos y los mejores augurios en las bien tenidas relaciones extranjeras.

Entre el tumulto de galones y fracs, el presidente Figueroa se escurrió para ir a tomar su sombrero para irse a la Moneda, cuando en el deshabitado salón ropero se halló a un capitán de ejército, quien al ver al presidente se le cuadró militarmente y se le ofreció, el presidente sonriendo se le cuadró y saludó militarmente al capitán y se retiró jovialmente, anécdota muy comentada de este buen papá que Noel trae a Chile el día de Pascua.

Mientras estos actos se celebran en la ciudad, numerosos partidarios y amigos fueron al retiro del ex presidente Alessandri, que fué quien debió entregar el mando y le hicieron objeto de una manifestación de cariño, diciéndole: "que él seguiría siendo, mientras viviese, el presidente espiritual de Chile".

Y de esa manera tan significativa, han coronado los chilenos estas fiestas suntuosas del nuevo mando que hoy inicia su gracioso período de feliz gobierno, por aquel hombre que predestinado ya para este cargo, lo desempeñase interinamente en el primer centenario del 1910.

J. FERNANDEZ PESQUERO.





Los héroes de la fantasía

IVANHOE

La caballería andante ha tenido muchos héroes, desde el valeroso Rolando, aquél que en Roncesvalles rompió su espada y encontró la muerte, hasta el pobre hidalgo manchego, que quiso resucitar, en mala hora, las proezas de Amadís y de Esplandián. De todos estos héroes, auténticos unos, hijos otros de la humana fantasía, el más humano, sin ceder por eso a los demás en valor y en cortesanía, es Wilfredo de Ivanhoe.

Ivanhoe es un cruzado, es decir, un héroe de aquellas empresas, que constituye lo más grande, lo más épico de los días de la caballería. Es el compañero inseparable del rey de Inglaterra, Ricardo Corazón de León, al que acompaña en su regreso de Palestina, cuando el rey vuelve a sus Estados de incógnito, baja la visera de su celada, lanza en ristre y adarga al brazo, como cualquier otro caballero errante.

Los dos cruzados, el rey y su fiel súbdito, corren las más peligrosas aventuras, y llegan a tiempo para desbaratar una de las más horribles intrigas a que dió origen la lucha entre sajones y normandos. Uno de éstos, Reginaldo "Frente de Buey", se ha asociado a un lord inglés, traidor a su rey, y a un templario, Briand de Bois Gilbert, contra el sajón Cedric, cuya hija, la bella Rowena, es el último vástago de los antiguos monarcas de Inglaterra. Padre e hija son secuestrados y encerrados en el castillo de Frente de Buey, en ocasión en que Ivanhoe, herido cae también en el mismo antro. Pero allí está para salvarlos el rey, oculto bajo el nombre de "el Caballero Negro", allí también Robin Hood, el famoso héroe de los bosques. Puestos a la cabeza de una pequeña tropa de aventureros, dan el asalto a la granja y restacan a Ivanhoe, a Cedric y a Rowena.

Ivanhoe, el cruzado, es tan afortunado en amores como en batallas, como todos los buenos caballeros andantes. Rowena le ama, y le ama también Rebeca, la hija del judío Isaac de York, a cuyos cuidados el héroe debe la vida a la que caballerosamente defiende en un juicio de Dios. Y el amor puro de esas dos doncellas al valeroso guerrero, contrasta con la pasión salvaje que la hermosa judía inspira al templario Briand de Bois Gilbert, cómplice de Frente de Buey y del lord traidor.

¿Hace falta algo más para que Ivanhoe, el héroe pintado tan hábilmente por Walter Scott, sea el tipo más acabado del caballero andante? Antes al contrario, diríase que el paladín aparecido en el mundo de la fantasía reúne en sí todas las grandes cualidades de los que le precedieron. Ivanhoe no es un caballero ni un cruzado: es el cruzado y el caballero por excelencia. Pero, además, Ivanhoe es el patriota y el caudillo, el héroe que, según las palabras de la bella Rebeca, vuelve a su país cuando su país tiene mayor necesidad de una mano fuerte y de un corazón leal; el hombre que sabe humillar el orgullo de sus enemigos y de los enemigos de su rey cuando más ensoberbecidos están; el guerrero que, al preguntarle la judía qué espera como resultado de la sangre que ha vertido, de las fatigas que ha sufrido y de las lágrimas que por su causa se han derramado, contesta lleno de orgullo:

—¿Qué espero? ¡La gloria, hermosa doncella! ¡La gloria, que dora nuestro sepulcro y embalsama nuestro nombre!

Y en boca de Ivanhoe pone su creador la más exacta definición de aquella caballería ideal que, por lo sublime, sólo el más sublime de los ingenios se atrevió a poner en ridículo: "¡Caballería! ¡Madre de los más puros y elevados afectos, apoyo de los oprimidos, azote de la tiranía, institución sin la cual la nobleza sería una palabra hueca, y en cuya lanza encuentra la libertad su mejor protección!"



El faro mayor del mundo

Al sudoeste de Dijón (Francia), a 595 metros de altitud, se alza una cresta montañosa y señera, coronada por un fuerte. Es el monte Africa. Sobre él acaba de ser erigido, en provecho de la navegación aérea, un faro de potencia formidable, actualmente el mayor del globo.

Del faro surgen dos haces luminosos, opuestos el uno al otro, de una intensidad cercana a las mil bujías y un alcance de 500 kilómetros; un aviador que se halle volando sobre Nimes o Bruselas puede, pues, en tiempo claro, ser bañado por su luz.

El nuevo faro consiste en una enorme torre de quince metros de altura y seis de diámetro. Consta de cinco pisos; los dos de la parte superior, encristalados, forman la linterna propiamente dicha. Los pisos inferiores están destinados a los instrumentos de medida, aparatos y maquinaria. La linterna gira sobre un pivote central con una velocidad de tres a seis vueltas por minuto. Emiten la luz cuatro lámparas de arco, de carbones horizontales, alimentadas cada una por una corriente de 120 amperios y 65 voltios.

Curiosidades

En algunas regiones de Australia existe todavía el lenguaje mímico. Hay tribus que se entienden por señas casi tan perfectamente como si empleasen el lenguaje hablado.

Las personas más entendidas en labores de aguja en todo el mundo, son las mujeres rusas y los hombres japoneses.

Algunas calles de la ciudad de Varsovia (Polonia), tienen un pavimento muy curioso.

Formando bloques de paja comprimida, que por efecto de la gran presión a que previamente se someten pueden hacer las veces de adoquines.



Cualquiera que sea la causa de su debilidad

Ya sea por convalecencia de una enfermedad, ya sea por exceso de trabajo mental o físico, ya sea simplemente por debilidad general, es conveniente, sobre todo en primavera, tonificar el organismo debilitado por el invierno. Para tonificar el cuerpo, darle vigor, para despejar las ideas, aumentar el apetito, para hacer que la vida sea color de rosa, existe en botica un remedio famoso, que casi todo el mundo conoce ya, es la

NUCLEODYNE

EL TONICO QUE DA FUERZA

Preparada en nuestros laboratorios, con productos de primer orden, podemos garantizar que es un muy buen tónico, pues en su composición entra: Fósforo fisiológico, que es el alimento de las células; la estricnina, tónico por excelencia de los nervios y zumo testicular de toros, que favorece la secreción de todas las glándulas del cuerpo.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida **Buenos Aires**

Colocación de la piedra fundamental del edificio para el Museo de Historia Natural

[illegible]





El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, firmando el acta de la colocación de la piedra fundamental del edificio



Una vista parcial del público que presenció la ceremonia



El regreso del señor Paul Groussac

Después de pasar una temporada en Europa, acaba de regresar a Buenos Aires el director de la Biblioteca Nacional y eminente hombre de letras, don Paul Groussac, a quien se han tributado, en Francia, honrosos homenajes por parte de calificadas personalidades e instituciones culturales de París, especialmente en la Sorbona, donde se representó una escena de su obra "La divisa punzó". El señor Groussac se reintegra, pues, a las laboriosas funciones de su cargo, y, en esa actitud, lo hemos sorprendido en su gabinete de trabajo.

UNA EMBAJADORA DEL ARTE

Doña María de Villaespesa

Vimos por vez primera a la señora de Villaespesa, en el Cervantes, en una de las audiciones de su ilustre esposo, el poeta don Francisco Villaespesa.

Desde un primer momento reconocimos que, exceptuando a doña María Guerrero no recordábamos haber escuchado nada igual. La señora de Villaespesa posee, ante todo, una cultura artística extraordinaria. Hondamente compenetrada de los motivos que interpreta, sabe darles la expresión oportuna y espontánea. Su dicción pura e impecable, su acento castizo, hacen de ella un modelo de artistas.

Deseosos de conocer su opinión en lo que respecta al movimiento artístico de nuestro país, la entrevistamos:

—No he frecuentado los círculos intelectuales, por habérmelo impedido los continuos viajes que, en compañía de mi esposo, he tenido que realizar a las capitales de provincias—nos responde.—No obstante, puedo decirles que la juventud argentina se encuentra en excelentes condiciones; posee talento, le sobra espíritu . .

No nos resignamos a que desconozca a nuestras jóvenes recitadoras, e insistimos.

—¡Cómo! ¡No conoce usted a Berta Singerman, a Mony Hermelo, a Gloria Bayardo!

—A la única que he oído es a Gloria. Me parece notable. Tiene lo que a muchas artistas les falta: naturalidad y alma.

Sin embargo—decimos, siempre insistentes—hay sólidos valores dentro de nuestros conservatorios. Del elemento más joven y más destacado podemos citar a Waily Zenner, Fifí Kusrow, Lía Guillermina Ruiz Moreno y otras niñas que, por pertenecer a nuestra sociedad, no se entregan por entero al teatro.

—Conozco algo. En el Consejo Nacional de Mujeres he tenido oportunidad de oír algunas discípulas del señor Dupuy de Lome, las que me parecieron admirables.

Dándonos cuenta que hemos insistido bastante en favor de nuestros simpáticos intérpretes, cambiamos el giro de nuestra conversación. Doña María sonríe. . .

—¿Sus programas se componen exclusivamente de versos de su esposo?

—No. Recuerdo haber declamado, en Méjico y Centro América, principalmente, trabajos de autores diversos, entre los que figuraban "La flecha del sol", de Mediz Bolio, y "Las carabelas", de Minenza Castillo. En la Habana obtuve mucho éxito con el "Canto a Martí", de Martínez de Villena.

—¿Le agrada el género épico?

—Mucho. Es el que está más de acuerdo con mi temperamento.

—¿Ha actuado usted como actriz?

—Sí; en la compañía de Paco. He ocupado el papel principal en "El alcázar de las perlas", "Abén Humeya", "La leona de Castilla" y otras obras que ahora no recuerdo.

—Una última pregunta. ¿Qué impresión le merece nuestro país?

—Opino lo mismo que Paco...

La respuesta es terminante. En nuestro reportaje al ilustre poeta español recogimos una impresión franca y acertada.

Nos despedimos con un cordial apretón de manos, y, al alejarnos, el cronista piensa que esa compañera ideal es la más admirable perla que don Francisco Villaespesa pudo engarzar al "Alcázar" de su vida. . .

Eduardo María de OCAMPO.



Doña María de Villaespesa, con su hijo Paquito.

Notas sociales



La señorita María Teresa Livingstone Escobedo y el señor Carlos M. Rivero Haedo, después de la consagración de su enlace, rodeados del séquito que acompañó a la novia y que se halla formado por las señoritas Carmen Livingston, Cora Rivero Haedo, Valentina Beltrán Kier, María Rosa Raimundo Roberts, Carmen Mackinlay, Nelly Velarde, Esther y Celia Pasman, Esther Calderón Racedo y Susana Mackinlay.





Señorita Aura Gisela Iramain y señor Juan Carlos Amadey, cuyos desposorios se efectuaron en Corrientes el día 29 del pasado.



Enlace de la señorita Angélica Devoto con el señor Alberto De Carli



La señorita Concepción Balaña y el señor Jaime Busquets, cuyo matrimonio se efectuó últimamente.

LOS NUEVOS MANDATARIOS DE BOLIVIA, por Crespo Gastelú



Doctor Hernando Siles, nuevo presidente de la República de Bolivia, que acaba de asumir el mando.



Doctor Abdón Saavedra, que integra la fórmula gubernativa, como vicepresidente de la nación. El doctor Saavedra es hermano del presidente saliente.

EN EL CLUB DE FLORES



Festejando el advenimiento del nuevo año, la comisión directiva del Club de Flores organizó un baile de gala, que alcanzó brillante éxito social. — Instantánea tomada durante un intervalo de la fiesta.

Bibliografía



Señorita Mercedes Dantas Lacombe, autora del volumen de poesías "Desde mi senda", recientemente aparecido.

Aniversario del Centro de Aviación Civil Buenos Aires



Con motivo de cumplirse el sexto aniversario de la fundación del Centro de Aviación Civil Buenos Aires, realizáronse diversos festejos, uno de los cuales consistió en un baile llevado a efecto en el Pabellón de las Rosas. — Vista parcial de la concurrencia.

Nuevo intendente de Carlos Casares



Doctor Agustín Cuzzani (hijo), recientemente designado intendente municipal de Carlos Casares.

M A R P L A T E N S E S



Señor Dickmann y su hijo



Señor Antonio Rodríguez Mu... su señora esposa y su nieto Carlos



Señora del ... y sus ...



Los tres ases de hoteleros ... A. C... (Hotel Bris...) ... Rupertis (Royal Hotel) y ... Bardeneve (Hotel F...)



El doctor Sivori y ...







Tres instantáneas obtenidas durante la reunión que un grupo de distinguidas familias realizaron en los salones del Golf Club con motivo de la entrada del nuevo año

De la baraja política





Dos ases del mismo palo, pero de distinto juego

La navegación entre Europa y el Río de la Plata



El vapor "Saturnia", recientemente botado en los astilleros de Monfalcone y considerado como el buque motor más grande y más veloz del mundo. Desplaza 26 000 toneladas y la sociedad "Cosulich", su propietaria, lo destinará a los viajes de lujo entre Italia y el Río de la Plata

F O O T B A L L



Team reserva de intermedia "Estudiantes de Bernal" que se clasificó campeón de 1925, al vencer por ... a 0 goals al de igual categoría "Nacional"



ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Escena del cinedrama ''Por amor'', interpretado por Seena Owen, Irma Harrison, Elliot Dexter y Henry Hull, que la General exhibe desde el último domingo.



Un pasaje de la película ''Dese usted importancia'', interpretada por Warner Baxter, Derelys Perdue, Ralph Lewis y Johnnie Fox, que Max Glücksmann presentará el próximo viernes



A... Rubens ... el papel de Lady Isabel, de la célebre novela inglesa ''East Lynne'', de nuevo adaptada a la pantalla por la Fox Film



Julane Johnstone y William Russell en una escena de ''La emboscada'', cinedrama que la New York Film distribuye desde el sábado anterior



Marguerite de la Motte encarnando el papel de la protagonista en el cinedrama ''Seducido por una bella mujer'' que está distribuyendo la Corporación Argentino Americana de Films



Virginia Lee Corbin en el principal papel de ''Lirios de la calle'', cinedrama que Max Glucksmann estrenará mañana miércoles.



Bonita escena de la película ''El rey del zapallo'', que interpretan Charles Ra... y Duane Thompson, y que desde el sábado anterior distribuye la Corporació...

FRAY MOCHO EN ROSARIO DE SANTA FE



En el Concejo Deliberante.—Con asistencia del intendente municipal, doctor Pignetto, realizóse el acto de la jura de los nuevos concejales. Presidió el acto el vicepresidente del Concejo, señor Esteban Morcillo. — Fotografía obtenida durante la ceremonia.



Varias familias de la colectividad alemana festejaron animadamente la entrada de año nuevo, en los salones del Club Alemán. Una instantánea de la fiesta.



Concurrentes al lunch servido con motivo del enlace de la señorita Teresa Garzón con el señor Erich Schulze.







Fatal accidente automovilístico, ocurrido en el barrio del Tiro Suizo. — A la izquierda: el estudiante de sexto año de medicina, señor Julián Roselló, que pereció carbonizado en el incendio que, después del choque contra un árbol, se produjo en el automóvil donde viajaba con varios amigos, que resultaron heridos en la catástrofe. En el centro: las autoridades policiales, inspeccionando el cadáver de Roselló y los restos del vehículo. A la derecha: el doctor Alberto Baraldi, prestando los primeros auxilios al estudiante señor Eduardo Cardetti, herido en el accidente.



Team de Rosario Central, de cuarta división, que, tras de una brillante campaña, resultó campeón de 1925.



Un aspecto de la fiesta de fin de año, realizada en el teatro Colón, y organizada por los empresarios de dicho coliseo, señores Carpentiero y Cavalieri

Fots. Flores Toledo.

Fallecimiento de Margarita de Saboya, reina de Italia



En su residencia de Bordighera, [illegible] reina de Italia, Margarita Teresa Juana de Saboya, viuda de Humberto I y madre del actual rey Víctor Manuel III. Con la muerte de esta ilustre dama, cuya desaparición ha afectado hondamente al pueblo de [illegible] e desvanece una egregia figura universalmente admi[illegible] por su bondad y por su belleza.—En círculo: un retrat[o] de la soberana, tomado en el mes de octubre de 19[illegible]



La reina Margarita en la quinta de su palacio de la vía Veneto, en Roma, examinando una de las ambulancias con que en 1915 obsequiara a la Cruz Roja Italiana.



Uno de los últimos retratos de la reina Margarita, [illegible] iglesia de Santa Cruz de Jerusalem, en Roma, un día de Viernes Santo.

Ecos de las fiestas de los Reyes Magos





La Mutualidad del Tranvía Auglo Argentino, llevó a cabo en el local de la Unione e Benevolenza una simpática fiesta infantil, en la que la comisión pro Hogar [illegible] distribuyó gran cantidad de juguetes y dulces entre los niños que estuvieron en el establecimiento de Quilmes. — A la izquierda: una vista parcial [illegible] cuando los tres Reyes Magos hacen su entrada en el salón. — A la derecha una niña recibiendo el presente de una linda muñeca.

Técnicos constructores egresados, en 1925, de la Escuela Industrial de la Nación



Angel Coccaro



Atilio Barloco.



Francisco Sauro.



Luis Trinchieri.



Jorge Ctena.



Esteban G. Medone.



Julio Lucioni



Francisco Greco.



Juan Demichelis.



Atilio Vascone.



Juan Donantuoni.



Aurelio C. Baliani.



Juan Figus



Juan Ferrari



Domingo Reggina.



Alfonso Vallone.



José Bianchi.



Renzo Figus.



Alfonso Hernández



Lucio V. D'Onofrio

Una raza que muere



Indio aymará. — Pongo (Bolivia).





Grandes columnas en las ruinas del palacio de Tiahuanaco.

En la meseta andina de Bolivia, que se extiende desde el departamento de Oruro hasta las márgenes del lago Titicaca, sagrado en tiempo de los Incas, agoniza una raza pujante y valerosa.

Desde las remotas épocas de la conquista del Collasuyo por las huestes del gran imperio de Tahuantinsuyo el aymara ha resistido heroicamente a sus dominadores, conservando sus usos y costumbres, así como su idioma, a través de todas las vicisitudes.

La prehistoria, que toma caracteres legendarios, nos muestra a esta raza dueña de una civilización avanzada cuyos vestigios quedan todavía en Tiahuanaco, ciudad que los siglos no pudieron destruir completamente pero que hoy día casi ya no existe sino en los portentosos monumentos que se conservan en algunos museos.

Más luego vino la dominación incásica, que si no la redujo a la ignominiosa esclavitud que sufriera más tarde, pesó, naturalmente, sobre ella con el derecho del vencedor, imponiéndole las leyes del imperio.

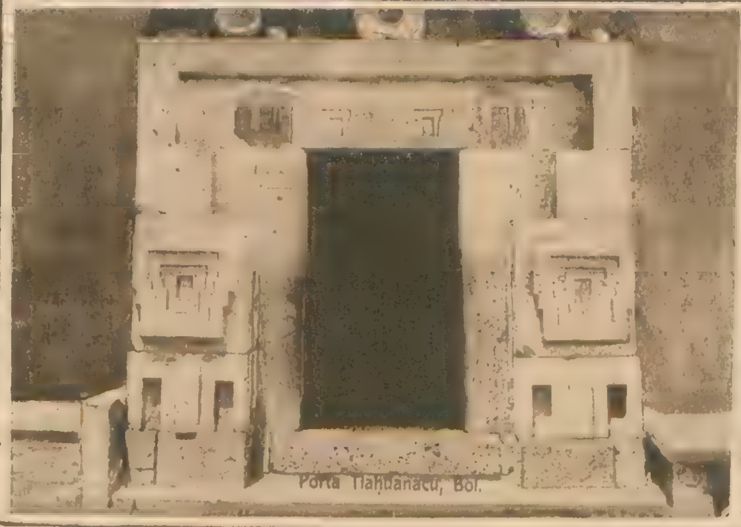
Después, con la conquista española, se vió sumida en las más tristes condiciones, sin derechos de ninguna clase, librada a la voluntad del amo blanco para quien eran los indios menos que una bestia, menos que una mercadería.

Y por último hoy día, cuando la democracia pretende la igualdad ante la ley de los habitantes de la República, permanece aún irredenta, analfabeta, bestializada por el vicio del alcohol y de la coca.

¡Pobre raza aymará, acaso la más antigua del continente, que se extermina paso a paso, en la meseta andina de Bolivia!



Joven indio aymará.



Puerta Tiahuanaco



Otro aborigen, que cuenta cien años de edad.

LA PAGINA HUMORISTICA



—Yo quisiera casarme con una mujer ni demasiado guapa ni demasiado fea. Vamos, una cosa así como usted.



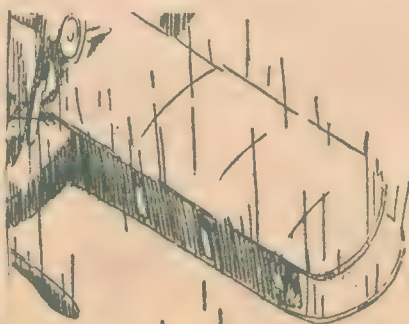
Hoy las ciencias adelantan...
Antes. Ahora.



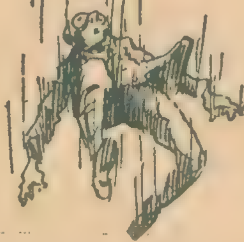
—¿Y usted, primer premio del Conservatorio, no sabe jugar a las cartas? ¿Pero qué les enseñan a ustedes allí?



Santa Claus.—Realmente no sé de qué otra cosa mejor podría yo llenar ese par de medias.









—Es de mala educación preceder a una dama, al bajar de un aeroplano.



—No me explico cómo teniendo tan poco sueldo, una mujer y siete hijos, se pasa usted el día en el café.
—¡Oh! A ellos los dejo en casa.



El vendedor.—Se lo enviaré a casa con un dependiente.
La compradora.—Muchas gracias; no se moleste. Viene mi marido conmigo.



—Le ha dado una coz un caballo que tenía recién puestas las herraduras.
El doctor.—Yo le dije que tomase hierro, pero no en esa forma.



—Llevo tres días sin comer, señora...
—Muy bien hecho, hermano. Durante la Cuaresma debe ayunarse.

UN IMPOSIBLE

Charles dice a una señora:
—Admiro y me gustan las niñas ilustradas y de talento; pero el día que yo tenga que casarme, no lo haré seguramente con ninguna que reúna estas condiciones.
—¿Por qué, Charles?
—Sencillamente, porque para que un matrimonio sea feliz es preciso que el hombre sea más ilustrado y más inteligente que la mujer.
—Pues, en ese caso, Charles, créame, está usted condenado a un celibato perpetuo.



—¡Tu casa está ardiendo y tu mujer está dentro! ¡Ven a salvarla!
—¡No puedo! ¿No ves que llevo un cuello de celuloide?

De Buenos Aires a la Colonia

(Nota enviada por nuestro corresponsal señor Héctor H. Valverde)



La salida del puerto de Buenos Aires bajo las primeras tintas del crepúsculo



Río afuera, los ojos del piloto escudriñan las lejanías del horizonte



Al perder de vista la costa argentina, surge la ciudad de Colonia, en la banda uruguaya



En los alrededores de Colonia, y entre árboles seculares, se levantan los pintorescos chalets de puro estilo suizo.



La histórica capilla de San Benito, en Colonia, donde todos los domingos afluye una verdadera procesión de creyentes. Dicho templo existe desde la dominación colonial



Tipos que se van... La viejecita aguatera, que llega de lejos a llevar el agua que ha de utilizar durante el día.





Las manos sarmentosas levantan con dificultad el balde, para llenar el barril...



Y conseguido su objeto, se retira... Se retira, lo mismo que la tradición que le acompaña, quizás para no volver jamás

De Mendoza

Los boy scouts que vendrán a Buenos Aires. —El dí del chauffeur



El regimiento de boy scouts "Los Andes" que concurrirá a [illegible] que próximamente se realizará en la capital federal







Durante la revisación médica de los boy scouts que vendrán a Buenos Aires, efectuada en el distrito militar número 51.—A la izquierda: el dóctor Fontana auscultand[o a los] boy scouts.—En el centro: otro detalle del minucioso examen facultativo.—A la derecha: midiendo la estatura



El pelotón de boy scouts que nos visitará en breve





Con motivo del día del chauffeur, [el] Centro Protección Chauffeurs tuvo un gesto altamente simpático [y] humanitario al efectuar una distribución de ropas [illegible] del Asilo de H[illegible] llevados [illegible] al Parque del Oeste [en] larga caravana de automóviles y repartirles, en dicho lugar, mas[as,] dulces y juguetes.—Grupo de chauffeurs y propietarios de automóviles que transportaron a los niños hasta el Parque del Oeste



El sargento Ferrari, piloto aviador, evolucionando con su aparato, por encima de la larga fila de vehículos que tomaron parte en la excursión infantil



Dos curiosas instantáneas de una grave rodada

[illegible] En una carrera de obstáculos realizada en Sydney, [illegible] [illegible] Dos de los caballos [illegible] [illegible] en el momento [illegible]







Cómo se adiestra el ejército japonés

Fuerzas de infantería del ejér[illegible]cito del Japón, realizando ma[illegible]niobras de combate en un cam[illegible]po de arroz y sirviéndose de [illegible]ta planta para disfrazar sus m[illegible]vimientos

CIUDADES ANDINAS: SAN JUAN



El parque de Mayo.



Vista del dique nivelador.



Un detalle del antiguo dique San Emiliano, construído bajo el gobierno del general Benavides.



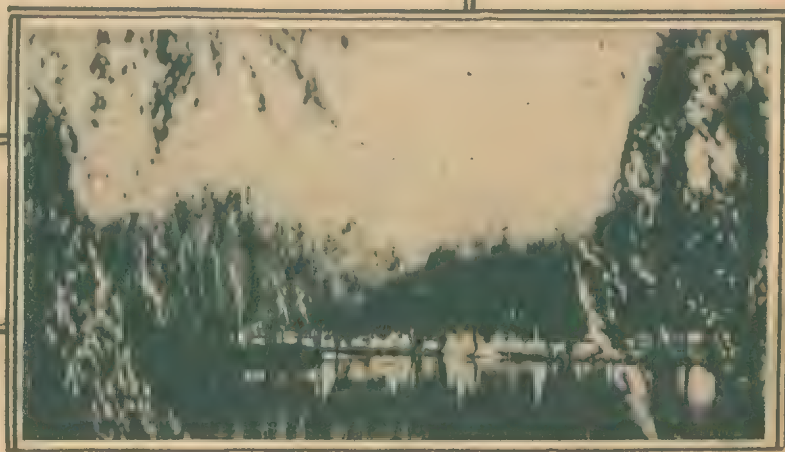


Baños de Zonda.





Otro aspecto del parque de Mayo.



El lago del parque de referencia.
Fots. de nuestro redactor viajero, señor Bartolomé Zambonini.

PAGINA INFANTIL.—Aventuras de Pipirí



Fordson



Para Levantar la Cosecha

Y para todos los trabajos de su granja o chacra, Vd. debe comprar un tractor Fordson.

Liviano - Resistente - Seguro - Económico - De bajo costo inicial - Suspensión de tres puntos - Grandes cojinetes a rodillos - 18 Caballos de fuerza - Poder de remolque de 15 toneladas - Tiene cien distintas aplicaciones - Con sólo 15 litros de kerosene ara una hectárea de tierra.

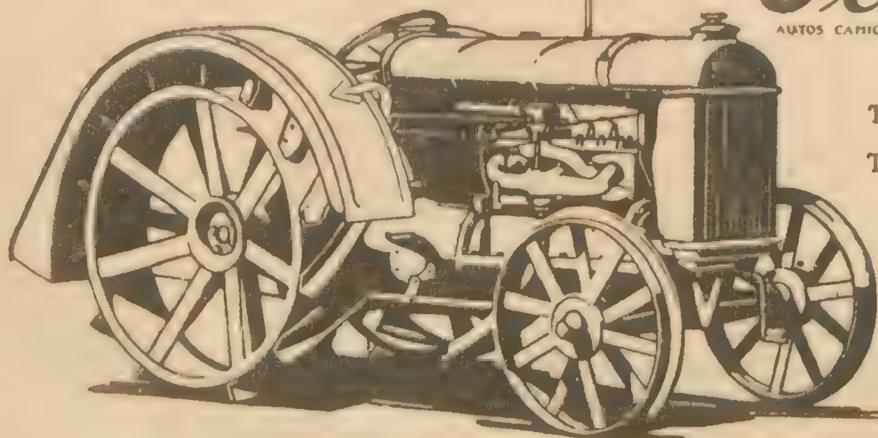
Puede trabajar sin parar, noche y dia.

Cuando no trabaja no gasta.

Cualquiera puede manejarlo.

Ford

AUTOS CAMIONES TRACTORES



Tractor Fordson . . $ 1.595

Tractor Fordson (Con guardabarros) $ 1.720

(s/w Buenos Aires)

ENTRE BASTIDORES

Por Carlos Hernández Pozo

Hasta el escenario, de paredes sucias, sobre las que se veían letreros trazados con tinta y lápiz de una manera tosca, y a las cuales estaban adosados algunos bastidores que exhibían su envés de travesaños, llegaba atenuada la luz que de lo alto permitía filtrarse la claraboya de cristales cubiertos de mugre.

Dos actrices de modesto porte confeccionaban ropas de niño y distraían al mismo tiempo su labor comentando la tardanza de las compañeras que, sin riesgo de sanciones, podían permitirse la libertad de acudir al ensayo después de las tres de la tarde. López, el primer apunte, recorría con la vista el ejemplar de la obra próxima a estrenarse, y dos cómicos discutían, echando al aire bocanadas de humo, acerca de la justicia con que los críticos habían juzgado la última producción de uno de nuestros más mediocres autores, que, sin embargo, estaba situado, por virtud de la estulticia pública, en la alta región de los iguales.

A los pocos momentos hizo su entrada en escena precipitadamente el galán joven, Enrique de León, y después de echar una mirada de sorpresa en derredor del tablado, exclamó:

—¿Pero no ha venido nadie?

—Estamos nosotros—repuso uno de los cómicos.

—Quiero decir la señorita María Luz. El otro día, cuando comparecí con una hora de retraso, me interpeló duramente, manifestando al verme: "Señor León, son las cuatro." Y ahora observo que son las tres y media y ella no ha llegado. Como comprenderéis, donde las dan las toman.

—No seas lila y aguántate—replicó el otro cómico.—Las cosas no andan muy bien, y es preferible lo malo conocido que lo peor por conocer, vagabundeando por esos teatros de provincias, adonde no acude nadie, ni siquiera el empresario para satisfacernos los sueldos.

Prosiguieron sobre este tema conversando los tres compañeros, y poco a poco fueron llegando otros, que ansiosamente preguntaban si las dos primeras partes de la compañía hallábanse ya en el teatro.

Una de las últimas en acudir al ensayo fué la dama joven, María Luz, a quien la Empresa hacía objeto de preferente distinción.

Entró en el escenario sonriendo y envuelta en preciosas pieles de bisonte.

—Buenas tardes a todos—dijo con voz cantarina.

Enrique de León se adelantó hacia ella en actitud de tenor de ópera, y sacando el reloj exclamó con tonalidad entre agria y acariciadora:

—¡Señorita María Luz..., son las cuatro!

Y girando sobre los talones, volvió a proseguir la interrumpida conversación con sus compañeros, añadiendo:

—¡Tómate esa!

Ya iba a replicar la interpelada, cuando se presentaron el autor de la comedia y el primer actor y director de escena.

—¿Podemos empezar?—preguntó éste.

—Cuando usted quiera—contestó María Luz.

Sentóse el autor en una silla al lado de la concha, y situóse el director en el primer término de la izquierda. Seguidamente, con monotonía desesperante, dió comienzo el ensayo.

La mayoría de los artistas mascullaban las palabras en forma ininteligible. Sólo de vez en cuando proferían con voz clara alguna frase, que siempre era la última cazada al vuelo al ser impelida desde la concha.

Era inútil el esfuerzo del apuntador para que los actores y las actrices repitieran las palabras que les lanzaba. El pobre hombre desgañitábase forzando la voz y se descoyuntaba exagerando el gesto para que los cómicos repitieran lo que el autor había consignado en el ejemplar.

Aquello parecía una lucha interminable. Ni el apuntador lograba su propósito de hacerse oír, ni los artistas su ansia de comprender. Ninguno sabía ni una línea de su papel.

Sin embargo, el estreno de la comedia estaba anunciado para tres días después.

El autor, lleno de congoja, contemplaba con indignación la rebeldía de sus colaboradores, mientras el director pretendía consolarle diciéndole al oído:

—No se desespere usted. Ya verá el día del estreno.

—Sí, sí; ya veré, ya veré—contestaba con angustia el autor.

Prosiguió el ensayo con las mismas dificultades que señalaron sus comienzos, y al advertir que nada se adelantaba en la perfección interpretativa, púsose el autor en pie y dijo interrumpiendo el diálogo:

—Un momento... Lo que sucede no es culpa de ustedes, queridos amigos. El culpable de todo es este hombre.

Y al expresarse indicaba al apuntador.

El aludido quedóse absorto al oír aquella recriminación, y los cómicos, muy satisfechos, se acercaron al autor benévolo y complaciente.

—Sí, señoras y señores—prosiguió el escritor.—La culpa la tiene López. El es el enemigo. Por tanto, se impone de una manera terminante la apelación al recurso supremo.

—¿Cuál?—interrogaron todos.

—Vamos desde mañana a suprimirlo. De ese modo acabará el pugilato entre él y ustedes.

El auditorio se quedó aterrado. No había más remedio que estudiar los papeles.

—Ahora, continuemos para aprovechar el tiempo.

La escena que seguía hallábase casi por completo consagrada a la hermosa ingenua de la compañía, a la encantadora María Luz.

Pero la celebrada artista no podía, por más que lo intentaba, entrar en el personaje que tenía que encarnar.

—¡Imposible, imposible!—repetía riéndose y con mohines sugestionadores. —Estoy de malas.

El autor repuso cariñosamente:

—No, María Luz; lo que sucede es que está usted algo nerviosa. Un poco de calma, y su natural agudeza se penetrará pronto de las características de la figura.

—Creo que no conseguiré el acierto—contestó.—Eso me descompone.

Al oír estas palabras, adelantóse el director de escena, y arrodillándose a los pies de la bella y elegante actriz, le dijo con acento persuasivo:

—Fíjese usted en que me encuentro arrodillado en su presencia, pintándole mi pasión con los más vivos colores, con los más efusivos acentos, de un modo apasionado, y que en ese momento llega su marido de usted... ¿Qué le diría?

La ingenua contestó sencillamente:

—Le diría que se fuese.

"QUILMES CRISTAL"

Es la mejor cerveza

MARINA

Los barcos vienen y se van...
Los marineros bajan a la tierra,
beben un sorbo de alegría, otro de amor,
y se vuelven al mar...

Hombres rudos y fuertes,
curtidos por el viento y el sol,
se han deshecho bravamente de todo
y toman agrio ron.

En sus pupilas traen
nostalgia de la azul inmensidad,
y templaron sus nervios como acero
frente a la muerte y a la tempestad.

Saben que el Océano es un camino
en toda su amplitud,
y han recorrido el mundo entero
sin calmar su inquietud...

Tienen el alma salpicada
con el agua amarga del mar,
y ante la vida, dioses impasibles,
no saben reír ni llorar.

De la proa a la popa,
de babor a estribor,
rueda por todos los horizontes
su silencioso corazón.

Y un día, en el último viaje,
han de llegar a un puerto sin orillas,
donde la soledad es absoluta
y la paz infinita...

Víctor RUIZ.

UNA VISITA AL VESUBIO

El monstruo duerme y se prepara para un nuevo cataclismo; pero tranquilicémonos: nuestra generación no será testigo de esta tragedia

De los cuatro volcanes de Europa que se hallan actualmente en actividad, el Vesubio es el más favorecido por la visita de los turistas. A unos les lleva la oportunidad de la clásica y obligada expedición a la bahía de Nápoles. Otros acuden tentados por la facilidad de una ascensión, que los funiculares han reducido, en parte, a las plácidas emociones de un paseo en tranvía.

Visto desde la bahía maravillosa de Nápoles, o desde la campiña pompeyana, el Vesubio, azul, empenachado de humo blanco parece inmutable, como si estuviera definitivamente trazado sobre el cielo. Pero, a medida que nos acercamos a él, adivinamos la fragorosa agitación interior, que modifica constantemente su envoltura, barriendo caminos, recubriendo valles, desplazando rocas, lanzando sobre los viejos escombros hirvientes mantos de lava, siendo amenaza perenne de los lugares comarcanos.

¿Durará siempre esta amenaza, o desaparecerá completamente un día? Cualesquiera que sean las apariencias, no hay que fiar gran cosa. Recordemos que por espacio de tres siglos, en las postrimerías de la Edad Media y durante el Renacimiento, el Vesubio pareció extinguido enteramente, monstruo domado por agotamiento de sus propias furias. Y de pronto, en 1631, el monstruo despierta de su largo sueño, sacude bruscamente la melena y abre sus fauces... La apacible montaña se agrieta en mil puntos, por donde brotan nubes sulfurosas, desobstruye su cráter, escupe llamas, piedra y ceniza, y produce un desastre que, si no iguala en horror al primero de su historia, le recuerda, por lo menos, y llena de terror a los hombres que lo contemplan.

En incesante actividad desde entonces, ofreciendo períodos sucesivos de calma y de furor, el Vesubio parece prepararse por sí mismo para explosiones futuras acumulando en su cráter materiales que obstruyen su garganta y que le harán estallar un día.

En efecto, toda la actividad del volcán reside en esta lucha incesante de la materia en fusión contra sus propias materias enfriadas. La lava líquida se esfuerza en salir a la luz y la lava solidificada se obstina en tapar sus salidas. De suerte que el cono terminal se modifica constantemente y parece dotado de una movilidad que se origina de las fuerzas interiores, en pugna incesante.

A veces, no tira la chimenea y sus paredes se agrietan y transpiran lava. Ésta surge de todas partes: de la base del cono, de la zona que la envuelve, de puntos lejanos, que se creía ajenos al volcán, fuera de sus aledaños. Del cono central se inician otros conos, que van a taladrar los flancos de la montaña; de estos conos parten otros, y así sucesivamente, aumentando de altitud en su esfuerzo de elevarse cada uno sobre el anterior y estrechando el diámetro del cráter a medida que suben más alto.

Así es como, desde hace cincuenta años, el Atrio del Cavallo, la amplia cubeta que representaba la boca del horno, se ha rellenado poco a poco. Y esta obstrucción creciente hace prever que un día la caldera, privada de su válvula de seguridad, aumentando siempre su presión, no podrá contener sus fuerzas. Y en aquel día, según todas las probabilidades, se repetirá el drama del 79. Pavorosos temblores de tierra lo anunciarán, como entonces; sordos rumores trepidarán bajo la montaña, mientras que su apariencia exterior hará creer que la montaña está, por el contrario, dormida, ya que ni la más leve nubecilla de humo coronará su testa. Y súbitamente, al fin, estallará la infernal máquina, abriendo otro cráter, que reemplazará al actual cegado, como éste sustituyó al antiguo Somma, por donde salieron las furias que se desplomaron sobre Pompeya...

Y éste será un nuevo cataclismo, cuyas consecuencias no podemos prever.

Nuestra generación no será, probablemente, testigo de esta tragedia. Así, nosotros podremos aprovechar la ocasión para contemplar el dragón encadenado, e, inclinados sobre sus fauces, estudiar sus costumbres y su fisiología.

Su cólera se manifiesta diversamente. Tiene, por una parte, accesos regulares, provocados, diríamos, por un ritmo vital, que se repiten a intervalos precisos. Es una especie de espasmo, anunciado cada medio minuto por un borborigmo sordo, y que se manifiesta en un hipo sonoro, al propio tiempo que el monstruo escupe una lava muy líquida e inflamada. Esta materia flúida arrastra cuerpos más o menos sólidos por la fuerza de su eyección, la cual los lanza al espacio en ágiles voleos y los dispersa en todos sentidos. De aquí el nombre de "bombas volcánicas" dado a estos elementos, y que se justifica mejor que el de "lágrimas del Vesubio" con que los designa la tradición popular en Italia.

Cada erupción va acompañada de emisión de vapores y cenizas. Estas no son el polvo de las lavas solidificadas, sino, por el contrario, el resultado de la vaporización de la materia líquida, bruscamente cristalizada al contacto del aire. Estas materias son de una extrema tenuidad, por cuya causa permanecen suspensas en la atmósfera, siendo arrastradas muy lejos algunas veces.

Pero, mientras que la boca del cráter continúa exhalando sus formidables alientos, su cuerpo transpira lava por todos los poros.

Esta no es más que la roca fundida al calor del fuego interior. Frecuentemente busca la salida lejos del cono y hasta fuera del radio normal de acción, como ocurre con el Etna.

Como todos los líquidos, las lavas se precipitan a lo largo de las pendientes y tienden a colmar las depresiones. Estas lavas constituyen la más curiosa manifestación de la actividad volcánica.

En la parte superior de las olas de lava su masa presenta cavidades esféricas, que disminuyen en tamaño y en número a medida que se desciende. Estas cavidades son producidas por las burbujas de gas que intentaron escapar del hervor y que el enfriamiento ha detenido.

El aspecto de la ola de lava varía según la pendiente del terreno y el trabajo de solidificación. Ésta se produce rápidamente al contacto del aire, y forma pronto una corteza bajo la cual la masa en fusión permanece siempre líquida. Si el descendimiento por la pendiente es rápido, la envoltura exterior no puede mantener la materia flúida, que la rompe por todas partes, la revuelca y arrastra como torrente a las piedras. De aquí proviene el aspecto "catastrófico" de ciertas olas de lava que semejan ríos petrificados que llevaran témpanos negros.

Expectoraciones de vapores y de materias en fusión, cenizas, lluvia de piedras, ríos de lava, constituyen el trabajo regular de la erupción. Pero ésta se manifiesta también por sacudimientos imprevistos, que revelan súbitamente su terrible poder. De este estómago de fuego, que arroja con impaciencia todo lo que le estorba, surgen entonces enormes fragmentos de materia dura, vomitados con una violencia inimaginable. Cuando, en 1895, la base del gran cono se abrió en una longitud de más de kilómetro y medio, de esta herida brotaron bloques de roca, uno de los cuales, todavía visible, alcanzó el formidable peso de 16.000 kilogramos y la altura de tres tallas humanas. ¿Cuántas toneladas de melinita hubieran hecho falta para hacerlo saltar de su emplazamiento?

Ahora bien: toda la montaña, toda la región, y puede decirse que toda la Italia del sur, no es más que una inmensa bomba cuyos explosivos no estallan, por fortuna, a la vez. El primitivo ardor del planeta, el fuego central que ha forjado nuestro globo, no ha finado su tarea en esta comarca. A intervalos indeterminados, este fuego recuerda su existencia.

Mas como oculta su obra de muerte bajo la envoltura de un paisaje de decoración y la maravilla de un cielo esplendoroso, el hombre olvida que existe aquel fuego y escoge su vivienda en el espacio que separa sus cóleras. La corta duración de la vida le da toda seguridad. No sucederá nada entre tanto llegue la muerte. La flor no teme al rayo, porque entre dos tempestades hay tiempo para nacer y morir veinte veces. Y la vida continúa floreciendo tranquilamente sobre el abismo...

Musa mía

I

Musa mía, unas veces tocada de Misterio;
pálida como un lienzo funeral... Silenciosa,
fragante a flores mustias de viejo cementerio;
lívido el canto traes en la boca tediosa.

Y a la herida que sangra le aplicas el cauterio
de la verdad que es trágica y me das toda rosa
con tintes amarillos... Salmodia tu salterio
una nota que tiene sonoridad de fosa.

Y entonces todo el verso se ahueca mientras flota
en torno a mis estrofas la blanca veste rota
de mi juventud bella que huele a Primavera.

En vano es que pretenda, que te alegres, en vano,
porque todo el esfuerzo de mi deseo humano
logra sólo tu risa fugaz de calavera!

II

Musa mía, otras veces mojada de rocío,
ebria de sol y campo, sedienta de anchas rutas
te apareces vestida con la niebla del río,
fraganciosa de flores y aromada de frutas.

¿Quién ve en tus ojos claros la sombra con que enlutas
ese mirar radiante cuando te muerde el frío?
En tu boca me traes el eco de las grutas
afelpadas de musgos, para este verso mío.

Y otras horas en cambio, vestida en velos grises
languidecen tus manos como marchitas lises
y tu bostezo largo de atroz aburrimiento,

repercute en mi canto que se vuelve tristeza,
alma de humo y neblina, boca helada que reza
el latín sempiterno de alguna letanía.

III

Musa mía cambiante, cuando llegas guerrera
el casco de oro y fuego, las garras aguzadas
y enrojecida en sangre la orgullosa cimera,
¡entonces temo el choque de tus crueles miradas!

Entonces eres mala y aun cuando yo quisiera
no rendirías nunca las armas afiladas,
hasta por los escombros de mi misma quimera
pasarían a fuego tus iras no domadas.

Y sobre el verso mío, tu diapasón se agrava
con un toque sonoro que se ahonda y no acaba
dejando largos ecos dolorosos y ardientes.

Así no quiero verte musa mía, yo misma
tiemblo entre las tinieblas en que mi ser se abisma
¡en la hora en que tú eres toda garras y dientes!

María Alicia DOMÍNGUEZ.

Sométase de una vez
al tratamiento eficaz de sus
HEMORROIDES
empleando para ello el
NORIDAL
medicamento que jamás ha fallado, y pronto se verá usted libre de tan dolorosa afección

Fauna y flora del Camerón

Los grandes elefantes africanos

Los elefantes de Africa, de largas patas y grandes orejas, difieren bastante de sus congéneres asiáticos, mucho menos esbeltos, degenerados y fáciles a la domesticidad. Muy perseguidos aquéllos en el Camerón por los contrabandistas de marfil, olfatean a larga distancia al hombre y huyen de él con tal pavor que, en ocasiones, van a dar en los más frecuentados caminos o caen con la mayor facilidad en trampas.

En aquel país los elefantes pueblan una vasta extensión de terreno circundado de montañas volcánicas, la elevación de cuyas cimas excede a veces de 2.000 metros. La más alta de esas cumbres es la del monte Camerón, que llega a 4.000 metros. En medio de esos picachos, algunas de cuyas truncadas cimas son cuencas de lagos, hay una gran extensión llana, de triangular perímetro, flanqueada por las abruptas laderas de montañas cubiertas de bosques, y por las que se precipitan impetuosos torrentes.

No ha mucho tiempo que a esa llanura ecuatorial llegó un intrépido viajero francés, el doctor Gromier, delegado del Museo de Historia Natural, de París, para realizar estudios sobre la fauna en aquella parte de Africa.

Convenientemente apostado tras de una roca, y provisto de unos buenos gemelos, comenzó a explorar los alrededores de su observatorio, mientras era a su vez examinado con la mayor curiosidad por una multitud de monos cercopitecos encaramados en los árboles próximos a la roca.

Lo primero que descubrió el doctor fué un viejo búfalo solitario, de negras orejas, grandes y velludas, que pastaba al pie de un grisáceo peñasco. Poco después, de entre la espesura, desembocaron más búfalos. Componían el rebaño cuatro toros de negra piel, diez hembras de un rojo claro y seis terneros de piel amarillenta. Los animales se dieron a pacer tranquilamente. Cuenta el naturalista francés, que viéndolos tan pacíficos se resistía a considerarlos como bestias feroces.

De pronto, por la parte opuesta al lugar donde estaban los búfalos, y a una distancia de medio kilómetro, el doctor vió, a través de los gemelos, una especie de serpiente, negra y corpulenta, que se enroscaba en una rama de acacia y la partía. Era una trompa, tras de la cual apareció una voluminosa cabeza, seguida de unas orejas enormes. Salió de la espesura un tremendo elefante; detrás apareció otro más joven; luego, cinco más que, con solemne marcha, avanzaron en línea y arrancando al paso grandes haces de hierba que quedaban colgando unos momentos bajo los colmillos. Engrosó la manada de elefantes, que se reunieron en número de cuarenta, y que, como los búfalos, empezaron a pastar en calma.

Pero, súbitamente, unos y otros animales olfatearon al hombre, y, como si obedecieran a una orden, vió el doctor alejarse al búfalo solitario y, al mismo tiempo, el grupo de sus congéneres, que emprendieron desordenada huída, mientras los elefantes iniciaban también acelerada fuga, a lo largo de la base de la más próxima montaña, extendidas las colas, las orejas enhiestas y venteando con las trompas, que son los signos de alarma entre esos paquidermos.

Se ocultaron en una ancha y profunda quebradura, que fué bordeada por un macho gigantesco y otro elefante pequeñito, probablemente un huérfano. Tranquilos ya, el gigante se dedicó a arrancar raíces y a azotarse con la tierra adherida a ellas lomo, vientre y flancos, para librarse de moscas y parásitos, en tanto que el pequeñuelo parecía seguir con extraordinario interés aquella lección de higiene, durante la cual el enorme elefante movía acompasadamente, como abanicándose, las grandes orejas triangulares y entornaba los ojos para evitar que los cegara la lluvia de tierra.

Con toda precaución se aproximó a ambos animales el naturalista, pero advertida su presencia por el corpulento macho, y temeroso el doctor de que le acometiera, apuntó con su carabina al conducto auditivo del paquidermo, al que derribó sin vida el certero disparo.

La detonación produjo inesperado efecto. Rompieron el silencio augusto de la Naturaleza furiosos barritos, rugidos espantosos, a los que se mezcla el crujir de cañas y ramas secas pisoteadas por los elefantes, que, a todo correr, ganan la montaña.

A todo esto el pequeño paquidermo que acompañaba al macho permanecía junto al compañero yacente, y en torno a su mole ejecutaba, enloquecido, los más extraños ejercicios acrobáticos. La cola extendida, describiendo rápidos giros con la trompa, tan pronto se asentaba sobre las patas traseras como se sostenía sobre los remos anteriores o corría de un lado a otro sin decidirse a huir. Entonces el doctor se aproximó más, lanzó unos cuantos gritos, batió palmas y la cría se lanzó frenética en pos de la ya distante manada.

Al regreso de su interesante expedición, el doctor Gromier ha dirigido un razonado llamamiento a la opinión y a los poderes públicos, en el sentido de que sean protegidas la fauna y flora africanas, y para ello ha propuesto la creación de un parque colonial en el Camerón, en la amplia llanura rodeada de montañas volcánicas, cuyos inmensos bosques están poblados por una variada fauna: elefantes, búfalos, antílopes, monos—chimpancés, cercopitecos, cinocéfalos,—panteras y otros muchos pequeños carniceros, así como una curiosa variedad del jabalí. Además, en la frondosa arboleda abundan ejemplares de todas las especies ornitológicas propias de aquel país, donde el proyectado parque constituiría un gran atractivo para hombres de ciencia, cazadores y turistas.

Claro está que sería necesario prohibir allí durante algunos años la caza del elefante, para que los rebaños de tales paquidermos reanudaran sus hábitos sedentarios en la llanura de referencia, y en cuanto a la cacería de las demás fieras, podría autorizarse cada tres años, aunque con limitación en el número de piezas.

También aboga el naturalista francés por la protección de las selvas, donde los pobladores de las altas mesetas acuden para proveerse de leña y hacen lamentables devastaciones, ya que no respetan ni los guayacanes gigantescos, ni la caoba, ni otros hermosos ejemplares de la flora africana cuya conservación es de gran interés.

GRANJA DE MARIPOSAS

Hacia el año 1870 el entomólogo inglés William Watkins fundó en Eastbourne el primer establecimiento lepidoptericola o granja de mariposas, constituída por un vasto jardín poblado de flores, árboles y arbustos, que ocupa una superficie de 4.000 metros cuadrados. Se halla en paraje abrigado de los fuertes vientos, y está completamente cercado y cubierto por un enrejado de alambre. Allí revolotean en libertad unos cuantos millones de insectos pertenecientes a las especies más variadas, y la posesión de los cuales se disputan, tratando de pagarlos a peso de oro, los coleccionistas y los Museos de Historia Natural.

En Francia existen hoy varias explotaciones de esa índole, pero en realidad lo que en ellas se hace es fomentar la cría de las más raras especies de gusanos de seda para llevar a cabo cruzamientos entre las más nuevas variedades y obtener de ese modo ejemplares de mariposas que son el asombro de los aficionados. Con tal motivo, se trata de aclimatar en Francia gusanos de seda exóticos.

Una granja de mariposas se compone de un jardín plantado de encinas, ailantos, pinos, manzanos, ricinos y otros arbustos cuyas hojas son adecuado alimento para las orugas.

Ordinariamente, se colocan los huevos sobre ramas cuyas extremidades están sumergidas en recipientes llenos de agua. Se envuelven con gasa esas ramas, en las que han de vivir las larvas después de la eclosión, y, además, se cierran con bolas de papel los intersticios que quedan entre la rama y el borde del recipiente, para que las larvas no caigan al agua. A pesar de tales precauciones, esos animalillos van a dar con frecuencia en el recipiente, donde perecen ahogados si no se acude oportunamente para extraerlos del líquido adheridos a los pelos de un fino pincel.

Las orugas necesitan aire puro, y son dañosos para ellas los malos olores. En cuanto a su alimentación, ha de ser sana, suculenta y copiosa. Así, una vez devoradas las hojas de una rama, se hace lo necesario para que la tribu entera cambie de domicilio.

Cuando se desea obtener huevos para la campaña siguiente, se colocan los capullos del gusano de seda en cajas enrejadas, donde, una vez que hayan nacido, las mariposas harán la puesta.

Si el dueño de la explotación ejerce su industria con miras a los coleccionistas, asfixia las mariposas en un frasco de cristal que contenga cianuro de potasio, y, ya muertas, las fijas sobre un tablero con las alas bien extendidas.

Entre las aplicaciones que se dan hoy a las mariposas, citaremos las de vidrieras artísticas, que se construyen aprisionando entre dos láminas de cristal a determinado número de aquellos insectos y vegetales desecados, hábilmente combinados esos elementos para que el conjunto resulte agradable a la vista. Y el adorno de sombreros de señora, para lo cual la mariposa ha de someterse a la siguiente preparación: tras de haber impregnado las alas de barniz blanco mezclado con alcohol, se adhieren a trozos de un papel fuerte especial y cuyos contornos sean idénticos a los de las alas, y después se atraviesa el tórax del lepidóptero con un fino alambre de hierro o de plata.

Lo que Ud. tiene es un principio de

catarro!

Córtelo inmediatamente por el "método Bayer"

Esta noche al acostarse,

2 tabletas de FENASPIRINA y un limón exprimido en agua caliente.

Abríguese bien. Casi inmediatamente principia Ud. a sudar, se refresca, se alivia y duerme con la más deliciosa tranquilidad. Mañana si algún ligero síntoma persiste, una o dos dosis más en el día.

Durante las epidemias de influenza y grippe, la FENASPIRINA dió en el mundo entero maravillosos resultados, y el limón fue un excelente auxiliar curativo.

Ese es el origen del "Método Bayer."

Tiene la incomparable superioridad de que corta los resfriados, los catarros, la grippe, etc., sin afectar el estómago como las preparaciones laxantes, ni atontar como la quinina.



Las tabletas no se disuelven en la limonada; se toman antes con un poco de agua.

Visitas de cortesía

Por Maurice Dekobra



Los señores De Salamange habían hecho una gran fortuna durante la guerra. El señor Salamange era considerado entre los del ramo de la alimentación como uno de los reyes del comestible.

Todo el mundo conoce la "grasa doble" Salamange, cuyas excelencias pregona la publicidad por todas partes. Pues gracias a esta "grasa doble" los señores De Salamange habían amasado en cinco años una veintena de millones.

Con esta fortuna, tan rápidamente adquirida, los Salamange cambiaron hasta de piel.

En primer lugar, habían abandonado su modesto cuartito de Saint-Mandé para alquilar un hermoso piso en el bulevar Magenta. No satisfechos con esto, habían comprado un hotelito en la avenida de Malakoff; pero tampoco esta mudanza satisfizo su ambición.

—Querido mío—dijo un día la señora Salamange a su marido,—tengo grandes deseos de poseer un castillo en la orilla del Sena; un castillo como el de "El muerto que llora", aquel folletín misterioso que tanto me interesó el verano pasado.

El señor Salamange era un buen marido. Visitó varias agencias, y un domingo condujo a su mujer por la parte de Vernon. Visitaron el castillo de la Motte-Braissée, "de puro estilo Enrique II-Luis XVI: agua, gas, dependencias para la servidumbre, lagar de sidra y con cuarenta hectáreas de extensión, de las que seis estaban ocupadas por fresales. Tenía un pabellón de caza, de mármol, con ladrillos pintados a mano".

La redacción de este anuncio llamó la atención de los nuevos ricos. La visita del dominio los entusiasmó, y la compra se ultimó en un abrir y cerrar de ojos. El día primero de julio, los Salamange se poesionaban del castillo de la Motte-Braissée.

* * *

Los Salamange tenían un automóvil, una soberbia "limousine", con un dragón de platino en el radiador y ricos cojinetes de terciopelo granate.

Desgraciadamente, Emilio, el "chauffeur" que los conducía en París, se había negado a seguirlos al campo. Su idilio con una joven cantatriz de la Gaité-Rochechouart no le permitía dejar la capital. Los Salamange, cogidos de improvisto, telefonearon al garage y rogaron al gerente que les recomendara un buen "chauffeur".

—Quiero uno muy joven, más honrado que listo—declaró el señor Salamange,—porque estoy cansado de que me roben esos viejos zorros del volante.

Y así fué como, tres días después, se presentó en el castillo de la Motte-Braissée un joven, de aire tímido, al cual sometió el señor Salamange a un serio interrogatorio.

—¿Dónde ha aprendido usted, amigo mío?

—En el convento de los hermanos de la Ferté-sous-Jouarre, señor... Estaba de mozo de refectorio. Después aprendí la mecánica, y aquí me tiene usted...

—¿En qué casa ha servido usted?

—He servido como ayudante mecánico en casa de la duquesa de Morneflise.

—Bien. Venga conmigo al garage.

El señor Salamange dijo a su mujer al entrar en el castillo:

—Creo que con este muchacho hemos hecho una buena adquisición. Algo tonto parece, pero lo prefiero así. Ahorraremos facturas de gasolina.

* * *

Al día siguiente, por la mañana, mientras Federico, el nuevo "chauffeur", hacía trepidar el motor en el patio, la señora De Salamange dijo a su marido:

—Ahora que podemos servirnos del "auto", podíamos hacer las visitas de cumplimiento que son de rigor.

—¿Tú crees que...?

—Sí. Conozco las costumbres. Nosotros, recién venidos al país, debemos una visita de cortesía a los propietarios de los alrededores.

—¡Qué fastidioso es todo esto!—exclamó el señor Salamange, que aborrecía los cumplimientos de sociedad.

—Pero he pensado, querido, que no hace falta que los veamos. Nos contentaremos con dejar una tarjeta en sus casas, y asunto concluído.

—¿Una tarjeta?... ¿Y no te parece poco una tarjeta?... Se me ocurre una cosa: escribiremos unas cartas, que digan todas lo mismo, saludándolos y ofreciéndonos como vecinos, y se las iremos dejando en sus casas. Voy a hacerlas ahora mismo. Di a Federico que prepare el "auto" para las tres. Así tendremos, además, una excelente ocasión de visitar los alrededores.

Después del almuerzo, los señores De Salamange jugaron a la baraja y discutieron largamente la lista de los vecinos con quienes les importaba quedar cumplidos. Luego, apenas convenido el itinerario, pasaron a dilucidar otro punto: ¿estaba conforme a las reglas de la etiqueta que ellos mismos fuesen a llevar las cartas?

El señor Salamange respondió afirmativamente. La señora Salamange protestaba. Teniendo en cuenta su riqueza, su posición, sus propiedades, era suficiente que las cartas fuesen depositadas por el "chauffeur". El señor Salamange aceptó la opinión de su mujer, y fué a vestirse.

A las tres, el automóvil se detenía al pie de la escalinata. Los señores De Salamange se instalaron en él y dieron sus instrucciones a Federico.

De pronto, la señora Salamange dió un grito:

—¡Dios mío!... ¡He olvidado las cartas! Federico, suba usted a mi cuarto y baje unas cartas que me he dejado encima de la cómoda.

Federico obedeció. Bajó en seguida y emprendió la marcha. Llevaba la lista de las casas en que había de detenerse. Al llegar ante las puertas de las villas y de los castillos llamaba, se quitaba la gorra, entregaba a la criada la carta de sus amos y decía:

—De parte del señor y la señora De Salamange, del castillo de la Motte-Braissée.

Había cumplido esta formalidad en casa de los Saint-Godelle, del conde de Mohicart, de los Dupré-Vigogne, en casa de la señora Sambouze, de la marquesa de Varigule, del general Pistollau, etc.

De repente, Federico detiene el coche, se apea, abre la portezuela y pregunta a su ama:

—Perdón, señora. ¿Cuántas personas faltan aún por visitar?

La señora De Salamange consulta su lista.

—Faltan tres: la señora de Gudulet, el barón de Gaya y los Sarlebeze...

—Pues no hay cartas para todos—dice Federico,—porque sólo me quedan el as de oros y el seis de copas.

El viaje imaginario

(Del libro "El sueño de una noche de castillo y otros poemas", recientemente aparecido)

¿Por qué con tan vivaz melancolía
Recuerda los jazmines de Verona?
Esos jazmines en que pone el día
Evocación lunar como corona...
Entre espectros, con fúlgida armonía
De ventura secreta,
Una voz misteriosa dice: "amor";
Otra responde: "le faltó su flor
Al contemplar el huerto de Julieta."

¿Por qué evoca, apenado, los caudales,
Los palacios ducales,
La armonía del agua y de la piedra?
¿Por qué la lumbre que en sus ojos medra,
Con palpitante imperio
De glorioso matiz, teje el misterio
De las mortajas de nocturna hiedra?...
Una góndola pasa con rumor
Que la onda leve del canal irisa;
Una voz misteriosa dice: "amor"
Y otra: "en Venecia le faltó su brisa".

¿Por qué turbada ve la transparencia
De la blancura que imperó esculpida,
Y la gloria del bronce entristecida
En la esbeltez de la gentil Florencia?...
Una voz misteriosa dice: "amor";
Otra voz le responde, como fatua
Luz que se pierde en vívido esplendor:
"Porque en Florencia le faltó su estatua".

¿Por qué evoca la vida de Sorrento
Y el vergel de su mágica esperanza,
Con soplo de añoranza
Que va en las alas del perfume al viento?...
Entre la luz del transparente manto,
Una voz misteriosa dice: "amor";
Otra responde: "porque allí su ardor
Buscó armonía y le faltó su canto".

¿Por qué evoca nostálgico las fuentes,
Los templos, los palacios, las colinas,
En que dejara flores a las ruinas,
A los altares súplicas fervientes,
Líricos sueños a las aguas rientes,
Y coros a las cúpulas divinas?...
Una voz misteriosa dice: "amor";
Otra voz le responde: "porque en ella,
Con ser la Roma de inmortal fulgor,
Si halló su cielo le faltó su estrella".

Angel de Estrada

¡Quería cambiar!

—Mamita, ¿tendré alguna hermanita pronto?

—¿Por qué, querido?

—Ya estoy cansado de jugar con el gato.

EXCESO DE ORGULLO

—¿Por qué insistirá Catalina en casarse en aeroplano?

—Es tan orgullosa que dice que no hay en la tierra un hombre digno de ser su marido.

PRUEBA EVIDENTE

—¿Y por qué supones que ella no te quiere?

—Porque me ha dicho que ella opina que todos los matrimonios tienen un hijo idiota.

—¿Y qué?

—Que sabe que soy hijo único.

¡DESGRACIA!

—Ven, Juan, ven corriendo. Mamá se ha caído por la escalera y se ha roto...

—¿La cabeza?—dice él esperanzado.

—No. El espejo que hay en el rellano.



GROTESCO

Por Carlos Aureliano Miranda

—En el fondo no hay nada más que una presunción—expresó Frías, a quien el asunto del collar de perlas lo tenía preocupado.

—Pero es que de ahí se parte; vale decir, que eso es lo que, según parece, ha de ser la base del juicio.

—Ni pienses...

—Sin embargo, la alhaja ha sido substraída mientras yo permanecía con Isvoe cerca de la vitrina.

—Puedes estar tranquilo. Es una presunción, y la ley no castiga por un delito en abstracto; luego, ¿quién puede asegurarnos que mientras ustedes conversaban, no se introdujo alguien y operó?

—Sí, es cierto; pero es que...

—¡Estás con miedo, Freitas!

—No: quería decirte que Isvoe no soy yo, y de ahí que no pueda permanecer con esa tranquilidad que tu noble amistad quiere infundirme...

—¿De manera que tú piensas?

—¡No! ¡No!—exclamó Freitas, que había intuído la deducción que acababa de hacerse Hernández con respecto la honestidad de Isvoe.

—No sería la primera mujer que atribuyéndose cierta honestidad se desliza en esta forma al único objeto de poder operar mejor...

—Sí, en efecto; pero no está en ese caso nuestra amiga; sólo quería significarte que sin erigirme en el prójimo de sí mismo no respondo sino de mi persona.

—Estamos en lo mismo. Para ti, esa mujercita es un delincuene...

—No, Hernández...

—Sí, esa es tu posición con respecto a ella. Sin eufemismos, Freitas. Esa mujer te ha prologado el primer considerando de la sentencia.

—Sería excesivo pensar en tal cosa, Hernández!

—Y, sin embargo, tu juicio, a pesar de los equívocos con que pretendes emitirlo ante mí, no oculta otra aserción...

—Tal vez.

—Es la certidumbre de que ella ha robado y te cuesta aceptar la humillación de que la mujer a quien has entregado tu corazón te ha jugado la partida de haber robado en la casa de tu propia madre política...

—Quizá... En todo caso, tendré que definir mi situación en este asunto, y no seré yo quien asume la responsabilidad de sepultarme entre rejas...

—¡Eso es lo grave, en medio de todo! — exclamó Hernández, mientras se levantaba con el propósito deliberado de eludir la mirada inquisidora de Freitas.

—¡Me cuesta creer en una situación semejante! Una mujer de las condiciones sociales y materiales de Isvoe no tiene por qué robar; por otra parte, se halla sobrada de todo.

—Eso es lo que a ti te parece, Freitas; sin embargo, yo sé que en el Casino se ha jugado un prendedor...

Freitas se puso que era un papel de estraza. La alusión al prendedor debió significársele en todo lo grandioso de aquel desliz, porque la tal prenda era un recuerdo de su señora madre y recordaba que Isvoe quería tenerlo consigo como una adhesión hacia la genitora de su prometido...

—¿Pero estás cierto sobre lo que acabas de decirme?

—Hombre: creo que no sabes que yo haya tenido necesidad de mentirte para decirte una verdad.

—Sí, es cierto, Hernández; nada más que tu dato coincide...

—No insistas: ese anillo forma parte de lo que a ti te tocó por expresa voluntad de...

—¡Hernández!

—Así es, querido: esa mujer es capaz de todo; luego, y volviendo al tema de nuestra conversación, te diré: cuando tú y ella estaban allí, el collar de perlas parecía sentirse engrandecido ante alhajas diminutas, por lo que respecta al valor intrínseco de las mismas.

—Eso es lo que yo no recuerdo; sólo sé que alguien se detuvo, analizó y tuvo palabras ciertamente entusiastas para lo que en la vitrina había...

—Sí, es claro; tú estabas aspirando el néctar delicioso de la propia ingenuidad... Eso mismo hice yo: pasé, miré las alhajas y tú ni te volviste...

—No reparé, Hernández.

—Eso es un hecho; de lo contrario no te hubiese ocurrido nada... A ustedes se les vigilaba.

—¡A mí!

—Eso es lo que yo pude sacar en conclusión; de manera que ya te puede imaginar el efecto que me produciría al tener conocimiento de ello...

—¿Y cómo no me pusiste sobre aviso?

—Eso es lo que procuré al acercarme; pero como ya lo has oído: ¡tú eras un muerto más que arrastra la corriente!

—¡Es una infamia!

—En realidad, no sería otra cosa si no mediara un antecedente...

—¿Cuál? — interrumpió Freitas, que visiblemente emocionado paseábase a lo largo de la habitación.

—Precisamente un hecho que vendrá a revelarte que tu actitud al no solidarizarte con Isvoe es un anticipo de tu propia conciencia; pues que así, en esta forma, te alejes el peligro de un vejamen que nadie más que tú has buscado.

—¡Es un hecho accidental, Hernández!

—Es nuestra incapacidad para determinar lo que hay de cierto en el afecto de una mujer que nos sale al paso. Ese es tu caso; así, tú eres la víctima de la propia ingenuidad. Por otra parte, esa es tu falta psicológica, tu falta de aptitud crítica que no sólo te llevará a hechos de esta naturaleza, sino que hace imponerte mayores sacrificios.

—¡Es el defecto de tener en poco a la vida!

—No era en este caso, la vida lo que importaba, sino la dignidad.

—¡Hernández!

—Es evidente; de no haber sido incapaz de ser consecuente con tu propia honestidad, hubieses conocido que a tu lado estaba un pájaro de cuenta...

—¡Estás excesivo, Hernández!

—Nada de términos necios: Isvoe es un delincuente nato. La posesión de tanta riqueza no tiene para ella ninguna significación; ella roba obedeciendo a una necesidad congénita y de ahí que a ti o a cualquiera lo sindique para el desarrollo de sus planes... Con esto no quiero decir que sea ella, precisamente, quien ha robado el collar de perlas, pero si tuviese que optar entre condenarla o eximirla, haría lo primero.

—¿Pero cómo no has podido substraerme a esta situación con anterioridad?

—Porque en tus afectos no debo intervenir y luego esto mismo vendrá a justificar ese juicio de incapacidad que se te sigue para la administración de los bienes de tus hijos...

—¿De manera que tú has querido ratificar lo que hay de valedero en la demanda de mis enemigos?

—Ni más ni menos...

—¿Y te decís mi amigo?

—Porque lo soy precisamente. En esta forma, verificando lo que hay de cierto en esos elementos de juicio, me pongo a servir tus verdaderos intereses. Ya ves cómo ahora puedo merecer tu confianza al declararme tu enemigo y el protector de tus hijos... Por otra parte, con la posesión de estos datos, podré anticiparme a tu absolución, pero antes aceleraré el trámite de ese juicio que tiende a alejar la miseria de tu mujer.

—¡Tú sabrás lo que haces, Hernández—exclamó el aludido, cuyo estado espiritual daba la sensación de que se hallaba presa de un abatimiento extremo.

—Entre la vida de un jugador, que todo lo sacrifica y el deber de cuidar de unos niños, como son tus hijos...

—¿Has optado?

—Eso es, precisamente, lo que he hecho; de manera que si la alhaja no aparece, tú, Isvoe y yo, estaremos ante el juez. En la mente de la dueña del collar, la idea de que ustedes lo han robado es un hecho evidente y yo no he podido eludir el deber de defenderla; es decir, el deber es ante que para con ella, con tus hijos, a quienes, en esta forma, les habré salvado el patrimonio que tú dilapidas...

—Eres noble, Hernández.

—Esa es mi misión.

□

Guardaron un breve silencio. La agitación que dominaba a Freitas era intensa. Parecía un ente cuyas facultades estuvieran constreñidas a girar en torno de un círculo vicioso... Fué hasta la ventana y apoyándose en ella con los codos, pareció abandonarse al turbión de sus propias pasiones. Empezó a analizar su situación, las actitudes que Isvoe observó mientras permaneció a su lado. Aun le parecía observarla cuando adelantándose a su paso, llegó hasta él en medio de la mirada de todos y de la dueña de casa, a quien le había llegado la noticia sobre su noviazgo con ella. ¡No podía ser! Hernández tal vez ocultaría otra clase de pensamientos... Tal vez Isvoe no le fuera indiferente y buscara desplazarla de sus pensamientos bordando una situación indecorosa. Habían sucedido tantos casos de esa naturaleza.

□

—¡Creo que padeces un error, Hernández!

Este, fumaba tranquilamente un cigarrillo.

—Tú eres dueño de pensar lo que mejor cuadre a tus sentimientos o intereses.

—No se trata de eso; sólo que pienso que tú extremas el juicio y antes será necesario averiguar si no han estado otras personas en la sala...

—Eso no es posible; ahora, debo ser consecuente y, a pesar que tú puedas mirar con repugnancia mi actitud, te prometo un plan que puede sacarte de este atolladero...

—¡Tú dirás!

—Pues bien; tú renuncias al usufructo de los bienes de tus hijos, aduciendo incapacidad para su gobierno, y entonces te presentas convertido en acusador de Isvoe...

—¡Pero estás loco!

—¡Absolutamente! Te facilito los elementos para que puedas eludirte...

—Te agradezco, Hernández.

—Sí; conviene conmigo en que te han jugado una mala partida y con la cual..., quizá...

—¿El qué?

—Nada de extraño sería que se buscara despojarte de lo que tú dispones con la perfecta insensatez de quien no tiene frente a su conciencia ninguna responsabilidad...

—Me estás injuriando, Hernández.

—Ese es el juicio que me merece tu actitud al disponer de los bienes de tus hijos, sin medida de ninguna naturaleza...

—¡Eso es atributivo mío, Hernández!

—¡No, Freitas!

ABAJO LOS "TENORIOS"

Los celosos norteamericanos los expulsan a todos

Las autoridades de los Estados Unidos no toleran tenorios en sus dominios. Allí, el Don Juan, de Zorrilla o de cualesquiera de los otros autores que han escenificado el burlador de Sevilla, sería acogido con verdadera hostilidad.

A juicio de las autoridades del Estado de Arizona, los tenorios más temibles son los mejicanos. No en balde descienden de españoles. Y para devolver la tranquilidad a los perturbados espíritus de las yanquis, esas autoridades han comenzado a deportar a cuantos jóvenes y apuestos mejicanos se dedican en aquella región a enamorar a las muchachas, y hasta las jamonas de buen ver, que abundan en Arizona tanto como en Chicago.

Por el puerto fronterizo de Nogales, en Sonora, vienen realizándose en las últimas semanas numerosas deportaciones de jóvenes indeseables, por su distinción, sus maneras atractivas y su belleza, en la que sobresalen ojos sugestionadores.

De las últimas deportaciones han sido víctimas catorce muchachos que se dedicaban a visitar a sus novias y a platicar con ellas por la noche, cabe las rejas y a la luz de la luna.

Inmediatamente ingresaron en la cárcel, y pocos días después, envueltos en un voluminoso expediente, que se asemejaba a la lista que Don Juan Tenorio y Don Luis Mejía leen en la Hostería del Laurel enumerando sus conquistas, fueron embarcados para Méjico, con intimación de aplicárseles penas muy severas si volvían a los Estados Unidos a enamorar a las damas y reñir con los americanos del Estado de Arizona. ...



Ambos se levantaron y empezaron a pasearse a lo largo de la habitación. Estaban excedidos y de cuando en cuando se miraban con una expresión de hondo rencor.

—Es necesario, Freitas, desempeñar con conciencia el papel que nos ha tocado en la comedia del "Collar de perlas"; de manera que tú puedes elegir: o acusas o te libras, o bien inicio el juicio que me ha confiado su dueña...

—Tú eres dueño, Hernández.

La actitud de Freitas podía aparecer como contradictoria con lo que la más elemental lógica aconseja; mas no era así: en el espíritu de un jugador el sentimiento del deber y las responsabilidades que de él surgen, siempre acusan formas de un orden metafísico... No hay ley de continuidad visible, ya que su dinamismo integrase en modos arbitrarios con lo normal.

—¿De manera que prescindes de mis consejos y aceptas la aventura?

—En él está todo mi porvenir, Hernández, y debo desafiar tu cólera y la de todo el mundo. Isvoe no es ladrona, Isvoe, óyelo bien, Hernández, es mi futura esposa.

—No discuto gustos, Freitas; sólo que yo estoy aquí para defenderte de su voracidad... Si no lo deseas, me habrás ofrecido la oportunidad de salvar el patrimonio de tus hijos... ¡Nada más!

—¡Eres un mal amigo!

—Soy lo que el destino ha querido que sea entre tú y ellos...

Iba Hernández a retirarse cuando sonó la campanilla del teléfono. Ambos se quedaron esperando que el mucamo trajera el dato de quien llamaba. A poco éste penetró en la sala y manifestó:

—La señorita Isvoe solicita una entrevista de usted, señor...

—¡Dile que la espero!

Aquel anuncio no pareció violentar mayormente a nuestros personajes. Tal vez esto mismo no venía sino a cerrar el capítulo que estaba a punto de iniciarse y en el cual la justicia debería dar el corte que más conviniese a la ley y a las buenas costumbres.

—Pero, tú, Hernández, ¿puedes creer que esta mujer sea capaz de tener tanta osadía?

—Sin ese atributo no sería capaz de tomar un solo alfiler. Eso mismo es lo que la hace tan peligrosa...

—Tú crees, Hernández, que ella tan buena, tan santa, sea capaz de robar, de llegar hasta la ignominia que significa ser delincuente.

—Yo creo en todo eso; más aún, creo que tú eres su cómplice...

—No, Hernández. No, eso te lo juro por mis hijos...

—No jures por ellos, que ellos también te acusan...

—Ellos también, Hernández.

La voz pareció quebrarse a flor de labios y su rostro adquirió una expresión siniestra. Hernández se volvió con la vista, y al percibir aquella transmutación se precipitó sobre él.

—¡Freitas! ¡Freitas! ¡Yo lo he robado! ¡Yo lo he robado!

—¿Tú?

—¡Sí: yo soy el ladrón, Hernández!—Diciendo esto se incorporó y se alisó el cabello... La facilidad con que se repuso dió la medida de ese don de ubicuidad de estos seres imperfectos.

—¡Ladrón! — exclamó Hernández, como haciéndose eco de sus propias palabras, mientras la puerta del zaguán se abría y la silueta de Isvoe desplazábase sobre el corredor...

En aquella situación, Freitas se irguió y dirigiéndose hacia Hernández murmuró quedo a su oído:

—¡No le digas nada!

Hernández, como impulsado por una fuerza extraña, se precipitó sobre la escalera. Parecía ajeno a todo lo que le rodeaba. Isvoe se volvió y al mirarlo alejarse así tan precipitadamente, preguntó con un acento lleno de extrañeza y de pánico a la vez:

—¿Qué ocurre?

—¡No hagas caso, rica!

En el silencio de aquella habitación parecía no haber sucedido nada. Un beso sonoro resbaló sobre el mismo, mientras aquellos cuerpos parecían confundidos en un abrazo definitivo...



Ida y vuelta

Hija del campo, la luna
hace en su noche de plata
vagar las melancolías
como visiones de nácar;
al únison de la noche
templa la dulce guitarra,
y ¡cántame unas endechas
que salgan tristes del alma!

Yo pasé aquí, cuando niña,
en estos sitios jugabas,
ligera como la brisa,
risueña como la infancia;
la primavera, de flores
todo el camino alfombraba,
acariciando mi frente
ebrias de aromas sus auras;
el pobre hogar de mis padres
dejando sólo a la espalda
iba a pasear por el mundo
mis pesadumbres sin causa.

Aquí te encuentro de vuelta,
cual genio de esta morada,
no ya como antes risueña,
sí como nunca gallarda;
y miro tus pensamientos,
en tus inquietas miradas,
volar hasta el horizonte
de algún suspiro en las alas.

Después de tantos inviernos
nada ha cambiado aquí, nada;
verde está el campo, y el cielo
como hoy entonces brillaba;
¿Por qué te encuentro más triste
y voy más triste a la patria?
. . . .
Hija gentil del desierto
pulsa la tierna guitarra,
y en sus cadencias el viento
¡lleve el dolor de dos almas!

Juan Carlos GÓMEZ.



¿Se han descubierto las causas del cáncer?

En estos últimos meses se ha debatido mucho por los profesionales la cuestión del cáncer. Según ciertas informaciones aparecidas en una revista inglesa de medicina, dos médicos de Londres han logrado descubrir el virus del cáncer. Noticias obtenidas por nosotros, de buenas fuentes, nos inducen a poner a nuestros lectores en guardia sobre la confianza que hay que conceder a estas revelaciones: nada es menos seguro que el descubrimiento del virus del cáncer. Este descubrimiento sería uno de los más notables, por su trascendencia. Aunque el conocimiento de este virus no querría decir que la curación fuese inmediata.

Se sabe, en efecto, que no basta haber descubierto el microbio de una enfermedad para conseguir un remedio eficaz contra ella.

Véase, si no, lo que ocurre con la tuberculosis, cuyo microbio conocemos desde hace tanto tiempo y contra la cual no contamos hoy con ningún suero ni vacuna.

Por el contrario, no sabemos cuál es el virus de la rabia y poseemos, sin embargo, su remedio.

Dada la importancia que parece haber alcanzado el cáncer desde hace cincuenta años, sería de desear, sin embargo, que toda la actividad medical del mundo se orientase hacia la curación de esta terrible enfermedad, la cual ocasiona tantas víctimas como la tuberculosis.

Este mal inexorable ha sido objeto de numerosos trabajos para investigar sus causas.

¿Qué ha resultado de todos estos trabajos?

Poca cosa, desgraciadamente, según vamos a establecer.

Se ha atribuído, sucesivamente, a diferentes factores la aparición o frecuencia del cáncer. Entre ellos figuran los climas, primordialmente. Se ha supuesto que el cáncer era mucho más frecuente bajo los climas húmedos y templados, y que disminuía a tenor de la proximidad del polo o del ecuador.

Estadísticas mejor hechas permiten hoy asegurar que el cáncer se produce en todos los climas, bajo todas las latitudes, sin la susodicha relación y sin que ofrezca forma particular en parte alguna.

¿Se presenta con más frecuencia en las regiones húmedas y pobladas de árboles, a lo largo de los ríos, que en los sitios pantanosos? De ningún modo. Así en los flancos de las montañas más altas, como en los desiertos del norte de Africa, el cáncer existe en todas partes y con la misma frecuencia allá que aquí.

Y, cosa rara, se ha observado, en Zurich, que el cáncer parecía más frecuente en los barrios modernos, bien aireados, que en los de la parte vieja de la ciudad.

Pero esta frecuencia no es más que aparente. Es preciso, en efecto, considerar que en los barrios aristocráticos la longevidad es mayor que en los otros y que, siendo el cáncer patrimonio de la madurez, es más fácil hallarlo en aquellos barrios en que la madurez ofrece mayor contingente.

Se ha pretendido igualmente que la alimentación representaba un papel importante en la génesis del cáncer. Esta opinión es insostenible si se considera que entre los hindúes se observan los atacados en la misma proporción, ya sean o no vegetarianos.

Es pueril atribuir la causa a la sal común, a los tomates, a las coles, etc., como se ha atribuído.

Ya se trate de animales herbívoros o carnívoros, de aves o peces, todos ellos presentan esta enfermedad.

En cuanto a las profesiones, no se sabe que haya unas más propensas que otras al cáncer. Así, mientras que en Francia se ha creído a los carniceros menos asequibles a él, en Inglaterra, por el contrario, se les ha considerado en primera línea entre los fácilmente atacables.

Hay que hacer, sin embargo, una excepción de los obreros que manipulan los productos combustibles y de la destilación de la hulla.

Hace más de cien años que los médicos han observado la frecuencia del cáncer en los deshollinadores. Esta frecuencia se explica por la acción del hollín sobre las erosiones que se hacían estos obreros en el curso de su trabajo. En estos últimos tiempos se ha demostrado asimismo que los obreros que trabajan el alquitrán eran fuertemente alcanzados, a causa también de la acción de esta materia sobre la piel irritada.

La civilización ha sido también contada entre los factores originadores del mal, afirmándose que en los pueblos salvajes apenas si se conocía éste.

Afirmación gratuita, desmentida por los viajes de los sabios y observaciones de médicos coloniales.

Y, a este propósito, digamos que la mayor extensión y frecuencia actual del cáncer, con relación al pasado, obedece a los métodos de diagnóstico. Es decir, que si en otro tiempo se conocían menos casos que en la actualidad, no es porque se haya ido extendiendo el cáncer de día en día, sino porque entonces el cáncer era equivocadamente diagnosticado.

Respecto de las razas, los observadores han creído poder concluir que los judíos padecen muy frecuentemente el cáncer del tubo digestivo.

Las observaciones realizadas en estos últimos años en Fez, que cuenta una población de 10.000 israelitas, permiten desmentir la anterior conclusión.

Es cierto que en algunos pueblos se nota preferentemente tal o cual cáncer; pero, más que a la raza, ha de atribuirse esta particularidad a la influencia de determinadas costumbres. Así, los hindúes mahometanos presentan frecuentemente el cáncer del cuero cabelludo, porque se rapan la cabeza con instrumentos mal afilados, mientras que los hindúes budistas ignoran esta localización del cáncer.

Las mujeres hindúes, que mascan betel, presentan el cáncer de la boca. Asimismo las mujeres bosquimanas, que fuman pipas rugosas, padecen este mismo cáncer.

En Cachemira existe la costumbre de llevar bajo la ropa un braserillo especial; este braserillo produce frecuentemente quemaduras en la pared abdominal, de donde la frecuencia del cáncer en esta parte del cuerpo entre las gentes de aquella región.

Como se ve, no se puede afirmar nada respecto a los diferentes factores del cáncer, ya se trate del clima, de la raza o de la profesión.

¿Y en lo que atañe al sexo? Durante mucho tiempo se ha creído que tenía alguna intervención; se ha supuesto que existía doble número de mujeres que de hombres víctimas de la enfermedad cancerosa. Esta creencia tradicional es falsa, según las últimas estadísticas. Pero lo indudable, y que merece ser notado, es la frecuencia de tal o cual cáncer según el sexo. El cáncer de la boca o de la laringe, del esófago o del estómago, se hallan más a menudo en el hombre.

En conclusión: parece que las diferentes observaciones recogidas para explicar el cáncer no son las más susceptibles de arrojar alguna luz sobre los orígenes, todavía misteriosos, del mal. Pero no hay que desesperar de la ciencia, que ha librado a la humanidad de tantas y tan crueles enfermedades.

Negociante al por mayor

—¿En qué trabajas ahora, Cosme?

—Negocio con instrumentos de música. Ayer vendí mil...

—¿Pianos? ¿Guitarras?...

—No. Agujas para gramófonos.

Sueño precursor

—Angelita—dice él.—Anoche tuve un sueño muy curioso. Soñé que me declaraba a usted y que me decía: "Vaya a hablar con papá".

—Sí. ¿Y qué dijo papá?

—No sé. Esa parte del sueño no la recuerdo bien. Pero cuando desperté, estaba en el suelo y me dolía todo el cuerpo.



Los fallos del juez discreto

Por PEDRO DE RÉPIDE

(Tradición árabe)

El poderoso Ali-Menon, rey moro de Toledo, había conseguido que en sus Estados un niño pudiese caminar solo por la ciudad o por el campo llevando una corona de oro sin que nadie osase intentar arrebatársela. Para llegar a tal perfección en las costumbres, inició con su reinado una saludable práctica. Salía disfrazado de mercader y dejaba caer una moneda. Si alguien la cogía y la daba cobijo en su bolsillo, un soldado, que seguía al monarca, cogía al que se apoderaba de lo que no era suyo y le conducía ante el juez, que decretaba inmediatamente la decapitación del codicioso.

También consiguió que las mujeres fuesen respetadas. Cuando iban a la fuente para llenar sus cántaros hacía que los hombres se apartasen a su paso. Un día quiso saber si eran eficaces estas órdenes suyas y acudió con atavío de viajero a decir algunas palabras a una joven bellísima. Ella le contestó llena de compasión y terror:

—¡Apártate, imprudente! ¿Vienes de tan lejos que no sabes que estás en la ciudad donde se respeta a las mujeres?

Odiaba singularmente el robo y el adulterio y era inflexible en sus fallos. Un día fué a pedirle justicia un hortelano de la orilla del Algodor que había sorprendido a su mujer con un amigo. Ali-Menon principio por hacer degollar al amigo; y como el marido implorase por la mujer, viéndola tan interesante y aumentada su hermosura con el canto, le dijo así:

—Degüella tú mismo a tu mujer y yo te daré otra. O de lo contrario, como todo crimen pide una víctima, te colocarás en su puesto y te cortarán la cabeza.

El magnífico Ali-Menon, con quien estaba la gracia de Alá, único y todopoderoso, supo que en un lugar de su reino, en Medina-Machvit, había un juez que pronunciaba fallos discretísimos. Quiso averiguar por sí mismo la verdad de lo que se decía, y montando un caballo que en nada revelaba ser la cabalgadura digna de un príncipe, salió de Toledo y vino a su bien amada Atalaya-Nahar ataviado como un sencillo caballero.

Por fortuna suya llegó a Medina-Machvit en día de feria y en que por lo tanto estaba abierto el tribunal. Como el profeta protege en todo a sus creyentes, hizo además que cuando iba a franquear la puerta de la ciudad, a la que iba el mismo camino de Toledo, tropezó con un cojo astroso que le pidió limosna. Ali-Menon practicó en él la caridad, como hacía siempre; pero viendo que el mendigo, después de impedir el paso al caballo se colgaba de una de las regias piernas, le dijo:

—¿Qué pretendes? Me has pedido limosna y te la he dado.

—Sí. Pero la divina ley no dice solamente: "Darás limosna a tu hermano", sino que añade: "Harás por tu hermano lo que harías por ti mismo."

—¿Y qué es lo que puedo hacer por ti?

—Puedes impedir que este pobre reptil sea aplastado por los hombres y por las bestias, lo que me ocurrirá si entro a pie en la ciudad, cuando está entrando tanta gente.

—¿Y cómo puedo impedirlo?

—Colocándome a la grupa de tu caballo y conduciéndome hasta el zoco.

Ali-Menon le contestó dándole licencia para lo que pedía, y auxiliando al perniquebrado, le ayudó a subir. Así penetraron en la ciudad.

Y cuando hubieron llegado al zoco, el rey dijo al mendigo:

—¿Es aquí dónde querías venir?

—Sí.

—Entonces apéate.

—Apéate tú también.

—Así lo haré si es para ayudarte a bajar.

—No. Es para quedarme con el caballo.

—¿Por qué razón?

—Por la sencilla razón de que es mío.

—Escucha y reflexiona.

—Escucho y reflexionaré.

—Estamos al lado del Alamín, donde dicta sus sentencias el juez justo.

—Lo sé.

—¿Tú vas a demandarme y a conducirme a su presencia?

—Probablemente.

—Su fallo me favorecerá

—¿Y crees tú que mirándonos a los dos, a ti con buenas piernas destinadas por Alá al trabajo y a la fatiga del camino y a mí con las piernas rotas, no ha de decir que el caballo pertenece al que más lo necesita?

—Si dice eso dejará de ser justo.

—Se le llama el justiciero, y no el infalible.

—Por vida mía — díjose Ali-Menon — que se me ha presentado la ocasión más propicia para juzgar por mí mismo al juez. Vamos delante de él.

Y atravesando por la muchedumbre, llevando por la brida su caballo, sobre cuya grupa iba el cojo agarrado como un mono, el rey de Toledo se dirigió al asiento del Alamín.

Dos litigios habían de ser expuestos antes que el suyo, por lo cual se colocó entre el auditorio. El primer pleito entre un letrado y un campesino que había robado a la mujer de aquél, quien acudía a reclamarla. Y era lo curioso del caso que ella no reconocía por dueño a ninguno, o, mejor dicho, reconocía a los dos, lo que hacía más dificultosa la solución del caso.

El juez escuchó las razones en que cada uno de los litigantes fundaba su demanda, y después de meditar un poco, les dijo:

—Dejadme aquí a la mujer y volved mañana.

El sabio y el labrador hicieron una cortesía y se retiraron inmediatamente, dejando paso a los que les sucedían, y eran un carnicero y un vendedor de aceite. Este traía la ropa pringosa del líquido en que traficaba y aquél la suya manchada de sangre.

—Yo he ido a comprar aceite a casa de este hombre — dijo el carnicero, — y para pagarle saqué la mano del bolsillo llena de dinero. En ese momento, él, con gran avaricia, me ha cogido fuertemente el puño. Yo he gritado; pero él ha insistido en no soltarme la mano, así como yo en cerrarla. Venimos a ti para que decidas. Yo juro por Mahoma que este hombre es un malvado, y que miente cuando dice que le he quitado su dinero, porque este dinero es mío.

A su vez el aceitero habló de este modo:

—Este hombre fué a mi casa con una botella a comprarme aceite; y cuando la tenía llena me preguntó si tenía vuelto de una moneda de oro. Yo registré entonces mi bolsillo y saqué el dinero que tenía, colocándolo sobre el mostrador. Él, en seguida le echó mano y procuró escapar con las monedas y con el aceite. Pero yo empecé a gritar; y como, a pesar de mis gritos no ha querido soltar la presa, le he traído aquí para que te dignes juzgarlo.

El juez, luego que hubo reflexionado un momento, les dijo:

—Dejad aquí el dinero y volved mañana.

El carnicero dejó las monedas en las vestiduras del juez y los dos litigantes saludaron y se fueron.

Tocaba la vez a Ali-Menon y al cojo.

—Señor — dijo el rey disfrazado: —yo venía de un apartado pueblo para comprar algunas cosas en este mercado, y a la puerta de la ciudad he tropezado con este infeliz, el cual, después de pedirme limosna y de habérsela yo dado, me suplicó que le subiera a la grupa de mi caballo para no ser pisoteado por los hombres y por las bestias en la aglomeración de la feria. Hice lo que me rogaba; pero, al llegar a la plaza no ha querido apearse, diciéndome que el caballo era suyo; y como yo le amenazara con la justicia, me ha contestado en son de mofa: "El juez es demasiado sensato para no comprender que el caballo no puede ser sino de quien más lo necesita, es decir, de quien no tiene piernas." Este es, señor, el asunto que someto a tu juicio.

—Señor — habló el cojitranco: — yo venía a mis asuntos en este caballo, que me pertenece, cuando me he encontrado a este hombre tendido en el camino y al parecer expirante. Heme acercado a él, preguntándole si se veía atacado de algún desmayo, a lo cual me ha respondido: "No tengo sino cansancio, y si tú eres caritativo, condúceme a la ciudad, donde tengo que ir.". Hícelo así, y al llegar a la plaza le dije que se bajara, bendiciendo a Mahoma por haberme presentado aquella ocasión de ser compasivo. Pero quedé lleno de asombro al oírle decir que me bajase yo también, puesto que el caballo le pertenecía. Es inaudito el caso y he hecho venir aquí a este hombre para que tú decidas.

El juez hizo repetir a cada uno su relación y luego les dijo:

—Dejad aquí el caballo y volved mañana.

La cabalgadura le fué entregada al juez y los litigantes le saludaron, retirándose.

Al día siguiente fueron al tribunal, además de los pleiteantes, infinitos curiosos que deseaban conocer el desenlace de tan intrincados y obscuros litigios.

El juez siguió el mismo orden que la víspera, y llamando primero al sabio, le dijo:

—Toma tu mujer, porque es tuya.

Y volviéndose a sus ejecutores, añadió:

—Dad cincuenta palos en las plantas de los pies a ese campesino.

Pasóse al segundo pleito y se acercaron los litigantes.

—Toma tus monedas—dijo el juez al carnicero. — Tú las habías sacado de tu bolsillo y te corresponden.

Y repitió la orden de los cincuenta palos para que fuesen aplicados al vendedor de aceite.

Llegó el turno a los que se disputaban el bridón.

—¿Reconocerás a tu caballo entre otros veinte? — preguntó el juez al rey.

—Sin duda alguna.

—¿Y tú? — inquirió del cojo.

—En cuanto le vea.

—Ven primeramente tú conmigo — dijo a Ali-Menon, llevándole adonde estaban los caballos, entre los que reconoció en seguida al suyo.

—Está bien — repuso el juez. — Mándame ahora aquí a tu adversario.

El piernirroto llegó a la cuadra tan pronto como le permitió su imperfección; pero como sus ojos eran sagaces, distinguió al caballo y le señaló con el dedo.

—Está bien. Te espero en el tribunal.

Cuando el cojo volvió a comparecer, el juez dijo a Ali-Menon:

—El caballo es tuyo y puedes ir a la cuadra para llevártelo.

Después de lo cual se dirigió a su gente y ordenó que le dieran al cojo cincuenta palos en la parte más carnosa de su cuerpo. Invención sapientísima y admirable, por cuanto el delincuente aquel no tenía pies.

Ali-Menon fué por su caballo; y cuando el juez se retiraba a su casa, encontró en la puerta al rey, que le estaba esperando.

—¿No estás contento con mi sentencia? — le dijo al ver que acechaba su regreso.

—Al contrario. Lo que deseo es saber por qué inspiración administras justicia, pues yo no dudo que los otros fallos serán tan equitativos como este.

Y entonces le hizo saber que no era tal comerciante y le reveló su egregia condición.

El juez quiso besarle la mano; pero Ali-Menon le contuvo.

—Vamos — repitió; — tengo ansia por saber cómo has averiguado que la mujer era del sabio, el dinero del carnicero y el caballo mío.

—Muy sencillamente, señor. Durante la noche he tenido en mi poder la mujer, el dinero y el caballo. A medianoche he hecho despertar a la mujer, y trayéndola a mi presencia la he dicho que limpiase mi tintero y le echase nueva tinta. Entonces ella ha verificado esta operación como a quien le era familiar, de lo que he deducido que era la mujer del letrado y no del aldeano.

—Me satisface tu resolución en ese asunto. Pero, ¿y en el del dinero?

—¿No has reparado cuán manchado de aceite estaba el que ha sufrido el castigo, y, sobre todo, qué llenas de grasa tenía las manos?

—Sí.

—Pues bien. Yo he cogido las monedas y las he echado en seguida en un vaso de agua. Y como esta mañana, cuando lo he examinado, he visto que el agua no tenía ni una gota de aceite por encima, he comprendido que el dinero era del carnicero.

—Bien. Veamos ahora lo mío.

—En cuanto a eso, me ha dado mucho que hacer, y hasta hace poco no supe la verdad. Yo no quería saber al conduciros ante el caballo si vosotros le reconoceríais, sino si él os reconocía a vosotros. Cuando te acercaste al animal, relinchó, y, por el contrario, se embraveció al acercarse el cojo. Por lo cual vine en conocimiento de que el caballo era tuyo

Ali-Menon permaneció un rato pensativo, y luego dijo:

—Alá está contigo. Tú debieras estar en mi lugar. Aunque si bien es seguro que tú eres digno de ser rey, yo no sé si, en cambio, lograría ser un juez discreto

SOFIA, por E. Amadeo ARTAYETA

¿Qué quién es esa Sofía que me escribe una carta invitándome a asistir a la inauguración de un hospital en un pueblo de Entre Ríos?

Pues cómo la conocí, voy a relatarlo:

Agobiados mi caballo y yo bajo el sol canicular de Entre Ríos, a esa hora bochornosa del mediodía, en que el termómetro alcanza a marcar 42° o más, mi valiente tordillo, que tordillo era el caballo que montaba, iba en aquel desierto pidiendo llegar aunque más no fuera que a la rala sombra de algún ñandubay; pero ni eso por ahí había, que todo era desierto y descampado, y el pasto del campo tostado por el sol abrasador, crujía bajo los cascos de mi caballo.

La tierra, seca y resquebrajada, se abría a cada paso, y por todas partes, en lontananza, el miraje engañador se nos aparecía, dándonos ansias de alcanzar aquello que parecía agua, para precipitarnos en ella. Era la hora, en fin, en que la chicharra canta más fuerte. Hacía ya varias horas que a mi caballo no le hacía cambiar su trote, única marcha veloz que a esa hora se puede hacer, por otra más rápida; pero la verdad era, que ningún apuro tenía por llegar a sitio alguno ni a ninguna hora, y por otra parte, marchando así, podía entretenerme conversando con mi noble animal y contemplar el panorama que, aunque yermo, no me impedía fantasear con mis ilusiones y soñar despierto.

Sin apuro, pues, íbamos pasando y dejando atrás cuchilla tras cuchilla, y como en cada aguada que encontrábamos al paso, mi caballo llegaba a refrescarse, de lejos descubrió un manchón, que parecía flotando en el espejismo del miraje, a la distancia, formado por la arboleda de alguna aldea judía de las por allí diseminadas.

Y el noble animal, adivinando que por allí habría agua fresca y sombra, avivó el paso hasta que nos encontramos en una calle ancha, edificada a ambos lados por modestas habitaciones de abigarrados colores, peculiares de esa clase de aldeas.

Eché un vistazo para descubrir dónde detenerme, cuando al final de la calle, en una esquina en que el camino hacía recodo, vi una casita, coquetonamente ubicada entre un grupo de paraísos que la daban sombra, cubierta de enredaderas con flores de todos colores. Y en la veranda, resaltando en un fondo de madreselva y campanillas, una muchacha, ataviada a la usanza judía, leía, sentada en una silla de crimea. La saya azul y el paño blanco, de forma cuadrangular, que le cubría la cabeza cayéndole sobre la espalda, le daban cierto aire de estampa bíblica.

Por largo rato permanecí extasiado contemplando aquella nota de color, de frescura y de poesía, rodeada de tanta aridez.

Y al aproximarme, aquella muchacha me miró con sus ojos azules, y yo pensé que allí era donde debía descansar y refrescar mi cabalgadura, si en alguna parte debía hacerlo.

A mi requerimiento, levantóse y vino hacia mí, con el libro que leía debajo del brazo.

Y no sé si por efecto de la hora, de la luz, del calor o del traje con que estaba ataviada, el caso es que aquella muchacha me pareció una divinidad.

Y en realidad era bonita, preciosa. Su cara, ligeramente ovalada y de tinte un tanto mate, con esa palidez común en aquella raza perseguida; sus ojos, de mirar lánguido y profundo a la vez, tornábanse como el mar, cuyo color reflejaban en un azul obscuro, y aquella mirada suave, cuando intervenía la pasión, se volvía a veces amenazadora, cual si retratara en esos dos pedazos todo un océano; la nariz fina y aguileña, sin la protuberancia hebrea. Lo único que denotaba la raza era la boca, de labios carnosos — un tanto abultados, — lo que hacía resaltar aún más el "rouge" aplicado sobre ellos; el pelo adivinábase castaño debajo de su tocado, partido en el medio, echado hacia los costados y recogido atrás, y me habló como hacen los semitas, con una voz algo nasal, y arrastrando las erres.

Quisiera o no, me acompañó hasta el pozo de agua cercano, y cual nueva samaritana me dió de beber, invitándome a que desensillara mi caballo.

—El sol está muy fuerte a estas horas—me dijo,—y usted podría dejar pasar el rato de mayor calor, mientras su caballo se refresca y descansa.

—Lo haría—la respondí,—si yo fuera tan afortunado como él.

Y con la mayor ingenuidad:

—¿Qué no?...—me replicó con esa entonación que dan los paisanos de Entre Ríos al usar este modismo.—Yo le llevaré a Vd. a mi casa, allí a aquel rinconcito, donde yo estaba cuando usted llegó, y allí se refrescará. Le daré de comer un poco de comida judía, ¿le gustará? ¿Le gusta a usted la comida judía? Pero, no; le daré comida criolla, porque yo también soy criolla, y tomaremos mate, pero como lo tomamos los hebreos, que mientras chupamos la bombilla, tenemos en la boca un terrón de azúcar para endulzar. ¿Le gusta a usted también así?

Sonreí. ¡Cómo podría haber tomado mate profanando con azúcar su aromático sabor!

Y fué allí, en esa veranda, donde los dos, solos, estuvimos por horas, conversando de versos y poesías, porque era de lo más romántica posible. Desde ese momento fuimos y nos sentimos amigos, y esa amistad dura ya hace varios años.

Yo solía enviarle libros que ella devoraba, y cada vez que yo tenía que pasar por esas inmediaciones, aunque fuera a distancia de leguas, hacía lo posible por llevar a descansar allí a mi caballo, y a mi espíritu también, en el seno de una amistad pura.

Al dirigirse a mí, nunca me llamaba por mi nombre. Decía: "Mi señor", con esa dulzura característica de los de su raza.

Se llamaba Sofía, y era de lo más expresiva para demostrar sus sentimientos.

Yo, para ella, era su señor; pero cuando esto decía no lo hacía con el aire de una sierva, sino dulcemente, como una amiga.

Mis caballos conocían perfectamente bien todos los caminos que conducían a su casa; y yo, con mi trato y frecuentes idas, estoy seguro, que más de un odio habré despertado entre los hombres de su religión, pero jamás me lo demostraron.

Pasó ese verano, y cuando llegó el invierno, el padre de ella, que era ingeniero y regenteaba una de las colonias de la Jewish Colonization Association, se llevó su familia al pueblo de Domínguez.

Una de las veces que yo pasaba en el tren, por la estación de dicha localidad, la descubrí paseando en el andén con otras muchachas. Como el tren demoraba bastante tiempo allí, bajé y fuí a saludarla.

Es indescriptible la alegría que mostró en su cara, en sus ojos, en sus ademanes, la emoción en su voz, al verme; y viniendo hacia mí con ambas manos extendidas, que me apresuré a estrechar, me dijo:

—¡Qué feliz coincidencia encontrar aquí a mi señor.

Y pasamos allí mientras el tren no se ponía en movimiento, momentos agradables al volver a vernos.

Hasta que el tren partió... Después, nada he vuelto a saber de Sofía, la bella muchacha judía de ojos azules, que conocí en una aldea de Entre Ríos.

RELIQUIAS Y EVOCACIONES

Bolivia, la patria de los indios aymaraes, que son considerados como los más antiguos habitantes de aquel suelo, fué proclamada independiente hace precisamente un siglo. En Tihuanacu se conservan todavía reliquias de la prehistórica civilización de ese país, que perteneció más tarde al imperio de los incas, hasta el descubrimiento de América por los españoles, de quienes han heredado sus actuales habitantes, al decir de un publicista inglés, "el orgulo de raza y las bellezas del idioma".

Como es sabido, Bolivia tomó su nombre del apellido del "Libertador", que, tras de una serie de vicisitudes, afianzó su poder al quedar vencedor en la batalla de Ayacucho.

Recientemente se ha tributado en Madrid un solemne homenaje a la memoria de Simón Bolívar, al consagrársele en la capital de España un recuerdo perdurable, y en honor del caudillo existen monumentos en Caracas, la ciudad natal del general famoso, así como también en Lima, en el Parque Central de Nueva York y en Bogotá. Hay también medallas y condecoraciones que llevan su nombre, y en toda ciudad americana de importancia se encuentra alguna calle de Simón Bolívar.

Vivió el héroe cuarenta y siete años. Estudió leyes en Madrid, donde a la edad de diez y ocho años contrajo matrimonio con Teresa del Toro, y en unión de ella regresó a su país. Viudo a los veinte años, emprendió nuevo viaje a Europa, y permaneció en la capital de Francia por espacio de un lustro.

De regreso en Venezuela, vivió dos años en el mayor apartamiento, hasta que, iniciado en Caracas el movimiento revolucionario por la emancipación de Venezuela, marchó Bolívar a Inglaterra para comprar armas y solicitar el auxilio del gobierno británico, que le prometió guardar estricta neutralidad.

Cuando, al frente de un ejército poco numeroso, triunfó en una corta y muy difícil campaña, fué proclamado libertador y dictador de las provincias occidentales de Venezuela. Pero a poco, y con motivo de la pompa de que Bolívar se había rodeado, el pueblo exteriorizó cierto descontento contra su persona, y esto indujo a Bolívar a convocar una asamblea de ciudadanos notables, en la cual quiso renunciar el poder supremo, tanto civil como militar, que había asumido. Mas no le fué aceptada la renuncia.

Después de esto, una serie de reveses impulsaron a Bolívar a pedir al Congreso revolucionario de Nueva Granada que se le juzgase; pero, lejos de ello, le fué expresada la satisfacción producida por sus servicios a la causa de la independencia.

Mas la calumnia se cebaba en él, y al cabo le fué aceptada la dimisión del cargo. En la población de Santa Marta, y en el domicilio de un amigo suyo, Joaquín de Mier, falleció Bolívar el 17 de diciembre de 1830.

Murió tan pobre el héroe, que para amortajarle tuvieron que ponerle una camisa de aquel buen español que le prestó cobijo en los últimos días de su agitada existencia.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — **Buenos Aires**

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre $ oro	2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre „	„ 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año „	„ 8.00
N.° suelto	20 cts.	N.° suelto	25 cts.		
N.° atrasado	40 „	N.° atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo	$ 12.—	3.70
„ „ „ chico	„ „	„ 8.—	3.—
Tapas sueltas „ „ grande	„ „	„ 9.—	2.—
„ „ „ „ chico	„ „	„ 6.—	1.50

Una nueva Pompeya

Ruinas romanas en Túnez

En Túnez, en el camino de Susa a Sfax, se halla la población de El Yem, la antigua Tisdrus romana, cuyas ruinas ofrecen particular interés, porque puede decirse que constituyen los restos de una Pompeya africana. Sabido es que en el territorio tunecino estuvo situada la famosa Cartago, y que, conquistado por los romanos aquel país, se consideró una de las provincias de Roma, que fundó allí importantes ciudades, una de ellas la mencionada al comienzo, y que contiene las ruinas del coliseo, del foro, del templo de Séptimo Severo y otras que van apareciendo en sucesivas excavaciones. Una de las efectuadas últimamente ha dejado por completo al descubierto la columnata del foro. En la amplia plaza se elevaba el templo de referencia, al que conducía una calle enlosada, de la que igualmente se conserva una parte.

En Tisdrus, situada a 70 kilómetros al Sur de Hadrometo, Gordiano, general romano, de ochenta años de edad, fué proclamado emperador por las legiones que mandaba, en el año 238 de nuestra Era. Las dimensiones del anfiteatro de El Yem son considerables, y representan un término medio entre las del coliseo de Roma y las de las Arenas, de Nimes. El eje mayor externo del anfiteatro de El Yem mide 148 metros; el del coliseo de Roma, 187, y el de las Arenas, de Nimes, 132. Se compone el primero de tres arcos superpuestos y coronados por un atrio.

Indudablemente, toda la antigua provincia romana de Africa encierra extraordinario interés para los arqueólogos, ya que, además de esas ruinas, existen en Túnez las del templo de Bugga, pequeña ciudad situada al nordeste del Kef, templo que es uno de los monumentos más antiguos de Africa, porque acaso se remonta al siglo I de la Era cristiana; las de otro templo, el de las Aguas, o Nymphæum, de Zaguán, que se construyó en la época del emperador Adriano (siglo II de nuestra Era), templo desde el cual se conducían las aguas, por acueductos, a Cartago, distante de allí 46 kilómetros. También se conservan algunos arcos del acueducto de Adriano, que se extiende entre Zaguán y Cartago. Asimismo son dignos de mención tres templos y un arco de triunfo del tiempo de Constantino, restos únicos de la antigua Suffetula (hoy Sbeitla), que fué una gran ciudad en la época cartaginesa, así como también bajo la dominación romana, y llegó a ser más tarde la capital de un vasto Imperio que se extendía desde Trípoli a Tánger, y cuyo jefe, el patriarca Gregorio, fué vencido por los árabes en el año 647, con posterioridad al dominio del país por los vándalos, a quienes expulsó Belisario, y también después de haber pertenecido Túnez al Imperio de Oriente. Desde el citado año al 670 conquistaron los árabes toda el Africa septentrional, desde el Mar Rojo hasta Tánger, mandados por el general Sidi-Okba, quien, enardecido por el entusiasmo religioso y por el ansia de pillaje en comarcas aun ricas y poderosas, quiso establecer la capital del Imperio que acaba de conquistar en el centro de las tierras que había sometido, y fundó a Kairuán. Despreciando las grandes ciudades de zarzas y espinos, y habitada por serpientes y alimañas de toda clase. Según la leyenda, Sidi-Okba se volvió hacia los cuatro puntos cardinales, y, en nombre del Profeta, requirió a las bestias salvajes para que, en el término de veinticuatro horas, abandonaran aquel lugar. Se vió al punto salir de sus guaridas, para encaminarse al desierto, numerosas serpientes y otras especies de reptiles, así como otra multitud de animales feroces, y cortados zarzas y espinos, se levantó Kairuán, donde el general árabe fundó una mezquita que lleva su nombre, para construir la cual se utilizaron los magníficos materiales empleados por los romanos en Hadrometo.

Dependió primero el país del califato de Oriente; pero, en el año 800, Ibrahim Ben-Aglab, se erigió en príncipe hereditario. En 908 los aglabitas fueron substituídos por los fatimitas, y en el siglo XII dominaron el territorio los almohades. Más tarde, en el siglo XIII, y por espacio de varias centurias, fué el reino de Túnez nido de piratas, que frecuentemente ponían en grandes aprietos a los puertos cristianos de Italia y de España, lo que motivó la expedición punitiva mandada por el propio emperador Carlos V, cuyas tropas derrotaron al famoso pirata Barbarroja.

Desde las guerras púnicas hasta que Francia impuso su protectorado en Túnez, de cuántos históricos hechos han sido testigos esas ruinas que van resurgiendo de entre el polvo sobre ellas acumulado en parte por tantas sangrientas batallas, que diezmaron inhumanamente nuestro planeta.

Huevos bordados

Así, como lo oyen ustedes. No se trata de un plato de cocina con un nombre caprichoso inventado por cualquier "chef" vulgar o exquisito gastrónomo. Nada de eso. Son verdaderos huevos de gallina y otras aves de corral, bordados con aguja y seda.

Estos caprichos han sido el asombro de los que han visitado la Casa de Alsacia en la Exposición de Artes decorativas.

Imagínense nuestros lectores un huevo que ha sido agujereado por una aguja mil, dos mil veces, taladrado, hecho una criba con agujeritos de menos de medio milímetro de diámetro sobre los que el decorador hacía pasar hebras de seda de todos colores, teniendo cuidado de que no se viera un solo nudo, y obteniendo los dibujos más caprichosos y artísticos.

Este bordado es como el de los mantones de Manila, lo mismo por el interior que por el exterior. Ninguna hebra atraviesa el huevo de parte a parte.

Algunos de éstos, durante el curso de este trabajo de benedictino, tan delicado, se han roto, y ha habido veces que para conseguir uno terminado, el artista ha tenido que empezar la operación 23 veces.

Si los huevos están en Alsacia al precio que aquí, el paciente artista se ha debido dejar en los numerosos que presenta en su colección y los mucho más numerosos que se le han roto, una fortuna, una vida y una paciencia ilimitada.

¡Y luego hablan de los chinos!

La colección ya tiene un comprador, que está dispuesto a dar por ella una fortuna.

Un yanqui, naturalmente.

Tonada

Frescas sombras de sauce, vidita,
me brindan tus miradas;
airecito 'e la sierra
son tus palabras.

Verdor de los naranjos, vidita,
son tus promesas
que, cuartiando esperanzas,
a mi alma yegan.

Dulzor de chirimoyas
tienen tus labios;
cada vez que los veo, vidita,
me tienta el diablo.

A la par que oloroso,
tu amor es áspero,
como el cedrón que cura
males y daños.

Y como agua que baña
campos resecos,
al riego 'e tus ternuras,
florecen besos.

Epifanio OROZCO ZARATE.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. AMADEO NATALE
Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735—U. T. 7382, Av.

Dr. JUAN E. CARULLA
Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas
Méjico 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. VICTOR MORASCHI
OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL OFTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 ½
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. ALBERTO T. BARRAGAN
DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 Sáenz Peña 216
U. T. 38 Mayo 6837

Dr. A. R. ZAMBRINI
Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y oídos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. JORGE I. DEL PIANO
Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hospital San Roque.
Asistente a la clínica del profesor Sebileau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 — U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. ALEJANDRO PINTO
MÉDICO CIRUJANO
Ex Practicante Interno de los Hospitales San Roque y de Niños de la Capital Federal. — Señoras y Partos.
Bmé. MITRE 1272 Adrogué

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO
Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas de 3 a 5 p. m.
Unión Telef., 5728, Juncal

Leyendas guaraníes

POR

ERNESTO MORALES

EN este libro, el alma de la vieja raza guaraní florece en forma de narraciones llenas de color legendario y emoción dramática.

Obra única en su género, de ella puede decirse que, por primera vez en nuestra literatura, se da vida artística a tradiciones que hasta ahora sólo habían interesado a los eruditos.

PRECIO: $ 2.50

En todas las librerías

Dos libros

de

Adolfo Vázquez-Gómez

NUEVOS RUMBOS EDUCACIONALES

Con un prólogo del

Doctor ANTONIO SAGARNA

Ministro de Justicia e Instrucción Pública

Precio: $ 2.--

El país del prodigio

(Crónica y comentarios de un viaje a través del Brasil)

Precio: $ 1.50

De venta en Harrod's, Gath & Chaves, en las librerías "del Colegio", "El Ateneo" e "Hispano-Americana", Rivadavia 581 y en los principales establecimientos del ramo.

En La Plata: Librería "La Normal", Avenida 7 número 1119.

Editor: Carlos VÁZQUEZ BARRIO
FORMOSA 471 BUENOS AIRES

INTERESA SOLO A LAS SOLTERAS

Maruja está de novia

POR

CARLOS C. SANGUINETTI

Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573, Bs. Aires, y en las principales librerías.

Precio $ 2.00

PAPEL Y TINTA

Miedo, por Roberto A. Ortelli

He aquí una serie de cuentos de este joven escritor cuya fibra queda de hecho demostrada, pues en ellos mezcla la observación a la claridad de una bonita prosa.

Sus cuentos guardan un dejo de amargura, algo trágico. Se ve que el autor ha vivido escenas lóbregas y fantásticas, propias de temperamentos alucinados.

"Miedo" reúne muchas condiciones que lo hacen estimable y una de ellas es la originalidad, marcada en grado sumo.

En efecto, este volumen es bello y señala en su autor un futuro escritor de fibra, observador y emocionable.

El puñal de Orión, apuntes de viaje, por Sergio Piñero (hijo)

En estos apuntes de viaje del señor Piñero, resalta la observación como una parte esencial de la obra.

El alma del lector que se profundice en los pasajes que nos retrata el autor, le parecerá sentir ese ambiente, gozar con sus protagonistas y unificarse a la belleza maravillosa de los paisajes de la costa Sur.

Un estilo claro y fácil, una armonía interior, una emoción sutil, se escapan de estas páginas vividas y sentidas que el señor Piñero ha escrito con espíritu y pensamiento, con observación y aliño.

De las obras escritas últimamente, de esta índole, marca ésta, un gran valor, pues ella toda es exquisita por el sentido que encierra y por la emoción que le ha dado su autor.

"El puñal de Orión" es un libro muy interesante.

F. B. V.

La víspera del buen amor, poesías de Horacio Rega Molina

Es una emoción suave y sutil como un perfume delicado y severo, al propio tiempo, la que deja trasuntar la lectura de este libro. Tiene el encanto indefinible que se escapa de las producciones en las que con una pequeña suma de elementos simples, se obtiene sin embargo, un resultado halagador, y ello, hoy como ayer y como siempre, sólo se consigue cuando el autor hace algo más que barajar consonantes y ajustar métricas. Es la cualidad dominante, y lo que más llama su atención, desde luego, la suavidad y ternura de sus estrofas, que, sin embargo, no caen en la puerilidad. Son cosas simples y agudas—si cabe la dualidad—las que dice en un lenguaje sencillo que esconde una composición compleja.

Los versos de Rega Molina que huyen felizmente de las escuelas sospechosas, están plenos de un sentimiento evocador de los momentos sencillos de la vida y posee un arte tan experimentado —en ese sentido,—que logra apoderarse de la sensibilidad del que lee. El ingenio en el manejo de las frases, campea en buena parte de sus composiciones.

¿Es lo bastante original "La víspera del buen amor"? Mucho nos tememos que no, pero, para compensar cualquier falla nos hallamos con un buen conjunto de cualidades positivas.

Ultimamente, ocupándonos del libro "Glosario lírico", de Alfredo D. Ferreira, prometedores—al mismo tiempo—de la joven generación argentina, justificábamos la parte considerable que en los poetas tiene el dolor como fuente de inspiración. En el libro de Rega Molina también lo encontramos como motivo general, aunque con la característica de ser este un dolor reconcentrado, diluído en suavidad y mansedumbre.

De las obras anteriores de este poeta, sólo conocemos "El poema de la lluvia", y podemos afirmar con satisfacción que en "La víspera del buen amor", el autor se supera a sí mismo.—*R. de Castro Esteves.*

El túnel submarino, novela de aventuras, por el capitán Luigi Motta.- Editorial Maucci, Barcelona (España)

Luigi Motta ha querido en esta hermosa obra, llevar de la mano a los lectores a parajes y regiones donde, hasta ahora, sólo había penetrado el ojo y el pensamiento de los hombres de ciencia más eminentes: el fondo del mar. Toda la novela, puede decirse que se desarrolla en el fondo del Océano, el escenario misterioso de todas las leyendas y de todas las fábulas. ¿Quién no recuerda esos cuentos de hadas, que nos contaron de niños, o que leímos cuando aprendíamos a deletrear, donde las sirenas y los personajes marinos jugaban un papel tan encantados y tan interesante?...

Y este es el escenario y los personajes de "El túnel submarino". Sin ser sirenas, sin ser Neptunos, surcan el fondo de los mares, maravillando a los lectores por sus aventuras extraordinarias, sus hallazgos asombrosos, sus excursiones a través de la región encantada de las algas, de los peces y de los bosques submarinos. La antigua Atlántida surge de varios capítulos de "El túnel submarino" con una riqueza de evocación que acredita a Luigi Motta de ser un novelista formidable. Conforme vamos recorriendo con el autor el escenario maravilloso de la obra, asistimos a escenas de ese mundo obscuro que vive debajo de las ondas, y que nuestra imaginación, aun la más volcánica, no pudo nunca sospechar: son valles donde surge una vegetación paradisíaca, con árboles de colores, con formas caprichosas, donde las flores, las ramas y las hojas, parecen seres vivos; son montañas cubiertas de estrellas de mar, de árboles o de algas gigantescas, son cuevas por donde asoman los monstruos submarinos, o colinas de semisombra, donde viven millones de peces, que huyen a nuestro paso, o nos atacan con valentía y audacia increíbles... Y luego, los misterios de los fondos fabulosos de los Océanos, los fondos abismales, donde ya no hay luz, ni movimiento, ni apenas vida, con sus extraños seres, casi todos ciegos y adoptando formas rarísimas..., y los misterios de las corrientes submarinas, que arrastran cuanto encuentran a su paso, y los misterios de las naves muertas, caídas en las soledades acuáticas y que sirven de refugio a los extraños habitantes del mar...

Nada deja que desear la traducción de esta obra, que está hecha por el celebrado escritor don Antonio Guardiola.

Almanaque Gallego

Lujosamente impreso e ilustrado con numerosos grabados, acaba de ponerse en circulación el volumen XXIX, correspondiente al año 1926, de esta antigua e interesante obra que dirige el conocido escritor y periodista don Manuel de Castro López.

Como es de práctica, un núcleo de distinguidos escritores gallegos colaboran en las páginas de la publicación que nos ocupa, ofreciéndose en ella un nutrido y variado conjunto de selecto material literario, que hace sumamente amena e interesante la lectura de la misma.

OBRAS DE

Carlos Correa Luna

Historia de la Sociedad de Beneficencia

(1823-1852)

$ 3.50

Don Baltasar de Arandia

$ 2.50

LA INICIACION REVOLUCIONARIA. EL CASO DEL DOCTOR AGRELO—UN CASAMIENTO EN 1805 —LA VILLA DE LUJAN EN EL SIGLO XVIII— ANTECEDENTES PORTEÑOS DEL CONGRESO DE TUCUMAN.

A $ 1.— el ejemplar

En todas las librerías y en la administración de FRAY MOCHO, Bolívar 879. Buenos Aires.

¿Quiere usted pasar unas horas divertidamente sin necesidad de ir al teatro?

LEA

PEDRÍN

BROCHAZOS PORTEÑOS

POR

FÉLIX LIMA

se encuentra en venta en las librerías del centro, en Gath y Chaves, en la administración de FRAY MOCHO, Bolívar, 879, y en todos los quioscos de las estaciones de ferrocarril de la República.

Precio: $ 2.50

EL FOOTBALL EN EL RÍO DE LA PLATA

POR ERNESTO ESCOBAR BAVIO

"Antiguo cronista de sports de "La Nación""

En 360 páginas, la historia completa del popular sport en el continente, desde el año 1893, hasta la actualidad.

Adquiera un ejemplar en: Editorial Sports, Bolívar 879; Gath y Chaves, Cangallo y Florida; Jorge G. Brown y Cía., Cangallo 684; Librería Peuser, San Martín y Cangallo; Barbera, Matozzi y Cía., Esmeralda 332; Librería Moen Balder, Florida 431.

Precio del volumen: 3 pesos

Los pedidos del interior deben ser acompañados, además, de 0.30 para el franqueo certificado.

Una fuente de energía gratuita e inagotable

Las olas del mar, al servicio de la industria

No hay que confundir el problema de la utilización de las olas con el de la utilización de la marea. Este último, teóricamente, es muy simple: un dique, sumergido por el alta mar, constituye, con las rocas de la costa, un embalse, que se llena en la marea alta y que, al vaciarse en la baja, acciona sobre turbinas.

El problema, cuando se trata de las olas, es muy diferente y parece de más fácil solución que el precedente; pero no hay que dejarse impresionar por el espectáculo de un mar alborotado, y pensar que si la fuerza que se desencadena hacia la costa pudiera ser regulada y utilizada, el hombre dispondría de una fuente inagotable de energía. Esto sería un grave error, porque, de una parte, el "desencadenamiento" del mar es muy irregular, y, por otra, ningún órgano mecánico podría resistir a algunos choques, extremadamente violentos, de las olas. Se trata aquí de la utilización de las olas que podríamos llamar normales y que rizan el mar alrededor de trescientos días por año. Este es el problema que acaban de estudiar dos técnicos franceses, Pinard y Sala, sobre las costas argelinas.

Son varios los sistemas ya ensayados de utilización de la fuerza de las olas, y que han sido desechados. Se pueden clasificar en cuatro grupos: los sistemas de batientes, de flotadores, de aire comprimido y de plano inclinado. En el primer sistema, unas hojas de madera, batidas por las olas, accionan con su movimiento de vaivén sobre una rueda de dientes encorvados, la cual produce la rotación de un eje de transmisión; en tiempo medio o de calma, la fuerza es insignificante, si no nula; durante la tempestad, ésta hace trizas los batientes.

Los diversos sistemas de flotadores tienen por objeto transformar el movimiento lateral de las olas en impulso vertical; si los flotadores ofrecen una gran superficie aprovechan mejor el poder de propulsión de las olas; pero, si el mar está alborotado, oponen a las olas fuertes un mayor cambio de choque, que los destruye; si su superficie es reducida, resisten más tiempo a los embates de las olas, pero no recuperan más que una energía insignificante.

Ante estas dificultades, algunos inventores pensaron en utilizar el aire comprimido por el empuje de las ondas en campanas instaladas convenientemente sobre el mar; la ola efectúa al levantarse una compresión de aire en la campana; este aire es conducido, por medio de un tubo, a las paletas de una turbina; la rotación se efectúa en sentido diverso cuando la onda, al retirarse, aspira el aire exterior en la campana. Desgraciadamente, en tiempo de calma, la extrema compresibilidad del aire bajo las débiles presiones hace casi nula la recuperación de energía; por el contrario un mar alborotado provoca unos golpes de aire que destruyen los tubos y las turbinas.

El último sistema, el del plano inclinado, no es mucho más utilizable; consiste en hacer subir la ola por un plano inclinado cuya cúspide, más alta que el nivel del mar, va a caer sobre un embalse; el contenido de este último, al verterse en el mar por un canal derivado, mueve unas turbinas. Pero en tiempo medio, las olas no tienen la fuerza necesaria para trepar por el plano inclinado, de gran pendiente; la gravitación utilizable entre el nivel del embalse y el de la mar será, pues, muy débil; además, el nivel del mar no está nunca fijo, y el menor desplazamiento periódico de este nivel deja a la instalación fuera de servicio.

Buscando la solución de estas dificultades, los señores Pinard y Salas llegaron a imaginar un curioso sistema. Su dispositivo tiene una especie de embudo que se abre ampliamente al mar y va estrechándose para terminar por una chimenea ligeramente curvada hacia arriba. La ola se engolfa en el embudo, y el agua, canalizada y estrechada progresivamente por las paredes cónicas, aumenta su velocidad, sale por el tubo y va a impulsar las paletas de una turbina. Claro es que el movimiento de rotación así obtenido es intermitente; se puede hacer continuo por la reunión de varias turbinas alimentadas por otros tantos embudos. La mejor disposición es la forma de X, de 40 metros de profundidad, longitud media de las olas en la costa argelina; el líquido actuando con el embudo pasa luego al canal, por donde, después de haber movido las turbinas, retorna al mar. El coste de instalación es de 50.000 francos por una potencia de 92 caballos. La Memoria detallada, presentada por los inventores a la Sociedad de Fomento de la Industria Nacional, de Francia, ha despertado el interés de todos los especialistas de estas cuestiones.

De desear es que el nuevo sistema, que representa una fuente de energía inagotable, sea de segura y positiva eficacia.

DESDEMONA

El director.—*Me ha sido usted recomendado por mi amigo el académico señor Chopart, que tiene intereses en mi teatro y que sabe el gusto con que acojo las producciones de los jóvenes de talento. La obra que usted me ha entregado, y que he leído, es una joya; mejor dicho: una obra maestra. No vacilo. Está aceptada y se estrenará.*

El autor.—*¡Oh, señor director! ¿Cómo agradecer...?*

El director.—*Nada de gracias. Lo que hago es en beneficio del arte francés. Su tragedia* Desdémona *será clásica.*

El autor.—*Es usted demasiado amable.*

El director.—*Nada de eso. Yo sé lo que digo. No me engaño nunca, excepción hecha del último estreno, que ha sido un fracaso. Y es que el público no está por la tragedia. Al principio todo fué bien, porque creía la gente que se trataba de una obra con truco; pero en cuanto se enteró de que el asunto era la persecución de Mario por los soldados de Sylla, nadie ha vuelto a poner los pies en mi teatro. Repito que el público no está por la tragedia.*

El autor.—*¿Entonces...* Desdémona*?*

El director.—*Para eso precisamente le he mandado venir. Tengo que indicarle a usted algunas modificaciones que hay que hacer. Nada de esencial, por supuesto; variaciones de detalle nada más. Por lo pronto, no le llamaremos tragedia. Sería una torpeza. Y luego cambiaremos el título. Es una cuestión de mucha importancia que yo cuido principalmente. Tengo un título que suena muy bien:* Sangre y voluptuosidad. *¿Qué tal? ¿No está mejor que* Desdémona*?*

El autor.—*Sí...; pero no veo la relación...*

El director.—*¡Cómo se ve que es usted joven! Un título no tiene que tener la menor relación con la obra. Eso es elemental para un hombre de teatro. Otra cosa. Cinco actos en verso es demasiado. La obra terminará en el tercero.*

El autor.—*¿Pero... y la acción?*

El director.—*Ganará al ser reducida, créame usted, a mí. Conozco mi oficio y el gusto del público. Luego tendremos que llevar a la obra un poco de alegría. Su* Desdémona *es demasiado triste. Llora sin cesar y muere. Nada de muertes en mi teatro. Estoy muy escarmentado.*

El autor.—*¡Pero usted comprenderá que no puedo hacer que* Desdémona *se case con Cassio o con Yago!*

El director.—*Césela usted con quien quiera, eso me tiene sin cuidado. Lo que hace falta es que la obra termine bien y con un coro final que arrebate.*

El autor.—*¿Un coro? ¿Pero quiere usted que mi obra tenga música?*

El director.—*¡Naturalmente, puesto que su* Desdémona *va a ser una opereta titulada* Sangre y voluptuosidad! *Será preciso también modificar los versos. Son muy largos, y quiero que la función termine a las once y media, a causa del Metro y de los gastos de alumbrado. No me va usted a decir que es difícil acortar los versos. Por ejemplo, este verso que dice:*

"De tus ojos que alumbran con
bellos resplandores."

puede decirse con mayor alegría y hasta con un estribillo gracioso. Una cosa así:

"Tus ojillos pequeños,
llenos de picardía.
Pícaros, pícaros, picarones."

El autor.—*Yo no sabré nunca hacer esas cosas, caballero.*

El director.—*¡Pero usted quiere estrenar o no? Yo adoro la literatura, comprendo su belleza; pero tengo que cuidarme de los intereses materiales que represento. Es preciso que gane dinero, que recupere las pérdidas del último estreno. Sólo el baile ruso que he contratado para su obra me cuesta mil quinientos francos diarios.*

El autor.—*¿Un baile ruso? ¿Para qué? ¡Si la acción ocurre en Venecia!*

El director.—*No se ocupe usted de eso, que es cuestión mía. Sé lo que necesita una obra para gustar. Tome el manuscrito y tráigamelo mañana corregido. Tres actos, cuplés y alegría... Tengo el músico.*

El autor.—*Lo intentaré.*

El director.—*¡Y lo logrará usted, qué demonio! Su* Desdémona *es demasiado llorona. Corrija usted eso. La Mistinguett hará el papel. ¡Ah! Se me olvidaba lo principal. El libro lo firmará el académico Chopart.*

El autor.—*¡...!*

El director.—*¡Pero, joven, si lo hago por su bien! Si la obra fracasa, su reputación queda intacta.*

El autor.—*¿Y si es un éxito?*

El director.—*Si es un éxito le pido a usted otra obra. ¡Qué exigentes son estos autores jóvenes!*

RENE DUBREUIL.

El doctor nos aconseja para no estar gordos ni delgados

"La obesidad y la delgadez reconocen la misma causa: la lentitud en la nutrición." Esto es lo que siempre se ha dicho. Pero hoy las ciencias adelantan... Hoy se sabe que en estas enfermedades (porque enfermedades son delgadez y obesidad) juegan importante papel las glándulas endocrinas. ¿Qué es una glándula endocrina? Es una glándula interna, oculta en el organismo, y que segrega una substancia necesaria a la vida: la glándula tiroide, las suprarrenales y otras.

Cuando una de estas glándulas o varias de ellas conjuntamente segrega de una manera insuficiente, se siguen en el individuo trastornos diversos. Esto ocurre en los gordos y en los delgados.

Esto sentado, el tratamiento de la delgadez y el de la obesidad no son lo que se cree vulgarmente. No basta comer más en el primer caso, y reducir la alimentación en el segundo. Hay que añadir a ésta las substancias glandulares que faltan, y que reclama el organismo. A esto responde la opoterapia, método medicinal que hace ingerir al flaco y al obeso los extractos glandulares que le son necesarios.

En resumen: dosificación de la ración alimenticia, reposo en el delgado, ejercicio en el obeso y la opoterapia son la base del tratamiento general de la obesidad y la delgadez. Cada caso es un caso particular, que ha de ser estudiado aparte. No hay enfermedades, como decía un ilustre doctor, sino enfermos. Cada delgado tiene una delgadez que le es propia, y cada obeso, una gordura que le es personal.

La caza de la jirafa

En la llanura africana aparece de repente una monstruosa jirafa, una madre con la cría. La madre ve a los cazadores, y huye; la cría permanece atontada, contemplando unos seres que jamás vió. Los cazadores no pueden hacer nada; está prohibido matar las crías, pero, poco después, al cabo de una hora de oteo, los cazadores dan con un grupo de ocho de estos animales. El jefe del rebaño, un macho gigantesco, avanza para inspeccionar el grupo de hombres y avanza hasta ponerse a tiro de fusil. Suenan los disparos, el grupo emprende la huida y a los pocos pasos el enorme macho cae pataleando, herido de muerte.

Los negros corren, llegan y le rodean sin ponerse al alcance de sus largas patas. Un nuevo tiro, el tiro de gracia, suena: el gigantesco animal cesa de patalear y los negros, cuchillo en mano, se arrojan sobre la pieza y empiezan a desollarle.

El empedrado de las calles

Hasta seiscientos años después de la fundación de Roma no se conoció en la Ciudad Eterna ninguna clase de empedrado. El historiador Isidro asegura que los cartagineses fueron los primeros que empedraron las calles de sus principales poblaciones.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

ESTÍMULO AL BUEN TEATRO NACIONAL

El Honorable Concejo Deliberante, por iniciativa del concejal socialista señor Manacorda, acaba de sancionar la siguiente ordenanza, con el propósito de fomentar el buen teatro nacional:

Artículo 1.º—Institúyense premios anuales de estímulo a los teatros de prosa de elenco nacional que durante el año hayan desarrollado los mejores repertorios, que serán adjudicados de acuerdo con las condiciones establecidas en la presente ordenanza.

Art. 2.º—Los premios serán tres. Un primer premio consistente en la devolución total a la empresa teatral de todos los impuestos abonados durante el año, y dos segundos premios consistentes en la devolución del 75 % de los mismos impuestos.

Art. 3.º—Para optar a tales premios es necesario que durante la temporada principal, que no podrá ser inferior a seis meses, se hayan representado obras de alto nivel artístico y cultural, debiendo ser más de la mitad de éstas de autores nacionales o extranjeros con no menos de un año de residencia en el país, inmediato a la presentación de las obras.

Art. 4.º—Las compañías o empresarios de compañías teatrales que aspiren a obtener estos premios deberán presentarse, al finalizar cada año, ante el Jurado que se instituye por el artículo 5.º, con una nota donde se especifique todas las obras llevadas a escena en su teatro, número de representaciones de las mismas, como también ocho ejemplares de cada una de ellas. La fecha de presentación vence el 31 de enero.

Art. 5.º—El Jurado encargado de discernir los premios se constituirá anualmente en la forma siguiente: un escritor designado por el intendente, dos escritores designados por el H. Concejo Deliberante, un representante de la Facultad de Filosofía y Letras y un representante del Círculo de la Prensa. Este Jurado actuará bajo la presidencia del intendente municipal.

Art. 6.º—El Jurado iniciará sus tareas el 15 de febrero de cada año, debiendo expedirse antes del 15 de abril. En la apreciación del repertorio el Jurado se ajustará a un criterio de calificación artística, con prescindencia absoluta del género y de las tesis de las obras.

Art. 7.º—El fallo requerirá la mitad más uno de sus miembros y en ningún caso podrán los premios ser declarados desiertos. Si vencido el plazo señalado en el artículo anterior no se hubiese logrado veredicto con esa mayoría, el Jurado deberá expedirse en la primera quincena de mayo, adjudicando los premios por orden de simple mayoría de sufragios.

Art. 8.º—Pronunciado el veredicto, el fallo será dado inmediatamente a publicidad y los premios serán entregados dentro de los 30 días posteriores, juntamente con un diploma subscripto por los miembros del Jurado.

Art. 9.º—Si la Facultad de Filosofía y Letras o el Círculo de la Prensa no designasen a tiempo sus representantes, el Jurado quedará constituído por los demás miembros que señala el artículo 5.º

Art. 10.º—El gasto que demande el cumplimiento de la presente ordenanza se imputará a la partida de ordenanzas especiales de los presupuestos respectivos.

Art. 11.º—El D. E. reglamentará la presente ordenanza.

ARATA Y MORGANTI EN LA PRÓXIMA TEMPORADA

El Apolo será ocupado en marzo por un conjunto de género chico que encabezarán los conocidos actores Luis Arata y Carlos Morganti, binomio de reciente formación que goza de merecidos prestigios en nuestro público.

Arata, excelente actor cómico, hace dos años que no actúa en la capital, y en este lapso ha realizado sensibles progresos en su arte, obteniendo muchos éxitos en los escenarios de provincias. Es un actor muy eficaz, de una vis cómica fácil y espontánea, y que se impone al público sin mayor esfuerzo. Basta recordar su actuación en el Nacional, para acreditar sus valores. Es, sin duda, una de las mejores figuras del teatro criollo de género chico.

Morganti, cuyas temporadas en el Maipo aún se recuerdan, es otro artista simpático, joven y dotado de muchos recursos. De una comicidad distinta, de otro género, no es menos eficaz que su compañero de escena, con quien compartirá la responsabilidad de los papeles más importantes.

Ha quedado, pues, despejada la incógnita del Apolo y el público recibirá con regocijo la reaparición de Arata y su alianza con Morganti. El conocido sainetero Alberto Novión actuará como director artístico.

CARRERAS EN EL TEATRO

Hay que agregar una pieza más a la lista de obras turfistas estrenadas en nuestros teatros, que se inició, si mal no recordamos, con "El caballo de Bastos", de Saldías, hecha conocer años atrás por Casaux, con ruidoso éxito. Ocurrió lo mismo que con las piezas de cabaret: visto el éxito de las primeras, los autores se dedicaron a explotar el tema hasta el cansancio.

Con "Los misterios del turf", recientemente estrenada por la compañía de Muiño, en el Buenos Aires, su autor, don Federico Laguzzi, renueva sin remozarlo el asunto de obras del mismo jaez. Los entretelones del turf interesan a muchos aficionados, por no decir a todos. No por trillado, deja de ser dificultoso trazar cuadros y reproducir el ambiente. El señor Laguzzi lo hace con fidelidad fotográfica, revelando condiciones estimables que han de acentuarse en otros ensayos futuros, si insiste en la literatura escénica.

"Los misterios del turf" gustó al público, que rió de buena gana con el tipo encarnado por Muiño graciosamente. El estreno fué recibido con aplausos, que alcanzaron al autor.

PRÓXIMO TRASLADO AL BUENOS AIRES

Según se anunciaba, ocupará esta sala el conjunto de teatro realista que viene actuando en el Argentino, bajo la dirección de "El duende de la colegiata". Ello ocurrirá en la semana en curso, si es que no ocurrió en estos últimos días, precipitando aquel conjunto el cierre de su "season".

PARRA, TURFMAN

El popularísimo bufo don Florencio Parravicini, hombre múltiple y multiplicado, espíritu inquieto como pocos, acaba de revelar un nuevo aspecto de su poliédrica personalidad desconcertante, perturbadora y siete veces simpática.

Parra se ha hecho propietario de un noble bruto que se denomina Zorro Gris, hermoso animal de gran origen que, según los entendidos en materia turfística, ha de proporcionar a su dueño muchas satisfacciones durante su campaña por las pistas.

Por el momento, Zorro Gris es la mayor preocupación del grande artista, quien ha declarado en las páginas de un colega que se dispone a conquistar con su caballo el "Gran Premio Nacional", el más importante que ófrece el Jockey Club, pues tiene la prima de cien mil pesos al ganador.

No sería difícil. Parra es capaz de realizar las cosas más sorprendentes, en la escena y fuera de ella. Zorro Gris puede salir mejor que Botafogo, ya que su propietario no ha conocido en la vida valla insalvable. A los deseos de Parra unimos los nuestros, para que el animal triunfe en aquella gran carrera.

DEMOSTRACIÓN A SUPPARO

Esta noche se llevará a cabo en el Nacional el homenaje que tributan las gentes de nuestra farándula al viejo y prestigioso director de escena, señor Atilio Supparo, con motivo de cumplir sus bodas de plata con la escena.

La sala de la calle Corrientes ha de verse llena de público y la demostración ha de revestir proporciones, pues se han adherido a ella todos los componentes de la numerosa familia teatral.

La Sociedad Argentina de Autores le obsequiará con una medalla de oro, quedando a cargo del autor señor José Antonio Saldías el discurso de circunstancias en la función de esta noche. Terminada ésta, los adherentes al homenaje se congregarán en el salón Doré, sirviéndose un banquete en honor del señor Supparo, en cuyo acto hará uso de la palabra el conocido autor, señor Claudio Martínez Payva.

ZANETTA, EN EL VARIEDADES

El popular actor del Boedo, después de larga actuación, abandonó su familiar escenario y acaba de presentarse en el Variedades con un conjunto formado casi con los mismos elementos que le acompañaban en aquél.

Las familias del barrio Constitución recibieron con simpatía su debut, y si su majestad el Calor no se opone, es posible que Zanetta realice una buena temporadita en el pequeño teatro recientemente enajenado por los hermanos Gerino.

OPINIÓN

—¿Qué opina usted del calor?

—Que se porta con ciertas compañías, como éstas se lo merecen: las disuelve como helados.

DEBUTO DE PERELLI

Se presentó en el Sarmiento la compañía nacional encabezada por los esposos Milagros de la Vega y Carlos Perelli, que cultivará el teatro grandguignolesco y el sintético, durante el verano.

Fueron estrenadas con buena aceptación la pieza en dos actos "A Santa Lucía", de Julio D. Rodríguez, y el sainete en dos cuadros de Eleodoro Peralta, "Mujeres de cabaret".

En el próximo número haremos alusión a las mismas.

LA TESADA

En la semana anterior ha debido debutar en el Liceo el conjunto capitaneado por la primera actriz Angela Tesada, que se dispone a actuar en dicho escenario representando obras de teatro sintítico. Para mayor atractivo, la dirección de la compañía ha organizado un concurso de piezas de esa calificación, en un acto.

NUEVOS FALLECIMIENTOS TEATRALES

La necrología escénica registra dos nuevos decesos de temporadas veraniegas: la del Ateneo, que hacía la compañía Olarra-Bohuier, y la del Nuevo, donde Pepe Podestá no pudo contener, como otros años, el poder ascensional del mercurio... Esta vez, la partida venció a Juan Moreira, el viejo gaucho matrero que fué ídolo de nuestros antepasados.

GRAND SPLENDID

Pese a los calores achicharrantes que sufrimos la semana pasada, las funciones efectuadas en este hermoso cine se han visto concurridas de numeroso público. Las familias que aún no han organizado su veraneo, cuentan con una sala como esta que satisface todas las exigencias de los gustos modernos, por su ventilación y su amplitud. Por lo demás, las bellas películas que se exhiben hacen olvdiar los rigores de la canícula.

CAPITOL

Para la semana en curso, el cartel de este acreditado cinematógrafo será cubierto con notables películas que han de atraer mucho público selecto, que es el "habitué" de esta bonita sala.

BALAZOS EN EL ARGENTINO

El viejo periodista uruguayo Enrique Crosa estrenó en el teatro Argentino "Quiero un hombre", boceto de comedia en el que hay partes dignas de elogio y errores fundamentales que hacen de la obra un producto híbrido de escaso mérito. Los actores Carmen Méndez, Ricardo Passano y Ceferino Fernández, interpretaron con acierto esta producción que, a pesar de sus defectos, fué aplaudida.

SE ESTRENÓ EN EL MAYO

La compañía de Julio Sanjuán ha debido estrenar en la pasada semana una pieza de Antonio Paso y Antonio López Monís titulada "Mujercita mía". Nos ocuparemos de este estreno en el número próximo.

LAS REVISTAS DEL AVENIDA

Continúa el éxito de las revistas "Dónde vas con mantón de Manila" y "Metele al ventilador", que tan señalada buena acogida obtuvieron el día de su estreno. Los elementos que actúan bajo la dirección del maestro Devalque ponen un caluroso empeño, propio de la estación, en mantener la temporada sin que decaiga el interés del público, y parece que hasta ahora lo están consiguiendo.

ESTRENO EN EL MAIPO

Fué puesta en escena en este teatro una nueva revista de los autores de la casa, titulada "Labios pintados". A constituído un buen éxito, del que nos ocuparemos en la edición de la semana próxima.

SIGUE LA MÚSICA

En el Marconi continúa la ópera que dirige el maestro De Angelis. La incorporación de la soprano María Palmieri, el tenor Salvador Santorelli y el barítono Fernando Traverso han dado interés especial a las últimas representaciones.

CANTO Y BAILE EN LA COMEDIA

En este teatro se canta y se baila y se divierte al público con un espectáculo honesto e interesante, en el que abundan los números españoles.

DEL BUEN TEATRO ESPAÑOL

Escena 5.ª del acto II de la comedia "El sí de las niñas", de don Leandro Fernández de Moratín.

Don Diego (entrando).—¿Y doña Paquita?

Doña Irene.—Doña Paquita siempre acordándose de sus monjas. Yo le digo que es tiempo de mudar de bisiesto y pensar sólo en dar gusto a su madre y obedecerla.

Don Diego.—¡Qué diantre! Con que tanto se acuerda de...

Doña Irene.—¿Qué se admira usted? Son niñas... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad así tan...

Don Diego.—No, poco a poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo más enérgicas y decisivas que en la nuestra; y por cuanto la razón se halla todavía imperfecta y débil, los ímpetus del corazón son mucho más violentos... (asiendo de una mano a doña Francisca la hace sentar inmediata a él). Pero de veras, doña Paquita, ¿se volvería usted al convento de buena gana?... La verdad.

Doña Irene.—Pero si ella no...

Don Diego.—Déjela usted, señora, que ella responderá.

Doña Francisca.—Bien sabe usted lo que acabo de decirle... No permita Dios que yo la dé que sentir.

Don Diego.—Pero eso lo dice usted tan afligida y...

Doña Irene.—Si es natural, señor. No ve usted que...

Don Diego.—Calle usted por Dios, doña Irene, y no me diga a mí lo que es natural. Lo que es natural es que la chica esté llena de miedo, y no se atreva a decir una palabra que se oponga a lo que su madre quiere que diga. Pero..., si esto hubiese. por vida mía, que estábamos lucidos.

Doña Francisca.—No, señor, lo que dice su merced, eso digo yo; lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

Don Diego.—¡Mandar, hija mía!... En estas materias tan delicadas, los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan, proponen, aconsejan; eso sí, todo eso sí, ¡pero mandar!... ¿Y quién ha de evitar después las resultas funestas de lo que mandaron?... ¿Pues cuántas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas verificadas solamente porque un padre tonto se metió a mandar lo que no debiera!.. ¡Eh!, no, señor, eso no va bien... Mire usted, doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura ni mi edad son para enamorar perdidamente a nadie; pero tampoco ha creído imposible que una muchacha de juicio y bien criada, llegase a quererme con aquel amor tranquilo y constante que tanto se parece a la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo, no he ido a buscar ninguna hija de familia de esas que viven en una decente libertad... Decente, que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. Pero, ¿cuál sería entre todas ellas la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante más apetecible que yo? ¡Y en Madrid!, figúrese usted, ¡en un Madrid... Lleno de estas ideas, me pareció que tal vez hallara en usted todo cuanto yo deseaba.

Doña Irene.—Y puede usted creer, señor don Diego, que...

Don Diego.—Voy a acabar, señora, déjeme usted acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influído en una niña tan bien inclinada como usted, las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devoción y la virtud, pero si a pesar de todo esto la imaginación acalorada, las circunstancias imprevistas la hubiesen hecho elegir sujeto más digno, sepa usted que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo; mi corazón y mi lengua no se contradicen jamás. Esto mismo le pido a usted, Paquita, sinceridad. El cariño que a usted le tengo no la debe hacer infeliz... Su madre de usted no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que a nadie se le hace dichoso por fuerza. Si usted no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algún otro cuidadillo en su corazón, créame usted, la menor disimulación en esto nos daría a todos muchísimo que sentir.

Doña Irene.—¿Puedo hablar ya, señor?

Don Diego.—Ella, ella debe hablar. Y sin apuntador, y sin intérprete.

Doña Irene.—Cuando yo se lo mande.

Don Diego.—Pues ya puede usted mandárselo, porque a ella le toca responder... Con ella he de casarme, no con usted.

Doña Irene.—Yo creo, señor don Diego, que ni con ella ni conmigo. ¡En qué concepto nos tiene usted!... Bien dice su padrino, y bien claro me lo escribió pocos días ha, cuando le di parto de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto a ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo, y a cuantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta cómo está, y continuamente nos envía memorias con el ordinario.

Don Diego.—Y bien, señora, ¿qué escribió el padrino? O por mejor decir: ¿qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

.. ..



¡¡NO SE ENGAÑE USTED MISMA!!

abrigando erróneas creencias. Su cutis sólo podrá mejorarlo y embellecerlo usando diariamente un producto sólidamente acreditado como el

POLVO GRASEOSO LEICHNER

que ha venido demostrando, desde hace mucho tiempo, poseer insuperables propiedades para aclarar y suavizar la piel del rostro, depurarla de imperfecciones y conservarla constantemente fresca, delicada y transparente

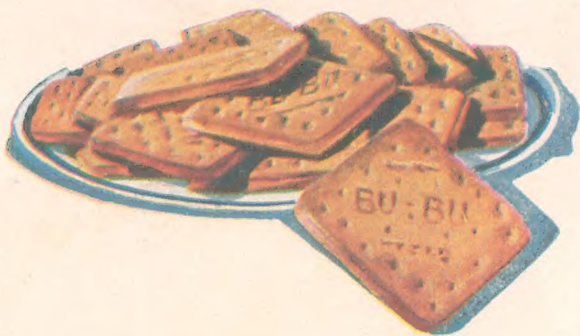
NOTA IMPORTANTE. — Muchas cajas de Polvo Graseoso Leichner contienen cupones válidos por alhajas de oro y brillantes.

PERFUMERÍA MENDEL

En Buenos Aires: calle Guardia Vieja, 4439 — **En Rosario de Santa Fe: calle Entre Ríos, 864**

NOTA: Estos mismos regalos los tiene establecidos, en Montevideo, el Polvo Graseoso Mendel

Talleres Gráficos Cía. Gral. de Fósforos Buenos Aires
INDUSTRIA ARGENTINA



GALLETITAS
BU-BU
BÁGLEY

Por su pureza, sabor exquisito y altas cualidades nutritivas, constituyen un excelente alimento para los niños. Muchos de los envases de 50 ctvs. y paquetes de 5 a 10 ctvs., contienen vales canjeables por pelotas de football, de cuero cilindrado, tamaño grande.

Cuando usted menos las espera, se presentan las visitas

Para salir airosa del paso, toda buena ama de casa tiene siempre en su despensa una excelente provisión de Galletitas Bágley. Para ella el hecho de obsequiar a las visitas inesperadas, no constituye un problema.

Y donde hay surtido Bágley se destacan con caracteres propios las conocidas Galletitas MITRE, la antigua marca de Bágley, cuya finura y calidad son la base de su prestigio de tantos años.

Las Galletitas MITRE son riquísimas en toda ocasión: con el desayuno, empapadas en café, con leche sola, con el te de la tarde, con licores, etc. Para los niños son bocados exquisitos y muy alimentosos.

GALLETITAS
MITRE
BAGLEY

En todos los almacenes y despensas

SIENDO DE Bágley ES BUENO